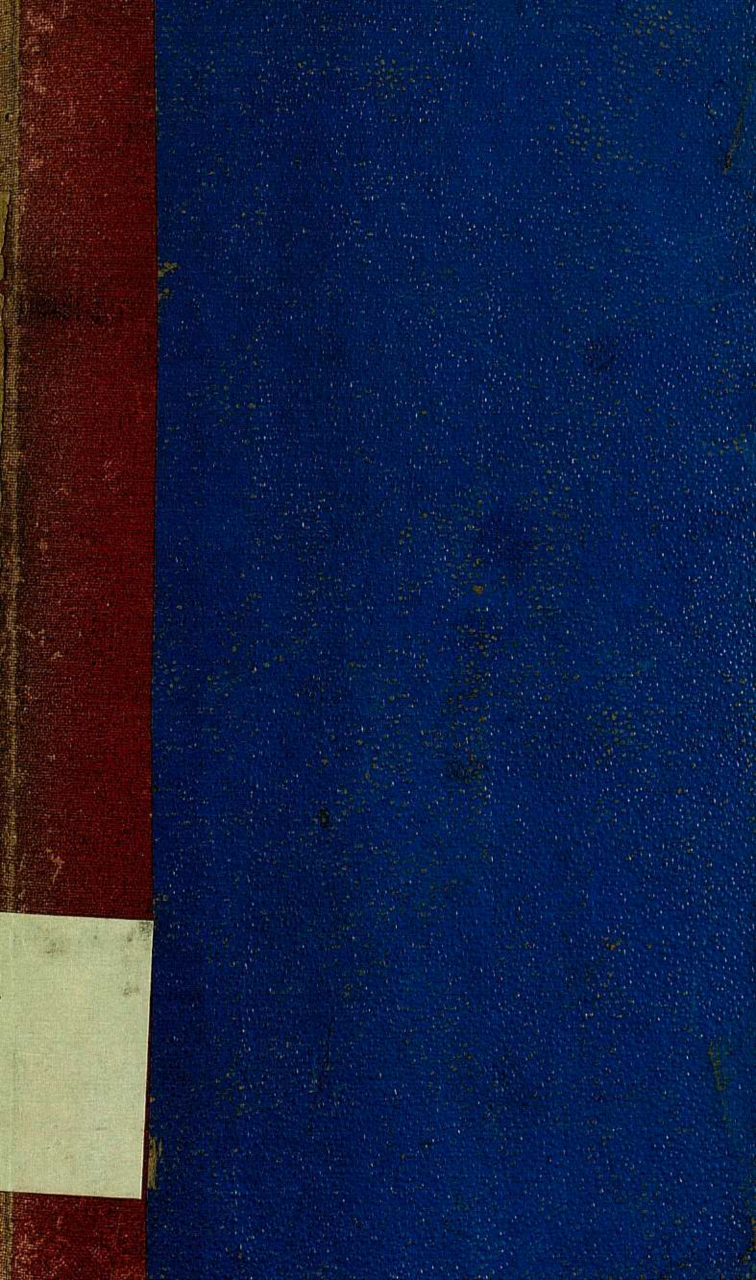
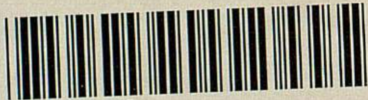
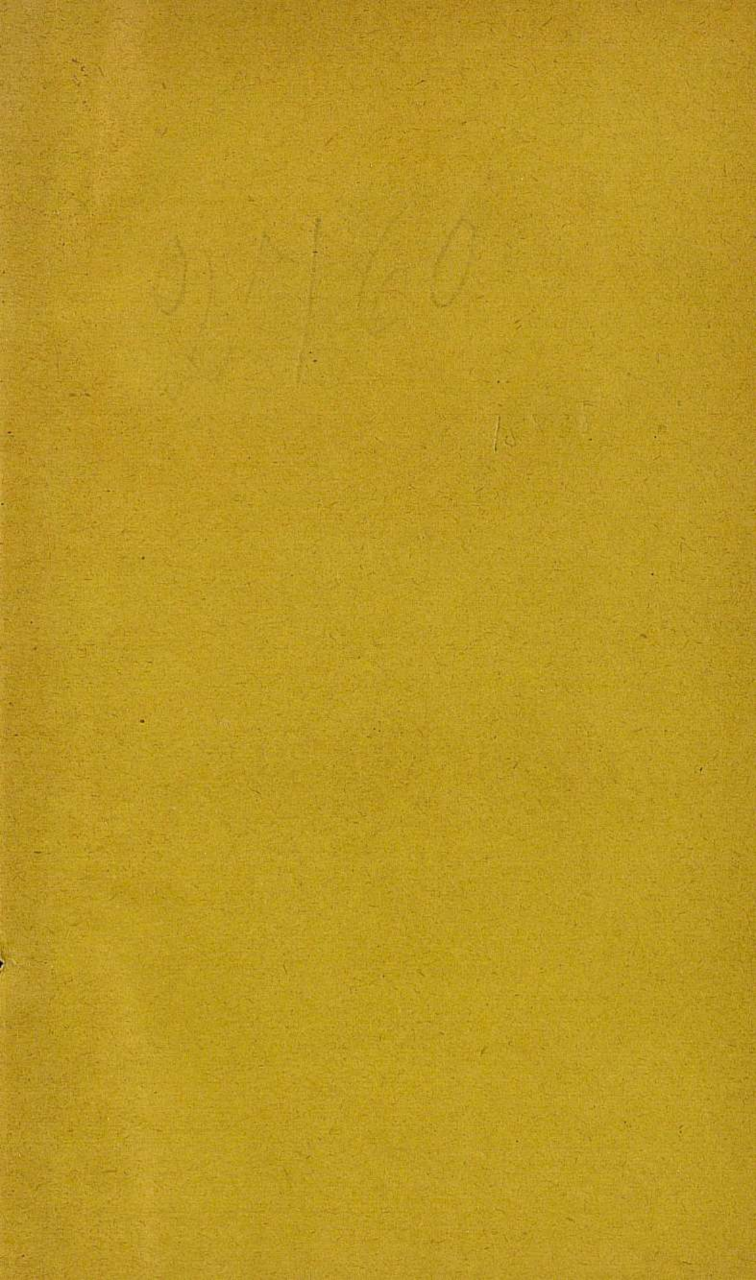



UMASS
BOSTON







EN LAS RIBERAS DEL PLATA

FERNANDO RESASCO

EN LAS RIBERAS DEL PLATA

VERSIÓN CASTELLANA

de

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ



TOMO SEGUNDO

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2.

1891

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

TERCERA PARTE

EN LAS PROVINCIAS

CAPÍTULO XXXVIII

En la ciudad nueva «La Plata».—Un incidente novelesco.—El dock grande en la Ensenada.—En el Tandil.

Vamos, por fin, á visitar esta nueva Tebas, fabricada en un momento de entusiasmo, al son de tantos himnos y de tanto lirismo, si no precisamente á los sones de la lira, como la ciudad de Cadmo.

El padre legítimo, el tutor cariñoso de *La Plata* fué, todos lo saben, el entonces gobernador Roca. Los padres fueron además, en colaboración con Roca, los italianos: italianos fueron los primeros en edificar allí, en 1883; italianos los ingenieros que dirigieron aquellos edificios marmóreos de asombrosa suntuosidad;

italianos los primeros comerciantes que allí se establecieron; italianos los primeros fondistas y hosteleros, y por consiguiente, digámoslo también, los primeros desolladores del prójimo, como he tenido ocasión de experimentarlo... cuando la ciudad era ya hermosa y estaba concluída.

Tomo asiento, muy de mañana, en el tren del Sudeste; una línea que ya conozco por la expedición á la *estancia* la Armonía. En hora y media, poco más, por no haber ocurrido al tren, en aquel día, ningún accidente imprevisto, llego á la ciudad nueva, capital de la provincia.

La estación es grandiosa; anchurosas son las calles que á la estación directamente conducen.

Y á propósito de calles: en la ciudad nombrada *La Plata* se ha adoptado el procedimiento de bautizar las calles con números. Es una costumbre muy recomendable para las ciudades de nuestro continente. Los Municipios no debían calentarse la cabeza buscando grandes hombres de las localidades respectivas para rotular las calles nuevas en honra y gloria de esos personajes, y aun desbautizar las antiguas para aplicarlas nuevos nombres. En lugar de las calles de «El Alcalde Finocchi», «El General

Fracassa», «El Almirante Ipsilonne», «El Archiduque Kappa», tendríamos las calles 1, 2, ó bien 3; callejón núm. 16, plaza 22, lo cual sería más sencillo y más claro.

He dicho á ustedes que en *La Plata* hallé inmediatamente, á diferencia de lo que ocurre en Buenos Aires, calles espaciosas y bellas; ahora agregaré que aun yendo yo, como iba, preparado, me sorprendió extraordinariamente el hallar en una población de cinco años, es decir, niña todavía, edificaciones soberbias; palacios, si no todos modelos de buen gusto arquitectónico, seguramente de vistosa construcción y de gran fausto en los ornamentos, como que los mármoles, las estatuas, los variados y complicadísimos adornos, las verjas de ricos dorados, cosas son todas que es menester pagar muy caras, tanto más caras cuanto más frecuente es que casi todo ese lujo deba ser enviado—ya que todo no—desde nuestro continente. ¿Qué diré á ustedes del efecto producido por numerosas tiendas que compiten en suntuosidad y en magnificencia con las de Buenos Aires?

La primera impresión, en cuanto concierne á la jurisdicción de la vista, no puede ser mejor. Vi de pronto, allí, á dos pasos de la estación, casi puedo decir que en la estación mis-

ma, una de aquellas plazas-jardines de las cuales hay una idea muy incompleta entre nosotros. Lo que impresiona desde luego en esas plazas-jardines es lo asombroso de su variedad, el gusto exquisito en la distribución de las plantas, en la gradación de los colores; lo cual produce el efecto deslumbrador de los matices verdes, reunidos en una sola—llámenla ustedes si quieren—ensaladera.

La Plata ha señalado un progreso rápido en policía urbana, en botánica y en topografía sistemática. Lástima que á consecuencia de la crisis que, en mal hora para la naciente ciudad, sobrevino, no haya podido señalar el mismo progreso en el aumento de la población, pues habiendo llegado en muy poco tiempo á contener cuarenta mil habitantes que afluyeron allí atraídos por la situación, por la novedad, por los pronósticos eminentemente lisonjeros acerca de su porvenir, permaneció después, cuando era menos de esperar, estacionada y aun tendiendo á una decadencia rápida. También la emulación de los grandes y espléndidos establecimientos fué seguida del desencanto; muchos, más diré, casi todos los que vi en el mayor fausto, estaban pocos meses después cerrados y sus propietarios arruinados completamente.

Esto, aun prescindiendo de la crisis general; porque antes de los años 1889 y 1890, debió adquirirse el convencimiento de que la ciudad de *La Plata*, aunque situada en hermosa y favorable posición, como que para todas las procedencias de la parte oriental precede en muy cerca de dos horas á Buenos Aires, no había conseguido demostrar aún que era un buen negocio económicamente hablando; fué sí un hermoso rasgo de carácter emprendedor y animoso.

Llevé mi recomendación para el vicecónsul italiano, que es suizo y director del Banco. El director del Banco y vicecónsul me dice inmediatamente, y sin gastar cumplidos, que tiene mucho que hacer y me aconseja que tome un carruaje para ver la ciudad.

Antes de seguir tan precioso consejo, entré en un *restaurant* y pedí lo más sencillo y al propio tiempo más cosmopolita que puede pedir un forastero cuando por primera vez entra en una población: un *bistec* (1). Eché de ver, no obstante, que el camarero, en vez de andar, se

(1) Ni la voz *bistec*, ni la voz *restaurant* son castellanas, lo sé; pero sé también que no tenemos otras equivalentes con que sustituirlas, y por lo tanto no veo más camino que dejarlas como el uso las admite.

(*N. del T.*)

quedaba parado y mirándome. Naturalmente lo miré también. Entonces el mozo se aproximó y me dijo:

—¿No me conoce usted?

Muy poco me faltó para responderle que no lo había visto en mi vida; pero de pronto recordé su cara, y dije, extraordinariamente sorprendido:

—¡Pablo!

—Yo mismo; su compañero de viaje en el *Duquesa de Génova*, me contestó el joven con emoción vivísima.

Tendíle cariñosamente y con calor ambas manos. Le pregunté de qué modo el destino le había arrojado hasta una condición tan... nueva para él. La pregunta, á decir verdad, era superflua. Nada más natural que lo sucedido: el joven, que había abandonado patria, familia, bienestar, impulsado por su amor ardiente á una muchacha de condición tan distinta á la suya, agotados sus recursos, perdidas sus ilusiones, se hallaba reducido á situación tan desagradable.

— ¿Y aquel tío de usted tan rico? me apresuré á preguntarle.

—¿Por qué no me pregunta usted, en lugar de eso, por Luisa? me dijo Pablo, siempre constante en sus amorosas ideas.

Pero como no me apresuré á replicarle, Pablo pudo suponer que yo sabía ya algo. Cediendo á sus insistentes súplicas, acabé por referirle todo cuanto me habían contado. Pablo me interrumpía muy á menudo con sus suspiros, y olvidaba por completo á los parroquianos que lo llamaban. Por último, no quedó satisfecho del todo porque deseaba saber en cuál de aquellos numerosos conventos de Córdoba se hallaba encerrada la joven.

—¿Y qué quiere usted que sepa yo de eso? le dije; me parece que he dicho quizás demasiado.

—Y se lo agradezco á usted desde lo más profundo de mi alma.

—¿Me lo agradece usted? En ese caso deme usted una prueba de su gratitud.

—¿Dígame usted cuál?

—Pues un *bistec*.

¡Ya era tiempo! Aquel mozo, muy simpático en cuanto hombre, pero detestable en cuanto camarero, corre para satisfacer mi legítimo deseo, y al mismo tiempo se da un tropezón horrible con el mostrador.

Entretanto pensaba yo en lo caprichoso de algunas vicisitudes; nunca me había parecido el amor tan cruel como en este caso.

—¿Irá usted también á Córdoba? me preguntó el joven cuando volvió con el deseado *bistec*.

—Supongamos que yo vaya á Córdoba; no ha de serme dado, seguramente, proporcionar á usted más noticias que las proporcionadas por el padre mismo, acerca de la joven á quien usted ama.

—Sin embargo, insistió el enamorado, queriéndolas buscar, algunas otras noticias podrían hallarse... Acaso usted podría adquirir informes.

Al escuchar esto comencé á ser menos comunicativo y más seco en mis contestaciones; díjele, pues, sin más rodeos, que si quería proporcionarse noticias acerca de aquella mujer que era para su alma el mundo todo, fuese él mismo á llevar á cabo averiguaciones.

Pablo advirtió que había ido algo más lejos de lo que la discreción permite, y como aturdido, se alejó de mí unos treinta pasos; mirábame, desde aquel sitio, de reojo; semejando á un perro que comprende haber merecido un latigazo y á quien mortifica mucho haberle recibido.

Concluído el *bistec* llamé otra vez á mi compañero de travesía.

—¿Qué manda el señor? me preguntó en seguida y con mucho respeto el pobre muchacho ofendido.

—Mire usted, Pablo, le dije en el tono más dulce que me fué posible; hace usted mal en no comprender que siento muy de veras su dolor y que comprendo la amargura de su situación.

—Usted comprende, por lo tanto, que si me he sometido á esto, dijo Pablo sacudiendo colérico el largo mandil, es porque toda consideración con respecto á mí se anula ante la idea del inmenso amor que siento por esa mujer á la que sacrificaría mil veces la existencia.

—Pero, amigo mío, ¿qué es lo que puedo hacer por usted ahora?

—Ya lo he dicho, replicó Pablo; podría usted procurarse noticias más precisas de Luisa mientras esté usted en Córdoba. Si usted quiere, en su mano está el hacerlo.

—Comprenda usted, le dije, que el buscar á una reclusa en aquella multitud de conventos, equivale al intento de hallar al famoso pajarillo en el bosque.

—Sin embargo, si usted lo procura y quiere...

Con el propósito de mantener á raya al enamorado, le dije:

—Aunque llegase usted á saber dónde se halla Luisa, ¿qué ganaría usted con la noticia? Qué piensa usted lograr con eso?

—En lo porvenir, gritó el joven, no será siempre tan dolorosa mi situación.

—De todo corazón lo deseo.

—Además, prosiguió, aunque solamente sea saber que Luisa logra sobrellevar con fortaleza la desgracia, que piensa aún en mí, que...

Aquí el joven, advirtiendo que yo no correspondía, aparentemente al menos, á sus ternuras con aquella emoción que le parecía del caso, volvió á manifestarse reservado y me preguntó:

—¿Qué quiere el señor después del *bistec*?

Sin intención alguna de echarla de ingenioso, le di una respuesta que, pongo á Dios por testigo, no llevaba ninguna intención oculta.

—Tráigame usted, dije á Pablo, una jardinera.

Pero es necesario decir que los enamorados, y muy especialmente los infelices, suelen ser excesivamente suspicaces. Oir aquellas palabras mías y creer que pretendía yo burlarme de la condición de su adorada, que hasta entonces había sido el asunto de nuestra conversación, fué una misma cosa para nuestro enamorado. Miróme con ojos de basilisco, y dijo:

—Si usted quisiera reservarse la agudeza de su ingenio para ocasión más oportuna...

De pronto no comprendí la razón de aquella salida, y dije al sirviente:

—¿Qué se le ha metido á usted en la cabeza?

—Sé decir á usted, prosiguió el otro impertérrito, que si la mujer que es mi pensamiento único no es más que una pobre jardinera, hay mil señoras que no tienen ni sus virtudes, ni su grandeza de alma.

La observación era sencillamente estúpida; pero por lo mismo que era cómica, he querido referirla.

Me levanté de pronto, di dos ó tres bastonazos en la mesa, y dirigiéndome al mostrador, grité:

—¡A ver! ¡Un mozo!

A ésta, llamémosla así, sobarbada, mi camarero se quedó lívido.

Después, como ningún otro camarero se accrcaba por hallarse él tan próximo á mí, Pablo juzgó oportuno decir en voz baja:

—Perdóneme usted si le he ofendido; no sé realmente lo que me hago.

Entonces yo, con rostro del todo tranquilo, le dije:

—Es usted un excelente joven; he tenido ocasión de comprenderlo así. Además, el hecho mismo de hallarse reducido desde la riqueza á

la miseria por una mujer á quien usted respeta, basta para probar la bondad de su alma. Pero quiero dar á usted un consejo de amigo: deje usted lo más pronto posible la tierra americana, ó concluirá usted por volverse loco; torne usted á su patria.

—Antes que abandonar América sin Luisa, me respondió el joven llenos los ojos de lágrimas, tendré mil veces el valor... la cobardía si usted lo quiere, de colocar mi cabeza sobre los rails de un ferrocarril al pasar un tren.

Después, volviendo hacia la cocina, gritó con la entonación del mozo más experto:

—¡Una jardinera!

Caí en la cuenta entonces de que para una permanencia brevísima y sólo con el propósito de visitar la ciudad, aquel romántico incidente me había robado demasiado tiempo. Salí cuando Dios quiso del *restauraut*, después de dar al pobre joven otro cordialísimo apretón de manos, y me encaminé—ya era hora—á recorrer la ciudad y á ver sus principales monumentos. Con referencia á los cuales monumentos dije para mi sayo:

—¿Cómo se las arreglarían algunos divertidísimos tipos de mi vetusta ciudad natal para hallar soportable siquiera esta ciudad de *La*

Plata, en que no existe ni un solo monumento antiguo, ni aun la más insignificante cucaña arqueológica?

En *La Plata* he visto en seguida la ciudad nueva que se levanta con todas las pretensiones y la ilusión toda de convertirse en capital; de elevarse á las más sublimes alturas; de ser ejemplo vivo de aquellas ciudades milagrosas nacidas casi por arte de encantamiento, y de las que no se tiene noticia sino en los cuentos y en las fábulas. *La Plata* es la capital de la provincia de Buenos Aires, así como esta ciudad es la capital de la Confederación Argentina. Pero en *La Plata* las pretensiones de la capital de provincia que aspira á convertirse en capital política más aún que administrativa, se ve más ostensible que en Santa Fe, la modesta madre superiora de la importantísima comarca de Rosario; más que en Tucumán, y hasta más todavía que en la misma soberbia ciudad de Córdoba.

La primera jactancia de la capital de Buenos Aires es la de ser principal residencia, centro, corazón *de la primera policía del mundo*. Realmente la Dirección de Policía no ha dejado de erigirse una casa que tiene algo de monumento. Los distintos ministerios de la provincia seme-

jan—á juzgar por la importancia de sus edificios—otros tantos ministerios de un gran Estado. La casa del Gobierno es de una suntuosidad increíble. La verja que rodea todo el edificio parece que le señala como una joya á la que no es lícito tocar. Sin embargo, el llegar hasta él, aun para los simples profanos que por carecer de todo carecían en aquel momento de la protección de su vicecónsul, me pareció la cosa más fácil, porque en la República Argentina el visitar los edificios importantes, sean gubernativos, sean bancarios, sean lo que fueren, no presenta las dificultades y los inconvenientes que en otros países.

Tuve una singularísima complacencia, si bien comprendía que la cosa es muy natural tratándose de una población, que sólo cuenta cinco años, en verlo todo fresco, aseado, nuevo, joven, alegre.

Admiremos este *enfant gaté* del argentinismo contemporáneo; admiremos ya desde que nos apeamos en la estación aquel espectáculo inmediato de grandeza de una ciudad recién nacida, aquel espectáculo de buen gusto de ciudad italiana; admiremos aquellos millares de columnas y adornos de la casa del Gobierno, modesta en su altura, pero de grandes pretensiones en

su extensión superficial; admiremos aquella *Casa de Justicia* tan esplendorosa en su exterior cuanto cómoda y bella en su interior y dotada de un patio realmente magnífico.

¿Y qué decir del Museo, ese monumento erigido á la ciencia y en el cual el fausto moderno ha prodigado todos sus tesoros y en que la sabiduría italiana se ha presentado tan brillantísimamente, no menos por la arquitectura y la her mosa distribución del edificio, sino por el ordenamiento del mismo Museo? Supe que era director del Museo un señor Moreno, italiano.

La entrada del Museo se parece á un templo de pretensiones griegas. Próximo á los intercolumnios halla el visitante un personal de vigilancia muy característico y curioso sobre todo encarecimiento, es á saber: varios guardas jóvenes reclutados nada menos que entre los famosos *Pieles Rojas*, adorno del Museo á su vez. Vagabundos bárbaros en otros tiempos, domesticados por medio de los procedimientos más enérgicos, diezmados, poco menos que como las fieras amaestradas, sirven ahora para custodiar el santuario de la ciencia contra los atentados y contra el vandalismo de las personas que se nombran civilizadas.

En el vestíbulo del Museo y en la parte supe-

rior de las paredes, aparece reproducida en cuadros muy grandes la caza de estos *Pieles Rojas* no menos vivamente que la de las fieras. En el primer salón, á mano izquierda, se halla suspendido lo más soberbiamente monstruoso que puede poseer un museo, es á saber: el esqueleto de un cetáceo enorme, cuya longitud tiene diecinueve metros y noventa centímetros. Dicho se está que á tal monstruo de la naturaleza se le considera antediluviano. Desde sus colosales mandíbulas hasta la extremidad de la cola, todo se halla conservado y coordinado interiormente. A primera vista se le tomaría por el enorme esqueleto de un cocodrilo... muy rectificado.

El Museo de *La Plata* es principalmente antropológico, y en este concepto muy pocos Museos, ni aun los mismos del antiguo continente, pueden igualársele. En una extensa y altísima sala, sostenida por no sé cuantas columnas dóricas y alumbrada por una soberbia claraboya, se exponen varios centenares de esqueletos humanos de todas las razas, de todos los colores; hasta vi algunos de un negro superior al ébano. Esta falange de seres que parecían vivos, en actitudes que están como copiadas de una escuela de mímica, presenta al que penetra allí á modo de una gigantesca *danza macabra*

interrumpida á la entrada brusca del profano.

Algunos de esos cadáveres tienen todavía tierra adherida en algunas partes. A lo que se ve, para abrir más pronto y más á la americana aquella sección antropológica, se desocuparon cementerios enteros.

No falta allí ni el tigre disecado, que es de ritual en tales establecimientos; ni el león de ordenanza, ni otros animales; desde los más conocidos mamíferos á los reptiles más ínfimos. De aves, desde las magnitudes más gigantescas hasta las mínimas, hay una cantidad prodigiosa. Solamente el *Chaco* ha llevado allí inmenso tributo.

La colección de fósiles es una riqueza especial.

De la visita á este Museo salí, al cabo de tres horas, más que satisfecho. Antes de salir me ocurre la tentación generosa de dar propina al *Piel Roja* que me había dado algunas indicaciones en mi visita á las salas. El *Piel Roja* rechazó con orgullo espartano mi ofrecimiento: «¡He aquí un bárbaro!» pensé: «si fuese un hombre civilizado, no habría rehusado la propina.»

Continuando mi excursión por la ciudad, me cercioré de que tampoco en ella habían olvidado los Bancos el precepto de que «la vista quie-

re su parte,» sobre todo la vista de accionistas y de imponentes.

Efectivamente, los edificios bancarios de *La Plata*, como aquellos que han nacido en el verdadero *momento de Perícles*, compiten en lujo con los de Buenos Aires, y en algunas cosas los superan.

Templos hay pocos; notable lo es solamente la iglesia consagrada á San Ponciano; pero no es monumental; corónala una especie de obelisco bastante alto que, de noche, está iluminada con luz eléctrica y esparce su divina claridad por toda la población y aun por más allá; porque desde el ferrocarril se la ve á mucha distancia, anunciando al viajero un monumento de mayor importancia.

De los teatros, solamente había uno abierto, el de los *Filodramáticos italianos*, en que se representaba á la sazón: *Pelegrín Piola, pintor genovés, asesinado por los Judas del arte*, drama de cuya audición me hice gracia á mí mismo para no faltar á la memoria de mi conciudadano. Existe allí, además, un teatro importantísimo para ópera.

No he de callar que en esta excursión me fué ofrecida, cuando yo lo esperaba menos, una compañía muy agradable, la del joven José

Bergolli, un mi conocido de Génova. Mientras me hallaba contemplando un escaparate artístico, veo salir del establecimiento á dicho joven, que evoca en mi memoria el recuerdo de muchas y muy hermosas veladas pasadas en Génova al lado de distinguidísima familia, en la que tienen las artes un preciado nido.

Con Bergolli, después de haber visitado todo lo que aún restaba digno de ser visto, dispusimos una expedición á las obras magníficas del puerto de la Ensenada.

Los trabajos del mentado puerto de la Ensenada debían ser solemnemente inaugurados como treinta días después de mi visita; pero sospecho que todavía hoy están sin haberse inaugurado, aunque aquel gran *dock* sea ya accesible para nuestros buques de alto bordo; en aquellos trabajos pueden ustedes figurarse la prodigalidad argentina, multiplicada por la voracidad de un enorme trabajo, en el que, durante muchos años, hallaron ocupación más de tres mil operarios, en su mayor parte italianos; por que, es necesario decirlo en homenaje suyo, cuando se trata de trabajar seriamente, el italiano se halla siempre en primera línea.

La proximidad á las obras del puerto es anunciada por un hormigueo de operarios con

azadones, carretillas y otros utensilios de trabajo, bien así como por el espectáculo de mil casetas de madera, de lienzo y muy raramente de ladrillos, que vienen á dar idea de un gran campamento del trabajo; porque la Ensenada dista más de una hora de ferrocarril de la población de *La Plata*.

Andando á la ventura atravesamos los rails de un ferrocarril; supusimos que éste conducía al centro de los trabajos. Pero he aquí que llega y casi toca ya nuestras espaldas una locomotora.

Evitarla no es cosa fácil, porque en aquella elevación del terreno no hay ni á uno ni á otro lado de la única vía espacio bastante para dejar seguro á un hombre al paso de la locomotora. No nos quedaba pues mejor recurso que gritar, á dúo, hasta que lo oyeran los árbitros de la máquina:

—¡Pára! ¡Pára! Y la máquina, menos sorda y menos insensible de lo que podía temerse, se paró. Los dos hombres que la guiaban son tan corteses que nos invitan á subir y á continuar el viaje con ellos, pues se dirigen precisamente al centro de los trabajos que se hallan todavía á bastante distancia. Absténgome de dar un abrazo á los hombres de la máquina solamente

por considerar sus vestidos, que están más negros que el carbón. Entretanto, aquel campamento del trabajo se presenta más imponente en aquella desigual y variadísima llanura.

Vénse por todas partes habitaciones improvisadas y fondas. Allí está la fonda de Mazzini, la de Garibaldi, la Argentina, la Piamontesa, la Napolitana, la Suiza; además, La Hermosa Catalina, La Hermosa Raquel, La Hermosa; y también La Fea Teresa y muchas otras. Cátanos al fin en las obras de la Ensenada. La máquina no puede ir más allá y bajamos, no sin dar muchas gracias á los dos citados conductores.

Nos encontramos en lo más elevado del gran *dock*. Mirando hacia abajo se experimentan vértigos. Tuvimos la suerte de encontrar allí á dos señores con quienes trabamos conversación; son dos italianos: el inspector señor Salotto y el ingeniero señor Facco; éstos nos lo explican todo.

No trato de explicar á ustedes aquí, con pretexto de los trabajos de la Ensenada, un tratado de ciencia y de estadística portuense. Diré solamente que el autor del proyecto fué el ingeniero holandés señor Waldropp; el director de las obras el ingeniero Van Rees; encargados de es-

tos grandes trabajos los señores Medici y Lavalle.

La capa mural del *dock* grande tiene un espesor de 70 centímetros de asfalto y 40 centímetros de mampostería en la parte inferior al nivel ordinario. Pasado ese nivel, la altura de la tapia, que tiene un espesor de 3 metros 80 centímetros, es, en la marea baja, 6 metros 40 centímetros, y en la marea alta, 10 metros 40 centímetros. El *dock* mide 1340 metros de longitud y 141 metros 10 centímetros de anchura; el canal de entrada tiene 60 metros 50 centímetros de ancho; tiene un fondo de 6 metros 40 centímetros en la marea baja y 4 más en la alta.

Digo á ustedes todo esto con el libro de apuntes á la vista; acudiendo después á la memoria por lo que respecta al efecto escénico de la obra, agrego que aquella concavidad enorme me privaba de respiración con sólo mirar desde la altura la inmensidad de aquel vacío.

Este *dock* (1) gigantesco es, como com-

(1) Empleo la palabra *dock* á sabiendas de que no se halla en el Diccionario, porque no hallo otra voz castellana con que sustituirla. En el tecnicismo de la ingeniería, el vocablo *dock* está adoptado sin protesta, y tengo para mí que no ha de tardar mucho en ser también de uso vulgar, como tantos otros que la Academia se ha resistido á admitir.

(*N. del T.*)

prende seguramente el lector discreto, una importante riqueza para la ciudad nueva; es bien, sin embargo, no poner en olvido que la obra dista de *La Plata* la friolera de tres kilómetros.

Al cabo de un buen rato, que nada tuvo de enojoso, pues nos hallábamos en muy agradable compañía, pasamos á contemplar desde la parte opuesta el espectáculo imponentísimo de los muelles que, como dos brazos inmensos, adelantan atrevidamente río adentro en una longitud de siete kilómetros cada uno y dando por resultado una anchura de muy cerca de cuatro kilómetros. Obras colosales; millones y más millones enterrados aquí; mucha gente enriquecida; otra viviendo durante muchos años; tal es, definida en pocas palabras, la magnitud de los trabajos de la Ensenada.

Observen ustedes, entretanto y ahora que de millones se habla, que los señores Medici y Lavalle—del número de los mortales que nacen con la marca de fábrica de la fortuna—aunque ultimaron sus excelentes contratos con el Gobierno argentino en momentos en que ni se soñaba con la probabilidad de la crisis y cuando el papel del Estado tenía tal predominio que se le consideraba como superior al oro, establecieron que el Gobierno debía, en determina-

das cantidades, pagarlos exclusivamente en oro. Es verdad, por el contrario, que los trabajadores fueron pagados siempre en papel; pero por algo nos queda de un poeta pagano el antiguo hemistiquio: *sic vos, non vobis.*

Nos despedimos de nuestros atentos guías, y regresamos, ya entrada la noche, á *La Plata.* A mi regreso tuve el gusto de ver aquí la primera, y hasta ahora la única ciudad de Sud-América, iluminada con luz eléctrica. Si hermosa me había parecido de día, más hermosa me pareció con sus jardines que, iluminados por aquella luz, hubieran ustedes tomado como una grande escena de un baile fantástico, con sus calles larguísimas y anchurosas, con sus edificios que reflejaban en la blancura de los mármoles y en los caprichos del estuco aquella luz magnífica; con sus deslumbradores escaparates riquísimos en géneros variados. *La Plata* ha sido, ante todo y principalmente, al menos hasta que los hechos vengan á desmentir al astrólogo, el sueño de una deliciosa noche argentina.

Queda, sin embargo, para *La Plata,* y queda para siempre, un hecho que no puede desaparecer como la magnificencia de los escaparates. Aludo al puerto de la Ensenada, en que entran

buques de los mayores portes. Basta indicar nuestro *Duquesa de Génova*, que mientras tuvo que mantenerse á muy respetuosa distancia de Buenos Aires por su gran calado, en el puerto de la Ensenada pudo atracar y moverse con holgura.

También Mascazzini quiso ser el primero de los capitanes de estos grandes vapores que entrase en aquel puerto y en aquel *dock*, cuando volvió á llevar desde los puertos de Europa á los del Plata al señor Roca, á quien quedará siempre, cuando vea su predilecta creación, el consuelo de pensar que, si en lo presente se tienen muchos desengaños económicos, puede ocurrir que en lo futuro se corone de resultados muy provechosos.

¡Cuán cierto es que hay algo que seduce y fascina en lo que es juventud! Al regresar desde *La Plata* á Buenos Aires, todo me parecía viejo en esta segunda ciudad. Viejas é imposibles las calles, sobre todo en aquellas eternas fajas del centro; viejas las casas; decrépitos los campanarios, tan decrépitos, que uno de ellos amenazaba ruina. En las mismas espléndidas tiendas de la calle de la Florida, San Martín, Corriente y la Piedad, me pareció echar de ver algunas arrugas; muchos ciudadanos, mi patro-

na inclusive, me parecieron toscos; mi cama llegó á parecerme de la antigüedad por un momento.

La necesidad de lo nuevo habíase hecho en mí irresistible; determiné por consiguiente visitar una maravilla antigua. Partir de la República Argentina sin haber visto la piedra grande del Tandil, equivaldría á despedirse de Roma sin haber visto... ya se figuran ustedes á quién (1).

Para dirigirse desde Buenos Aires á Tandil hay que tomar el tren en la estación del Sur, y saliendo á las ocho de la mañana se llega al Tandil á las seis de la tarde. Compensa, no obstante, y la compensa con creces, aquella distancia, la novedad del espectáculo antiguo.

En unas tierras y en trozos interminables á lo largo del río, se ve condenado el viajero á no ver sino eriales ó llanuras cenagosas; en una tierra en que el ladrillo sustituye casi de un modo exclusivo á la piedra, se ve en el Tandil un amontonamiento fantástico y caprichoso, como la naturaleza lo ha guardado, de masas espantosas—no sé darles otro nombre—amontonamien-

(1) A lo que parece, el autor italiano alude aquí al *Sumo Pontífice*.

(*N. del T.*)

to que reune en sí todas las variedades de forma y de materia que en el gran reino mineral son posibles.

Vense allí montones colosales de piedras verduzcas, grisáceas, rojizas; ora peladas y suaves; ora erizadas de capas herbáceas; unas adheridas á la tierra; otras diseminadas y esparcidas á millares como si, en época muy remota, tribus de titanes hubiese librado aquí una batalla y hubiesen dejado así el campo.

Maravilla, y maravilla de primer orden en lo que se refiere al equilibrio, es el Tandil, y se va adrede para contemplarlo, y consiste en una piedra, *la piedra movediza*, que, por su forma, tiene cierta semejanza con un enorme sombrero de gendarme; masa colosal que descansa por una parte pequeña sobre un precipicio, y allí parece próxima á precipitarse en el valle. Sin embargo, allí permanece fija... aunque es movible.

El alma de quien por la primera vez contempla este colosal fenómeno, queda absorta. Bajo aquella masa, en el hueco que resulta desde el punto de contacto hasta la terminación del sombrero, las personas quedan á cubierto y pueden hacer cuanto las plazca el papel de mosquito. Yo, más soberbio, me figuraba ser en aquel momento el ratón del parto de los montes. Ra-

tón ó mosquito, todo lo que se quiera, la verdad es que con un esfuerzo insignificante se puede mover aquella masa monstruosa, aunque, por supuesto, sin que cambie nunca de sitio.

He ahí un espectáculo en el cual nada ha preparado la mano del hombre; he ahí la naturaleza salvaje y espantosa abandonada á sí misma, espectáculo que, en su gigantesca sencillez; conquista el ánimo del viajero, el cual, al alejarse, vuelve hacia él la mirada muchas veces, como quien está convencido de que no ha de contemplar nunca un espectáculo más monstruoso ni más extraño.

CAPÍTULO XXXIX

En el ferrocarril del Rosario.—La segunda clase.—Los caballos muertos.—Los campos inundados.

Dirigiéndome á la estación central de Buenos Aires para emprender mi viaje al Rosario y á otros puntos, observé un hecho. En la ventanilla de los billetes de primera clase, que yo trataba de tomar, solamente para no desprestigiarme ante Europa que me contemplaba, me

encontré en compañía de una vieja tabacosa; por el contrario, en la ventanilla para los billetes de segunda clase, que es también la última, gran afluencia de compradores rústicos; una vida y una alegría envidiables.

Esto era naturalísimo tratándose, como se trataba, de un ferrocarril eminentemente colonial.

—¿Para qué, dije entre mí, viajar solo ó mal acompañado por dos ó tres aburridos aristócratas del dinero, ya que no de la sangre (porque en la República Argentina todos la tenemos igual), cuando en la otra clase iré en compañía de estas alegres aldeanas, de esos robustos y regocijados muchachos, de toda esa masa trabajadora y activa?

Dejé la ventanilla de los billetes de primera clase; miré bien en rededor mío para ver si algún príncipe de la sangre que viajase de incógnito me observaba, y me dirigí—pero suplico encarecidamente que esto quede entre ustedes y yo —hacia la ventanilla de la segunda clase.

Un palurdo me aplastó, a las primeras de cambio, el pie con sus zapatones claveteados; pero en compensación, para abrirme paso hasta la ventanilla, me vi aplastado entre cien hermosuras rurales.

Rustica progenies semper formosa fuit... (1)

Muy pronto me encontré en un desmesurado vagón, especie de camarote de madera con dos órdenes de medios asientos y dos puertas. ¡Qué animación, qué vida, qué movimiento en aquellos coches, de segunda y de última clase, del Rosario! Algo se notaba de tufillo aldeanesco, si se quiere; pero esto se hallaba suficientemente compensado con la distracción incesante; á diferencia de lo que sucedía en los coches de primera clase, donde se moría uno de fastidio. Además, como los coches de esta línea están construídos con arreglo al sistema de grandes departamentos que permite á los viajeros ir desde un extremo del tren hasta otro extremo sin apearse del coche, es tal durante el viaje la variedad de tipos distintos, de discusiones siempre diferentes, que se alegra el más hipocondriaco.

Vendedores de sustancias alimenticias pasan y tornan á pasar sin necesidad de que el viajero haya de esperarlos en las paradas. El consumo de naranjas en estos coches de segunda

(1) Frase latina que significa sobre poco más ó menos:
«La generación rural siempre fué hermosa.»
(*N. del T.*)

del ferrocarril del Rosario es prodigioso; vense allí las cáscaras amontonadas debajo de los asientos; la atmósfera que se respira está impregnada de aquel olor que es un gusto; de vez en cuando sobreviene una lucha de naranjazos en que llevan, por lo general, la parte peor los pasajeros neutrales.

Aparte de esto, gozaba yo realmente, escuchando aquel charlar incesante de labradores que me hacían oir sus quejas sobre la desdichada marcha de los negocios; aquel hablar de sus mujeres que cambiaban entre sí chismes y cuentos de comadres; aquel llorar de sus pequeñuelos; veía yo á los emigrantes recién llegados, que escuchaban, con la boca abierta y con muchísima atención, cuanto para su gobierno y su uso particular decían los protegidos de la colonización.

En este ferrocarril del Rosario comienza de nuevo—y perdonen ustedes si les produzco náuseas—el espectáculo de los caballos y de otros animales muertos y abandonados á lo largo de la vía y adquiere proporciones fenomenales. Recuerdo, con relación á la misma línea precisamente, que dirigiéndome en otra ocasión á San Fernando con mi amigo Marana, y como el tren se hubiera detenido unos minu-

tos, tuvimos el capricho de contar cuantos caballos muertos había entonces á nuestra vista, y en aquella parada llegamos á contar ¡hasta unos doscientos! Bien entendido que la costumbre del país exige que no se haga caso de tales niñerías, so pena de que cualquier señor Taglierini nos repita:

—¡Qué pequeños somos!

Se viaja á través de llanuras interminables, que ni remotamente recuerdan nuestros llanos de Lombardía ó de algunos trozos del Piamonte, pero tienen el verdadero carácter del continente siempre, aun cuando ya esterilizado. Extiéndese la mirada como sobre un oceano sobre aquellas extensiones inmensas, cuyos límites aparecen indicados débilmente por los *alambrados* (1); alambres que no serían suficientes para evitar que un toro diese á ustedes una cornada si le ocurría hacerlo.

Es claro que estas señales sólo se han puesto para determinar los confines de una propiedad, y muchas veces se ven esos *alambrados*, que limitan una determinada extensión de terreno

(1) *Alambrados*, palabra de la localidad que el autor italiano conserva en esa misma forma, y que he creído conveniente dejar como él la escribe.

(N. del T.)

en localidades tan completamente desiertas que no presentan á la vista ni el más ligero indicio de habitación en un larguísimo trayecto del ferrocarril. ¡Qué tristísima idea la de adquirir terrenos en medio de tanta soledad! Y, sin embargo, tal vez el que ha comprado ó ganado al juego un terreno, tiene que tomarse la molestia de ir á reconocer sus propiedades.

Volviendo ahora al tema de los caballos muertos que en proporciones extraordinarias se encuentran en el ferrocarril del Rosario, aunque en las inmediaciones de Buenos Aires son casi todos ellos los inválidos que las empresas de tranvías, verdaderos victimarios de cuadrúpedos, envían á que acaben malamente sus días adonde puedan hallar cuatro hilos de hierba y un arroyuelo de agua, los demás que se hallan en el camino son casi siempre víctimas inocentes del paso de los trenes, porque no es posible que puedan ustedes comprender nunca lo borrico que es un caballo en la República Argentina.

En este ferrocarril del Rosario, si no logran ustedes nunca hallar localidades montañosas, encontrarán de vez en cuando interrumpiendo la uniformidad de la llanura ligeras ondulaciones del terreno. Sin embargo, ni por casualidad

algunos metros de roca. ¡Atraviesan ustedes centenares de kilómetros sin ver una piedra! En largos trayectos excesivamente blandos ha sido preciso hacer excavaciones de varios metros de profundidad para hallar el firme en que colocar los cimientos del ferrocarril. Es el reverso de nuestro litoral de la Italia Alta; en ésta es preciso abrirse camino entre rocas; en aquél excavación y más excavación para hallar un terreno menos arcilloso.

Aunque muy á menudo se descubre en grandes extensiones la aridez más completa, hállanse en otros sitios llanuras muy fértiles, especialmente en pastos.

En tales sitios es donde suelen verse capas extensísimas que parecen á primera vista hormigueros inmensos, en que ven ustedes moverse ganados en tan prodigiosa cantidad, que el conjunto de ellos parece una sola y enorme masa ondulante.

De vez en cuando se descubren campos inmensamente uniformes, llamados las *Pampas* (acaso en el significado indígena, *mar*), atravesados de repente por centenares de caballos sin freno, guiados por dos jinetes, que galopan á los lados de aquella falange caballar, con más un tercer guía que va de escolta. Sin embargo,

estos espectáculos aparecen más imponentes en los campos de Córdoba.

En esta línea del Rosario, lo mismo que en casi todos los demás ferrocarriles de la República Argentina, aparecen muy de tarde en tarde las poblaciones. Muchas que aspiran á parecer ciudades no son sino modestos grupos de chozas; grupos que se distinguen los unos de los otros por sus campanarios más ó menos moderna ó góticamente construídos; y es de notar que muchas de las más notables iglesias de la provincia de Santa Fe se han levantado en los últimos años. Entre éstas se halla el templo de San Jerónimo, muy importante por su extraordinaria magnitud ya que no por la corrección de su arquitectura. Otra iglesia muy notable por el gusto que su construcción supone y labrada también en estos últimos años, es la iglesia parroquial de San Javier.

Volvamos al ferrocarril.

Cuanto más se camina hacia el corazón de la provincia de Santa Fe, tanto mejor se comprende cómo esas tierras situadas en las zonas templadas, de clima dulce, de abundante agua, de vegetación exuberante, donde basta arrojar á la ventura la semilla para verla germinar, sin otra preparación, han podido convertir-

se en tan provechoso é importante centro colonial. Alternativamente se presentan á la vista del viajero pastos, de los que llaman fuertes, destinados á los animales corpulentos y otros para el ganado lanar, que tiene en esta provincia extensiones inmensas. Baste decir que en lo que respecta al campo del Rosario los rebaños se cuentan por millones de cabezas. También abundan insidiosamente los cardos salvajes, que son la condenación de los pastores de aquellos rebaños por las molestias que les causan al enredarse con las lanas y los perjuicios que les producen.

En la extensa línea del Rosario siguen á estos campos monótonos, exclusivamente herbáceos ó gramíneos, trozos de terreno montuoso; en aquel espeso arbolado se ven: algarrobos de doce y aun más pies de elevación; olivos, palmeras, cedros, laureles que tienen altura prodigiosa, hasta de quince y veinte metros, acacias robles, sauces.

Como ustedes ven, el campo de la línea del Rosario, y en general el de la provincia de Santa Fe, si por su vegetación no es precisamente la tierra prometida, se le parece mucho; á lo menos tal cual las tradiciones nos lo han descrito.

No pretendo hablar á ustedes extensamente

ahora de lo que, sin embargo, debería ser el asunto más importante de mi relación; es á saber, de los campos sembrados de trigo, animadísimos y alegres en aquellos sitios donde las tormentas y las inundaciones no habían desvanecido, en mal hora, las esperanzas más lisonjeras. En la época en que yo atravesé aquellos lugares, echábanse de ver perfectamente los terribles efectos de las lluvias continuas y de los fatales hundimientos. En el ferrocarril parecía, en ciertos momentos, que pasábamos por en medio de inmensos lagos, en cuyas orillas se echaban de ver, como tristes vestigios de la vegetación, copas de árboles, arbustos arrancados de raíz, además de los cuerpos ya putrefactos de los animales muertos que flotaban. ¡Qué devastación! ¡Qué inmenso desconsuelo! ¡Devastación y desconsuelo que iban cada vez en aumento en la parte más elevada de la provincia, en los sitios más notables por la exuberancia de su vegetación!

¡Con cuánta tristeza observaban aquel teatro de la naturaleza muerta los labradores que viajaban conmigo! Alegres y despreocupados pocos momentos antes, fruncían ahora las cejas, arrugaban la frente sudorosa ante la contemplación de aquellas extensiones inmensas per-

didas inexorablemente por aquel año y sin posibilidad de remedio. Algunos pajarillos tristes peregrinaban, con vuelo fatigoso, sobre aquellos restos de una vegetación desdichada, lanzando cantos melancólicos que parecían el llanto de las circunstancias.

La gente campesina, observando desde las portezuelas de los vagones el doloroso espectáculo, exclamaba: ¡Oh, América! ¡Cómo desilusiona todo esto! Ya no eres la tierra del oro, sino del papel; ya no eres el país de la cosecha segura; ya no eres el granero del mundo, sino la tierra de las siete plagas. ¡Oh, América! ¡Cuándo volverás á ser lo que fuiste durante mucho tiempo, nuestra segunda madre, y muy á menudo más benigna para nosotros que la otra!

Hacia el Baradero, el triste espectáculo de los campos inundados disminuía; y aumentaba, para distracción del viajero, el de un terreno ondulado de manera muy caprichosa. Como á la mitad del camino entre Buenos Aires y Rosario, hay un largo trayecto que parece como indeciso en tomar proporciones de montaña.

Pasado el Baradero, la producción de ganados adquiere proporciones fabulosas: al paso del tren vense millares de animales que huyen balando espantados, no sin dejar frecuentemen-

te alguna víctima en los rails. Tuve ocasión de observar entonces que el carnero debe de ser el Bayardo de su especie. En tanto que al adelantarse la máquina humeante huyen espantados corderos y ovejas, el carnero permanece casi siempre impávido, á poca distancia de la vía, para observar al monstruo que llega.

El tren continúa adelantando hasta Rosario con celeridad cada vez mayor y con paradas relativamente cortas. Pasamos San Pedro, Castro, El Paraíso, Ramallo, Sánchez; se pasa el delicioso San Nicolás, meta de tantas jiras de campo; pasamos Pavón, Arroyo Seco, Alvear, y por último, próximamente á las siete y cuarenta minutos de la tarde, después de haber salido á las doce y cuarto de Buenos Aires, se llega á Rosario; la ciudad de tantísimos negocios.

Se llega y no se llega; porque cuando se ha penetrado bajo la gran cubierta de una estación bastante bien alumbrada y se ha oído el anhelado grito de *¡Rosario!*, si ustedes se disponen á bajar de sus coches respectivos, les dicen que aquella estación es del todo inútil para quien pretende llegar á Rosario, y que es menester detenerse en otra, la central, que se halla todavía á bastante distancia. Cosas son éstas que

suceden también en los otros países del mundo. Finalmente, después de un largo, interminable silbido, cátense ustedes en la otra estación y en la grande, populosa y mercantilísima ciudad que hace ahora treinta años era algo menos que una ciudad de último orden: una humilde y risueña aldea.

CAPÍTULO XL

En Rosario.—El lodo.—La fonda de la desgracia.

«*Vísteme despacio, que tengo prisa*,» decían los antiguos.

En la estación del Rosario echo de ver muy pronto una cosa extraña: que los viajeros que se apean del tren, en vez de salir todos, como otros tantos corderillos, por una misma puerta, van los unos en esta dirección, los otros en aquélla y muchos en otras distintas. Me adhiero á un grupo, y luego á otro; después me arrepiento. Por último tomo una resolución heroica: pregunto á un vigilante cuál es el camino más corto para salir de la estación. El guardia de la República me indica una rampa

de madera: subo por allí, á pesar de no ver á ninguno que tome aquella dirección; y sereno, impertérrito, con mi equipaje y mi paraguas, llego por último á lo alto de la rampa, con que me hallo en un puente que atraviesa la estación, y desde cuya cima la gente que en dicha estación hormiguea me parece pequeña, pequeñísima. Atravieso el puente, bajo otra rampa que encuentro en el extremo opuesto y que, al parecer, conduce fuera de la estación; bendigo con toda mi alma al vigilante que me ha indicado el camino más corto y me sumerjo... en las tinieblas.

Hubo un momento en el cual nada vi; rodeábame la oscuridad más profunda. Tornar á subir la rampa no me parecía digno; habría yo juzgado aquello, ante el paraguas de mis antepasados, una vergonzosa retirada. Encender alguna cerilla para iluminar, al menos un instante, la situación, era todavía más impracticable, porque han de saber ustedes que el encender un fósforo en la República Argentina está muy lejos de ser cosa hacedera. Se consumen quince para que llegue á encenderse uno.

De pronto me parece que vislumbro una especie de verja; allá me encamino; la situación se aclara un poco; veo faroles, indicio evidente

de civilización. Ando á lo largo de la verja suponiendo que al cabo habrá alguna salida. Así es en efecto; la salida está allí. Verla y colarme por ella es todo uno. Más ligero que de ordinario me lanzo á lo que supongo calle; ya estoy en ella; pero me es forzoso detenerme como si con unas tenazas me sujetasen los pies. ¿Qué sucede? Procuro mover un pie, no lo consigo; intento mover el otro, menos; quiero levantar el brazo en el cual llevo el paraguas, y en realidad el brazo se mueve obedeciendo á mi voluntad; pero el paraguas permanece adherido al suelo como los pies.

Llegado aquí, suplico á ustedes que no crean que les cuento fábulas.

Quizá las cuente alguna vez; pero no cuando se trata de momentos solemnes y decisivos de la vida. Y, por último, si ustedes no me creen, vayan por sí mismos á Rosario, para ver qué casta de barro se *gasta*—llamémoslo *liga*— en aquellas calles, aun en las mejor empedradas; así es que el atravesar á pie de una acera á otra, sobre ser fatigosísimo, es arriesgado; aquello es la más horrible de las inmersiones.

Después de varios esfuerzos muy enérgicos consigo arrancar una pierna de aquel horrible lodo que me llegaba hasta la rodilla; pero el

paso que intento dar hacia adelante me resulta inútil, porque la pierna vuelve á sumergirse en otro barro. ¿Cómo acabará esto? Arranco, merced á nuevos esfuerzos, el paraguas; no representa más que una agrupación asquerosa de estalactitas. El otro pie que aún no había yo intentado sacar parecía como incrustado en aquellos baches.

Por último oigo un rumor sordo; después columbro una lucecilla verde que se aproxima. Es un coche de tranvía. Cuando se halla al alcance de mi voz, grito «¡pára!», con más desesperación que la que hay en el «*Detente, cruel,*» de *Hernani*.

Ayúdanme á librarme de aquella tercera parte de Rosario, que es el barro.

Una tardecita como aquella no la habría yo olvidado nunca, si en la misma ciudad del Rosario no me hubiera ocurrido algo peor.

El conductor me preguntó adónde quería ir.

—Al centro, le respondo; á la primera fonda en que usted crea que puedo albergarme.

Doy á ustedes mi palabra de honor de que el sitio más digno y más adecuado para mí en aquel instante hubiera sido un limpia-barros.

Llegados cerca de la Fonda de Francia, que se halla á poca distancia de la plaza del

Veinticinco de Mayo, la principal de Rosario, me pregunta el conductor si quiero apearme. No espero á que me lo repitan; bajo, y entro. Los camareros que se hallan á la puerta no me reciben con las cortesías de ordenanza, porque ven á un hombre *incognoscible* (1) en sus condiciones buenas ó malas, bajo la capa de barro que le esconde. Pido un cuarto, y me toca, doy á ustedes mi palabra de honor, el número *trece*. Inauguro mi nueva habitación con copiosas abluciones, con tremendos cepillazos y con fatigoso raspar el barro, que se había endurecido, en las prendas de mi traje. Después, cuando ya parece que me he convertido en un hombre, busco el comedor. Respóndenme que á tales horas no hay comida, ni cena, ni siquiera un trozo de perro á la lumbre. ¡Fonda original! Pregunto dónde podré satisfacer, lo menos lejos posible, mi justificado apetito. Me contestan que he de seguir hacia adelante tantos cuadros; después, torciendo tantos cuadros, á la derecha; en

(1) El adjetivo *incognoscible* está incluído en nuestro Diccionario entre las voces *anticuadas;* como la idea que expresa es moderna, y como la Academia no da otro con el cual sustituirle, no hay más remedio que incurrir á sabiendas en arcaismo.

(*N. del T.*)

seguida á la izquierda, después todo derecho... en fin, el embrollo de siempre en las ciudades sudamericanas, y del que nada se saca en limpio.

Me pongo en camino sin estar muy seguro de que daré con la fonda que se me ha indicado; el hecho es que al llegar á cierto punto vi salir una luz discretamente sospechosa de cierta tienda, con un pedazo de cortina corrida. Oía yo, al mismo tiempo un rumor de platos, un retintín de copas que parecían confirmarme en la idea de que aquel sitio estaba consagrado al dios *Vientre*. En la primera sala vi un mostrador con varios vasos y algunas mesas cubiertas con manteles más ó menos sucios. Vi allá sentados á seis ó siete individuos que parecían de la clase obrera. Una especie de camarero vino á decirme que si yo quería pasar á la otra sala me serviría más pronto. La segunda habitación era más espaciosa, los manteles menos sucios, y varios de los concurrentes, de apariencia menos tosca que los de la otra sala, cenaban ó charlaban. Vi también que la persona, al parecer, más autorizada, era un hombre gordinflón que se dignaba sentarse ya al lado de uno, ya al lado de otro. Hablaba el tal unas veces en español, otras veces en italiano, y no juraré con verdad

á qué nacionalidad pertenecía; acaso fuera de ambas.

Tomé asiento delante de la mesa más aislada, y en verdad que me fué más fácil entenderme con el mozo de esta fonda que con el buen Pablo, el equivocado y aturdido enamorado de *La Plata*. Temí haber llegado en el instante en que existe el peligro de que el amo venga con la llave en la mano para dar á entender que ya es la hora reglamentaria. Observé que, por el contrario, entraba cada vez más concurrencia; la mayoría de los concurrentes bebían y no comían. En uno de los rincones hacia el cual se dirigían todas las miradas, y también las bromas y los apóstrofes con las miradas, vi sentada, próxima á una mesa, una muchacha muy rubia, con el codo apoyado en un ángulo de la mesa y la cabeza sobre la mano. La chica, me apresuro á decirlo, era muy guapa. Una de sus dos trenzas larguísimas venía á serpentear sobre el pecho.

—Vamos á ver, pequeña, ¿no quieres decididamente estar alegre? fué á decirle un quidam que acababa de levantarse de la mesa que estaba frente á la suya.

La muchacha volvió su cara hermosísima hacia otro lado, cambiando también el brazo que servía de apoyo á su primorosa cabecita.

—¡Oh! Ya la haremos que se alegre, dijo otro desde la mesa misma de donde se había levantado el primer orador.

El tal continuaba en sus galanterías, hasta permitirse una más arriesgada, que fué la de coger por un brazo á la muchacha; ésta logró desasirse con un brusco movimiento, y le gritó con ira:

—¡No quiero que me toque usted!

—¿No quieres que te toque? dijo con sonrisa burlona el galanteador, insistiendo en coger á la chica.

Ésta retrocedía siempre, hasta que tropezó en la pared con la espalda.

—No, no quiero, gritó la perseguida, mientras el perseguidor levantaba el brazo para cogerla otra vez.

Los de la otra mesa miraban y reían.

El gordinflón, con cierto aire de principal, había quedado en medio de la sala, cruzado de brazos y observando también.

A un nuevo movimiento del bromista, la chiquilla, con una ligereza propia de sus dieciocho años, se bajó lo suficiente para evitar el abrazo, y se escapó; persiguióla el otro; la pobrecilla, no encontrando mejor refugio, se dirigió hacia la mesa en que yo me encontraba solo,

y que estaba colocada en un rincón. Pasó la fugitiva aterrada por el reducido espacio que mediaba entre mi silla y la pared, y la vi, por último, á mi lado, apoyada en la esquina de la habitación.

El hombre se obstinaba en apoderarse de la jovencilla, que tanto más bella parecía cuanto más atentamente se la miraba; pero el hombre necesitaba para lograr su intento, ó pasar también por detrás de mi silla, ó montarse poco discretamente en la mesa, en la parte que se apoyaba en la pared. Cátenme ustedes caballero obligado por las circunstancias. Apoyé de pronto contra la pared mi silla.

Ante aquella actitud mía, el perseguidor permaneció algo indeciso y como turbado, y por último se contentó con dirigir aún algunas amenazas á la que él llamaba melindrosa. Entonces el amo le apostrofó cariñosamente, y acompañando sus palabras con el consejo de abandonar una posición que podría ser incómoda para mí, su nuevo parroquiano, le dijo:

—Ya se lo he dicho á usted, Mateo; esto no es para usted; vámonos.

—Me da rabia ver tantos aspavientos y tantos melindres por una simple broma.

—Ya se lo he dicho á usted, continuaba en

voz más baja el gordinflón, cogiendo del brazo al don Rodrigo de quince sueldos y conduciéndole hacia su mesa, siempre hablando en voz baja:—Este bocado no es para usted.

—¿Pues para quién? preguntó al otro.

—Hay un sujeto que ahora precisamente se está entendiendo con el que manda en esta hacienda.

Después, el honrado principal agregó:

—Usted lo sabe; yo soy solamente un depositario.

En aquel momento penetró una muchacha alegre, que parecía muy asidua concurrente á la casa: era guapa, robusta y vestía un traje de un rojo más descarado acaso que su dueña. El perseguidor de la rubia, que tenía necesidad de divertirse, se aproximó á ella confidencialmente, diciéndole:

—He aquí, á lo menos, una chiquilla que no hará melindres.

En realidad, si ella los hizo, fueron muy imperceptibles, porque de allí á muy poco, dama y caballero pasaron muy cogidos del brazo á decirse chicoleos en otra sala.

Por lo que á mí hace, no permanecí ya indiferente á la vecindad de la hermosísima rubia, que se hallaba aún temblorosa de emoción y de rabia.

Invitándola á sentarse en la otra silla preparada en el reducido hueco para el cual había yo formado barrera, le dije, señalando no sé qué manjar que el apetito me permitía partir:

—¿Puedo ofrecerte?

El gordinflón, que desde la mesa consabida de sus favoritos me observaba, se apresuró á decir:

—No lo dude usted... de comida le damos cuanto quiere; está aquí como huéspeda... y hay quien por ella paga.

—Siéntate, pues, dije á la pobre.

La muchacha, muy tímidamente, pero agradecida, accedió.

—¿Cómo estás aquí? ¿De qué país eres? le pregunté en voz baja.

—Soy del *Vercellese*, me contestó la rubia; aquí me ha traído mi tío, que vive con mi madre y dice que no soy apta para labrar la tierra.

—Verdaderamente, dije, tú nada tienes de campesina; muy al contrario.

—Nunca he trabajado en el campo, me contestó la rubia; en Italia estuve empleada en las fábricas de tejidos.

—¿Y hace ya mucho tiempo que dejaste á Italia?

—A principios de año.

En este momento la voz del amo vibró dirigiéndose á la muchacha:

—No importunes á ese caballero con tu charla.

—No me importuna, me apresuré á responderle; hablamos de Italia, y esto es para mí la mayor satisfacción.

—Italianos, replicó el otro, somos todos, por vida de San... Garibaldi; ó casi todos, rectificó después lanzando una ojeada á varios tipos, de su mesa de privilegio, que antes parecían indios salvajes que hombres civilizados.

Y cata que sobrevienen á esto dos personajes cuya aparición hizo estremecer á la joven rubia.

—¡Ah! Ya está aquí Nicolás, gritó el gordinflón muy satisfecho.

—Y en buena compañía, replicó el recién llegado, que era un hombrón como de cincuenta años, tipo de los antiguos traidores de melodrama.

La buena compañía se adivinaba desde luego en la calidad: era uno de esos mejicanos robustos, con los cabellos al estilo de Sansón, que con frecuencia se ven en las provincias argentinas, como en otras repúblicas limítrofes, para realizar negocios ó bien solamente para gastar

dinero y divertirse; porque de mejicanos ricos hay muy buen surtido por todo el mundo.

—La pequeña está allí, dijo el amo de la fonda á Nicolás, señalándole á la muchacha rubia que se había hecho un ovillo en la silla en que estaba sentada.

Nicolás me miró solamente para enterarse de la calidad del vecino; después, sin cuidarse de nada más, se adelantó hacia la rubia y le dijo:

—Ven acá.

La muchacha no obedeció en seguida. Entonces Nicolás le dijo con tono muy resuelto, y como si no reparase siquiera en que mi silla estaba por medio.

—Mira que no te coja yo por un brazo.

El gordinflón, suponiéndome quizá dispuesto á repetir el juego defensivo, que puse en práctica con el otro agresor, me dijo:

—Es su tío y tiene derecho á mandar.

Dejé, por consiguiente, salir de aquellos tres palmos de terreno á la hermosísima muchacha, cuyo defensor habría yo sido con bonísima voluntad si, dada la situación, hubiese comprendido que podría lograr algo útil para ella.

Entretanto, el mejicano, contemplando con demasiado visible contentamiento á la rubia, decía en la lengua del país á Nicolás, dándole

familiarmente golpecitos en la espalda:—Repito á usted lo que le dije cuando vi esta mañana á la pequeña; podríamos hacer de ella una artista excelente.

—¡Artista! pensé: ¿qué clase de artista? ¿de canto? ¿de baile? ¿de mímica? Realmente, admitido que la primera materia sea la hermosura, la piedra de aquella artista, de cualquier género que fuese, no podía menos de ser brillante.

Era preciso ver á la pequeña—llamémosla así como los otros la llamaban, aunque era de muy buena estatura; era preciso ver, repito, á la pequeña cuando el mejicano, cogiéndola y palpándola por la parte superior del brazo derecho, como si tratase de medir la abundancia y consistencia de las carnes, gruñó, más satisfecho cada vez:—Sí; haremos de ella una artista excelente.

—Vamos, pues, á arreglarlo á esa otra habitación, dijo Nicolás indicando una puerta abierta.

Estaban ya para desaparecer, obedeciendo aquella indicación, seguidos por las miradas envidiosas de todos los parroquianos, mientras el gordinflón decía á sus predilectos:

—Ya ven ustedes si vienen á mi fonda verdaderos conocedores.

La muchacha vendida, porque en realidad no se trataba de otra cosa, pareció al principio seguir dócilmente á los dos. De repente, emprendió la carrera como para escaparse de la fonda. El gordinflón se apresuró á impedirle el paso.

Nicolás, arrojándose como ave de rapiña sobre su presa, la cogió por los cabellos y pasando otra de sus manos vigorosas por debajo de las corvas, levantó en alto á la muchacha, llevándosela como un fardo ligerísimo hacia la puerta de la otra habitación donde el mejicano esperaba. Dejo á ustedes imaginar si la muchacha gritaría; tanto más cuanto más molesta era su posición, pues mientras su cabeza, sostenida solamente por una trenza, pendía hasta rodar casi en el suelo, los piececitos se hallaban más altos que la cabeza del brutal tío, agitándose desesperadamente. Me levanté como por instinto, y entretanto que la desgraciada, ya dentro de la habitación, gritaba como si la pegasen, entré á mi vez, rogando que no se le hiciese daño.

—¿Hacerle daño? ¡Ni por pienso! me contestó de pronto Nicolás; la quiero como si fuera hija mía; pero dígame usted qué hemos de hacer, nosotros pobres gentes que debemos trabajar para vivir, con una chica que para nada

sirve, mientras su madre y todos nosotros trabajamos como perros. Ésta había nacido para señora. Ahora llega una gran ocasión para darle una colocación en el arte.

Tal lujo de explicaciones en aquel hombre brutal, me sorprendió.

—¿En qué arte? pregunté mirando al mejicano, que, contemplando á la muchacha, más interesante aún en su terror, parecía cada vez más satisfecho de su compra,

—Señor mío, tenga usted en cuenta, llegó á decirme en este momento el hostelero, que en mi fonda no se estila que el primero que llega meta las narices en los negocios de los demás.

—Pero, repliqué yo, cuando se maltrata á una pobre criatura, esto se convierte en asunto de todos.

—¡Aquí no se ha maltratado á nadie! gritó con suma violencia Nicolás.

—¡Bah! déjeles usted arreglar sus negocios, agregó el de la fonda, colocándose entre el otro y yo, y cerrando de pronto la puerta.

Lo demás, entre gemidos, amenazas y violencias, se perdió sordamente en la habitación cerrada.

Superfluo me parece añadir si me quedarían ganas de continuar siendo parroquiano de aque-

lla hostería de mal agüero. Pedí mi cuenta, y aunque me pareció relativamente exagerada, la pagué sin discutirla, deseoso de salir de aquel sitio lo más pronto posible, como si temiese escuchar algún nuevo lamento de aquella desgraciada, á la cual no me era dado defender.

CAPITULO XLI

Plaza del Veinticinco de Mayo.—Un monumento grotesco.—El puerto.—Laguna de fango.—Los rosarios en Rosario.

En la mañana del día siguiente me coloqué muy temprano á la puerta de la fonda, esperando que pasase un tranvía que me llevase por algunas calles, para formar idea más exacta de aquella enlodada ciudad. ¡Había que ver á los pobres caballos! Difícil, muy difícil era discernir el color de aquellas desdichadas bestias, tan completamente enfangadas que parecían llevar una corteza de barro.

Como viese yo que el tranvía se hacía esperar demasiado, y habiéndome dicho que á poca distancia de la fonda estaba el centro de Rosario, es decir, la gran plaza del Veinticinco de

Mayo, me armé de todo el valor disponible y me dirigí hacia allá á pie. En aquella plaza da pomposa muestra de sí la catedral, que en sus dimensiones majestuosas tiene algo de basílica, y en la fachada algunas pretensiones *vaticanescas*.

Pero mis ojos hubieron de fijarse de pronto en medio de la plaza, en algo que por muy poco no me hizo llorar de emoción.

Ya conocen ustedes mi obstinada pasión por los monumentos, sean modernos, sean antiguos. Era un monumento, no de los antiguos, un monumento patriótico, para decirlo de una vez: era el monumento del Veinticinco de Mayo el que causaba mi emoción.

Figúrense ustedes una base monumental de esas que no hacen daño en ninguna parte y que así pueden adaptarse á una apoteosis de la victoria como á un recuerdo fúnebre. Hagan ustedes surgir sobre esta base, con su magnífico pedestal, una elevada columna de espaciosas estrías. Coloquen ustedes en rededor de esta columna, muy rígidos y muy plantados de pie, tres hombres y un cabo, que quiere parecer un general. Estas cuatro figuras, tan grotescamente marmóreas, cuyas vestiduras ¡increíble parece! tienen más dureza que el mármol, quieren

corresponder, y aun darse cierto aire, á los nombrados doctor D. Mariano Moreno, D. José de Panidart, D. Bernardino Rivadavia, y al general Manuel Belgrano. Figúrense ustedes en lo más alto de la columna una estatua de la *Victoria* ocupada en hacer que flote al viento un estandarte de plomo. Olvidábame de decir á ustedes, que, como á un tercio de la columna se elevan dos alas de bronce, quizás las alas de un genio artístico no hallado, ni acaso *hallable*. En rededor de este monumento existe una verja, sin duda para defenderlo de las injurias del porvenir. De las del presente no, porque ya es una injuria la obra misma.

Si después de haber contemplado este monumento hubiese yo encontrado una figurilla de Luca, habríala abrazado con entusiasmo.

Entretanto, observaba yo de qué modo la ciudad se engolfaba en toda la efervescencia del movimiento comercial. El carruaje sobrecargado de mercancías está siempre en activísimo movimiento, desde el puerto hasta el centro de la ciudad, y desde aquí á la estación.

En lo que respecta á su conformación topográfica, Rosario puede definirse: «una Buenos Aires disminuída.» Existe desde luego la identidad de los nombres en las calles; la división

en cuadros y conforme al monótono sistema de la capital, sin el desahogo, no obstante, y la grandiosidad de la calle del Callao. En lugar del jardín de Palermo, hay en Rosario un jardín que no sería feo si estuviera mejor cuidado y menos horriblemente fangoso. Hay además una calle, muy larga y muy ancha, con jardinillos en medio, que producen un efecto muy agradable.

El espectáculo mejor es indudablemente el puerto, al cual se llega por tantos sitios cuantas son las calles transversales. Echo de ver una circunstancia que, en el año 48, habría parecido muy significativa: la mayor parte de los carros que prestan servicio público en Rosario se hallan señalados con los colores nacionales de Italia. Una pincelada á todo lo largo, de verde; otra de blanco, y otra de rojo. A propósito de italianismo: el *Poncho* que Garibaldi ha dejado como tradicional en Italia, es aquí muy usado. Esta capa, característica y cómoda al mismo tiempo, que nuestro gran capitán encontró en moda en el Sud América, hace ya más de cuarenta años, continúa en moda siempre. La hallaremos también típica en el gaucho de Córdoba.

Después de haber dicho que hallé en la ciu-

dad del Rosario un gran movimiento de nego cios, dedúcese lógicamente que he debido de hallar aquel puerto animadísimo. Los buques á punto de partir, los acabados de llegar y los anclados allí, eran muy numerosos. El puerto es de gran extensión y bastante cómodo, y es conveniente decir que, á más de estar mejorando siempre con nuevas obras, para las cuales el Gobierno destina sumas no pequeñas, debe muchas de sus ventajas á sus condiciones naturales.

En tierra, las inmediaciones del puerto se distinguen por caprichosos tablados, cuya bajada hasta los buques bastaría para poner á prueba la *infatigabilidad* y el equilibrio de nuestros más experimentados alpinistas. Es natural que, tratándose de pueblos en que abundan las maderas, gran parte de las obras del puerto de Rosario, y entre ellas las mismas escaleras de acceso, sean de madera; lo cual no es incompatible con su utilidad y su perfecto servicio.

Después del puerto, lo más importante del Rosario es la calle del Puerto; la calle principal.

En algunas tiendas y almacenes de la calle del Puerto vénse reproducidos los rasgos de lujo estupendo y de asombrosa magnitud que se notan en Buenos Aires. Existe un café,

que consta de un salón único, pero de tan extraordinaria magnitud, que las mesas de billar se cuentan por docenas y queda todavía muchísimo espacio para las mesillas de los consumidores; allí las miradas se pierden. Allí se juega invariablemente á palos; allí se leen todos los periódicos de la República Argentina y de otros países; allí se destroza, en círculos que yo supuse de gente desocupada y que tal vez no lo sea, la reputación de media ciudad; allí se hacen una porción de cosas que en otro café no podrían hacerse. Vi, por ejemplo, entre otras cosas extravagantes, á un consumidor que entró á caballo en el café; es cierto que lo hizo por broma, pero el hecho es que entró de veras.

Entre las ideas que en Rosario me perseguían, continuaba ocupando sitio muy principal la pobre y hermosísima joven italiana; quizás á estas horas habría ya pasado á manos distintas de las que yo conocí en la fonda sospechosa. La curiosidad y la compasión por la pobre víctima habríanme inducido á entrar de nuevo en aquel desagradable *restaurant;* pero pensando que yo nada podría hacer para atenuar su dolor, ó evitar los atropellos, desisto del propósito. Por otra parte, yo no había emprendido el via-

je para convertirme en libertador de los oprimidos; en todo caso habríame provisto de mi excelente bandera de... Sancho Panza. El mundo se halla sobrecargado de miserias, de felonías, de iniquidades...: ¡ay del que pretenda erigirse en defensor del débil y en castigador del reo! El que tal hace, no viaja de seguro, porque á cada paso sobreviene un hecho, cuya vista excitaría á la pelea á nuestros sentimientos humanitarios.

Y, sin embargo, mientras hacía yo estas lógicas y juiciosas reflexiones, mientras yo transitaba por la calle de Rosario, mi pensaminto no acertaba á desprenderse de la pobrecilla muchacha rubia. De tal modo me dominaban aquellas meditaciones tristísimas, que en alguna ocasión me olvidé casi de que me hallaba en la capital del lodo. No quiero decir á ustedes cómo me puse nuevamente en mis dos horas de paseo. A la sazón ya se me había formado callo: pueblo adonde se va... lodo que se halla.

Lo que, por el contrario, me resultaba siempre más edificante, era, á medida que el día adelantaba, hallar mayor animación en todas partes: animación no siempre comercial: masa de carros con generos, en perpetuo movimiento. Menos mal que la altura de las aceras—que en

Rosario llega al colmo—evita el peligro de ser atropellado; se entiende, cuando no tienen ustedes la desgracia de caerse desde la acera. Esto sólo es muy bastante para que se rompa uno la crisma. En la calle del Bajo, por la que se va al puerto, la altura de las aceras está indicadísima para un suicidio. Al desembocar de esta calle se me presentan de repente, en toda su enorme longitud, dos muelles que nada tienen que ver con los de Génova. En esta última ciudad el trabajo del hombre ha debido hacerlo todo, desde el más humilde azadonazo hasta el de abrir por entre la roca eterna la más importante calle.

En Rosario, como en otras ciudades situadas á lo largo del Río, especialmente en la provincia de Santa Fe, si el trabajo del arte y los millones del Estado hicieron mucho por las obras del puerto, no dejó ciertamente de cooperar, casi en igual proporción, lo especial de las condiciones hidrográficas. El sistema hidrográfico de la provincia de Santa Fe puede subdividirse en tres partes: el gran Paraná, del cual son afluentes todos los demás ríos de la provincia; y los ríos Carcaraná y Salado, en los cuales se derraman las aguas pluviales de toda su cuenca por medio de numerosos riachuelos.

En aquellos sitios en que algo impide la formación de corrientes regulares de aguas, vanse aglomerando lagunas de fango que por su prolongación dan acaso idea de extensísimos muelles; muchas de estas lagunas son sólo aparentes, y durante los rigurosos calores del estío, y en los períodos de largas sequías, desaparecen; otras, en el transcurso del tiempo, adquieren solidez; otras se han cubierto de vegetación, en muchos casos prodigiosa; tanto mejor cuando estas labores naturales tomaban consistencia y forma adecuadas para convertirse en aprovechables y verdaderas obras del puerto, como sucede, por ejemplo, en Rosario, y más todavía en Santa Fe, donde uno de estos productos accidentales de la hidrografía quedó formado y situado de tal modo, que constituyó la más envidiable obra de defensa para las naves ancladas en el puerto.

Gran parte de estas lagunas y de estos muelles naturales, aun quedando permanentes, dan motivo, por las condiciones mismas de su formación, á filtraciones de aguas que producen notables variaciones de nivel, en las que el Río de la Plata y el Paraná no tienen superior en materia de altos y bajos. Sobrevienen las épocas de las grandes crecidas, en las que mucha

parte de estas obras naturales desaparece al elevarse la corriente á ocho ó diez metros más de lo ordinario. Rosario registra, entre los hechos accidentales de su puerto, el de la crecida de 1869, que ocultó por completo sus muelles. Después de estos hechos fué cuando el Estado procedió á obras más sólidas y menos naturales.

Contemplando las obras del puerto de Rosario, uno de los oficios que más importantes me parecieron fué el de los remolcadores.

Lanzando la mirada sobre Río no se veía otra cosa. Es decir—perdonen ustedes el olvido—sí vi algo más que, por tratarse de una población de tantos y tan serios negocios, me dejó estupefacto. Vi en toda la extensión de la playa una fila interminable de inocentísimos pescadores de caña, cuya vista casi me mortificó.

El pescador de caña me ha parecido siempre el rey de los haraganes: recuerden ustedes las comedias más típicas de Sardou, en que ese pescador candoroso, que pierde horas y horas para atrapar un pececillo, surge siempre de entre los ocios rurales. De estos pescadores, dignos de ser embalsamados, hallélos en la playa del Rosario de todas edades y de todas

condiciones, de ambos sexos y de todas las clases, y hasta encontré uno que pretendía privarme de pasear en las inmediaciones de su puesto, para que no alejara de su anzuelo á los peces que hacia él se dirigían.

Otra cosa me hizo recordar las instituciones de mi país; un túnel abierto bajo un promontorio que se halla frente al puerto y establece allí las comunicaciones por ferrocarril. Esto de hallar un túnel en la República Argentina no es cosa que sucede muy á menudo; la verdad es que en las provincias por donde he viajado casi nunca me ha sucedido; por eso levanté en seguida acta consoladora del hecho, porque durante algunos minutos, mirando una galería que desde las entrañas del montecillo iba á parar al puerto, me pareció realmente encontrarme de nuevo en Liguria.

También vi en aquel puerto dragas, cuya tarea es allí muy ruda y en extremo dificultosa.

Vi además lo que ahora ya puede verse en todos los puertos del mundo civilizado: grúas movidas por el vapor para carga y descarga de mercancías: entre esas máquinas habíalas de extraordinarias dimensiones.

Antes de alejarme de aquellos sitios quise

preguntar al pescador que me pareció más pacífico:

—Dígame usted, buen hombre, y perdone la curiosidad: ¿qué peces recoge usted aquí?

Miróme el pescador con cierto aire en que había algo de candor y algo de recelo, y me duda dijo, no sé todavía si en broma ó en serio:

—Señor, sardinas... cuando llegan.

Torné á encaramarme, trepando por el montecillo, para regresar á la ciudad; subí en el primer tranvía que tuve la suerte de encontrar, dejando á la misma suerte el cuidado de decidir adónde había de llevarme, toda vez que siempre sería en cumplimiento de una parte de mi programa, que consistia en ver algo nuevo. En aquella ocasión me fué propicia la fortuna, porque el carruaje, en lugar de dejarme á dos pasos, era de los que, como suele ocurrir en las ciudades sud-americanas, van tocando alternativamente en varias localidades. El coche fué, por consiguiente, el que me hizo adquirir conocimiento compendioso de casi todas las calles, tanto principales como de segundo orden de la gran ciudad.

He dicho gran ciudad, porque lo es, en efecto, si se considera el inusitado movimiento de los negocios, la multitud de calles, la importan-

cia de muchos edificios, cosas todas que solamente pueden hallarse en Buenos Aires y no en las otras poblaciones de la provincia de Santa Fe.

La capital de Santa Fe, ya lo he manifestado, aunque tenga subordinada á Rosario administrativamente, no cuenta, según el último censo, más de 14.000 habitantes, mientras Rosario tiene 50.000.

A propósito del nombre de la ciudad: pasando por delante del escaparate de una quincallería—entre las cuales se distinguen especialmente por su elegancia las de la calle de Córdoba—eché de ver con mucha frecuencia muestras de rosarios en gran abundancia. Deduje de esto que acaso era ése el producto característico del pueblo, máxime cuando supe que la primera materia para labrar aquellos rosarios era cierto mineral, bastante raro, que se halla en las profundidades de aquel subsuelo.

Lo más utilizable para la fabricación que se halla en los alrededores de Rosario, así como de Santa Fe, es cierta tierra gredosa, excelente para la elaboración de tejas y de ladrillos. De aquí la prosperidad de varios tejeros de Rosario. El ladrillo es, en resumidas cuentas, el rey de la situación, lo mismo en Rosario que en

Buenos Aires, que en casi todo el territorio de la República Argentina. Hasta creo que de América ha provenido la costumbre de los masones de llamar *ladrillos al dinero* (1); con tanta más razón, cuanto más cierto es que los ladrillos han bastado para hacer á más de uno, y á más de dos, millonarios y archimillonarios.

Cuando llegó el momento de pagar al cobrador del carruaje, eché de ver que, en vez de dar dinero de vuelta, daban billetes para otros viajes. Hice notar al conductor que hallándome solamente de paso en la ciudad, era muy problemático que se me ocurriese hacer otros viajes. El cobrador encontró justa y lógica mi observación, y me dió la vuelta en.. sellos de franqueo. Mi asombro creció de un modo extraordinario al ver á qué grado llegaba la escasez de metálico en aquel gran centro de negocios. Transcurrido poco tiempo, se hizo también muy común en Buenos Aires esta costumbre de dar las vueltas en sellos de franqueo.

En las otras excursiones de aquel día vi un elegante y espacioso Mercado público (el *Mercado modelo*), cuya fachada, de pocas y muy

(1) Dejamos al autor italiano toda la responsabilidad de esta afirmación, de cuya exactitud no respondemos.—(*N. del T.*)

sencillas líneas, era hermosa: estilo de Palladio.

En la calle de Córdoba me detuve mucho tiempo para admirar, en un edificio nuevo, una de aquellas fachadas de palacio, verdaderamente modelos, de los que, por sus primorosas líneas, por su buen gusto, se labran muy pocos, así en el nuevo como en el antiguo Continente. Este palacio había sido levantado por orden del doctor Camilo Aldao. El portero no supo decirme el nombre del arquitecto; pero por el estilo me inclino á creer que hubo de haber sido un italiano. En esta bellísima fachada predomina el estilo de 1400; hay en ella algo de Sansovino, algo de todo, si ustedes quieren, pero no mezclado caprichosamente, sino con arte admirable. Es muy natural que en una ciudad de negocios como Rosario se distinga, por su belleza y por su fausto, la arquitectura de los Bancos. El *Banco de Italia y Río de la Plata* tiene aquí una sucursal, cuyas oficinas son mucho más ricas y más elegantes que las de Buenos Aires.

Otro magnífico edificio es el del *Banco de Londres y Río de la Plata*, fundado en 1887. Pero si hubiéramos de enumerar los establecimientos bancarios alojados en locales elegantísimos, no acabaríamos nunca. Al pasar por una

de las calles más céntricas vi otro de esos edificios que asombran por sus dimensiones enormes, hasta el punto de parecer una gran calle cubierta: era un aserradero, en que se funcionaba con máquina de vapor.

Observé otro hecho singularísimo en esta ciudad, la mayor de la provincia de Santa Fe: la guerra sin cuartel, la guerra á todo trance á los anuncios en las esquinas; no hay trozo de pared en que no se halle la prohibición de pegar anuncios y carteles. ¡Extraña prohibición de la policía en una ciudad tan escasa de... policía!

CAPÍTULO XLII

Navegación por el Paraná.

Para proseguir el viaje hacia la parte alta de la provincia, atraído yo por la fama seductora de un viaje en lancha á lo largo del río, que recibe aquí las aguas del Paraná y ofrece puntos de vista incomparables, resolví embarcarme en el segundo día de mi residencia en Rosario. Me informo dónde se hallan las oficinas de *La Platensa*, que, en representación de los hermanos

Christophersen, tiene la empresa de estos viajes. Respóndenme que está situada en la calle de San Lorenzo.

Pregunto á los empleados á qué hora sale, en aquel mismo día, el barco para el río alto; sale á las dos de la tarde. No tengo tiempo que perder. Tomo el billete; voy á la fonda; cómo, sin dar propina á los mozos, porque allí no se usa. Al atravesar, así las calles céntricas como las secundarias, doy mi adiós más vehemente al lodo de Rosario, y me encamino, como hombre seguro de lo que hace, al sitio de la playa en que se halla el embarcadero de los buques de *La Platense*.

Tampoco falta aquí, como no falta ni en Génova, ni en Montevideo, ni en Buenos Aires, el tipo de costumbre, que me pregunte en mi dialecto natal: *¿Quiere usted un bote?* No respondo, y en vez de contestar, pregunto si ha llegado ya, ó por lo menos se halla á la vista, un barco.

—¿Qué barco? me preguntó el otro.

Pero no bien le hube dicho que me estaba allí con armas y bagajes para embarcarme en el *Aurora*, de *La Platense*, el barquero soltó una estrepitosa carcajada.

Aquella risa, aun siendo, como era, de mi

dialecto patrio, me encolerizó: pregunté, pues, al barquero la causa de su hilaridad.

—*Anda*, me respondió; *pos está mu clarisimo... Que ya tiene el señor, por lo más corto, dos ú tres horas de espera. Se ha caído usted.*

—¿Dos ó tres horas? pregunto en són de duda.

—*Digo dos ú tres horas, y me queo corto, en el suponer de que no hayga retraso y toas las cosas vayan bien*, replicó el barquero; *pero mu bien podría suceder que fuesen cinco ú seis.*

—¡Pero si en las oficinas me han dicho que saldrá *á las dos!*

—*Es guasa.*

Desisto de discutir con el barquero, que me parece hombre sospechoso, y me siento cerca de la ribera, esperando que aparezca... la *Aurora.*

Cuando ya han transcurrido tres cuartos de hora, vuelve á pasar cerca de mí el de la barca, y me dice: *Otavía hay que esperar un porción de tiempo.*

Al cabo, cuando pasa una hora, principio á convencerme de que el otro tenía razón. Pregunto á varias personas ajenas al asunto, entre ellas á un vendedor ambulante, á qué hora *despuntaría* probablemente mi *Aurora*, y me res-

ponden: los unos, que el vaporcillo aparecería á las cinco; los otros, que á las seis; éstos, que á las siete; aquéllos, que á las ocho, y á las nueve, y á las diez; alguno llega á decirme que á media noche.

Vuelvo entonces sobre mis pasos, en busca de un *restaurant;* no le hallo; pero en desquite torno á encontrarme, después de recorrer varias calles, en las oficinas de *La Platense*. Entro, y manifiesto á los empleados que me han obligado á preparar mis cosas para las dos, que son ya las tres, y que no hay ni señales de que aparezca el *Aurora*.

Uno de los empleados mira el reloj, y con una convicción digna de mejor causa, me dice: «Ya puede tardar muy poco el *Aurora*.»

Pregunto entretanto si, como favor, podría dejar en las oficinas, por un rato, mi maleta. Respóndenme con un *no* redondo. «A no ser, me dicen, que no quiera usted dejarla en la calle, cerca de la puerta, y sin responsabilidad alguna de custodia.» A tal respuesta, demasiado *platense*... ó *platónica*, respondo: «Muchas gracias.»

Y con mi fardo, me dirijo á un *restaurant* con vistas á la playa. Pregunto allí si al aparecer mi *Aurora* oiré alguna voz de aviso, y me

enteran de que el ronco són de una bocina me anunciará el anhelado advenimiento.

En unas cosas y otras, pasan las cuatro; y sin apresurarme mucho, en la convicción de que ahora será cuestión de pocos minutos, me encamino á la playa. Por esta vez me consuela el observar que hay allí mucha gente esperando al *Aurora*.

Veo por aquellos sitios á varias señoras y á varios caballeros, con más algún que otro labrador; á todos pregunto si esperan al *Aurora*. Respóndenme unánimemente que sí. Esto me tranquiliza.

En aquella hora y en aquella benigna estación, el sol, que por algo y para algo brilla en las arenas argentinas, hace cuanto puede para tostarnos; y entretanto, el *Aurora* sigue siendo una piadosa aspiración nuestra. Después se va el sol; sobrevienen las tinieblas; dan las seis, las ocho, las nueve, y del *Aurora* ni hay siquiera señales: en aquel pedazo de playa, desnuda como la filosofía de Platón, *La Platense*, que suele dar á los que se embarcan en sus buques estas sabrosas bromas, no concede ni cuatro palmos para sala de espera, ni aun al que pretendiese pagarlos por un ojo de la cara.

A las ocho de la noche siguen las nueve, y el

Aurora siempre sin venir. Si esto, lectores de mi alma, comienza á fastidiar á ustedes, á nosotros nos fastidiaba más todavía. El grupo de los aspirantes á embarcarse ha engrosado; todos murmuran, todos gruñen, juran casi todos; las señoras declaran que ya no pueden más. Yo, por mi parte, no digo una palabra; pero señalo con una cruz este día, que me parece una larguísima noche. Cuando eran muy cerca de las diez, aparece aquel *Aurora* en que debíamos partir á las dos de la tarde. No fué un *¡oh!* de satisfacción el que saludó al buque, sino un *¡oh!* de indignación, de ironía, de injuria.

En realidad, el *Aurora* no tenía la culpa, ni su tripulación tampoco; obsérvase que esta costumbre de burlarse del público y de su tiempo es ya habitual en la administración de los Christophersen.

Entretanto, habiéndose aproximado el gracioso piróscafo á la escalinata, echóse el puente; comienzan á bajar bastantes pasajeros que regresan de Buenos Aires, de San Nicolás y de otros pueblos próximos, y cuando quiere Dios se nos permite embarcarnos. A bordo encuentro muchas mujeres jóvenes, y esto me consuela; porque la juventud, especialmente la de distinto sexo, es siempre una compañía apetecible, lo

mismo en alta mar que en río alto; en toda clase de alturas.

La tercera clase se halla ocupada, casi completamente, por labradores que se dirigen á la colonia de Santa Fe. El capitán es un hombre, al parecer, de muy buena pasta y, por desdicha suya, demasiado grueso; si fuese más delgado, sudaría menos con aquel ir y venir incesante que constituye su tarea, porque el hombre tiene que estar en todas partes.

Por fin se oyen un silbido y una campanada; levántase el puente, y el barco se pone en movimiento. Los que han necesitado esperar en la escalinata las diez de la noche, en vez de las dos de la tarde famosas, lanzan otro de aquellos *¡oh!* que harían palidecer al célebre de Giotto. Duéleme que se realice esta travesía estando ya tan entrada la noche; pero me consuela, al fin y á la postre, el pensar en que el cielo está sereno y la luna ocupa con regularidad su sitio. Con esta presencia celestial, resulta más poético el viaje.

Muy poco nos habíamos separado de Rosario, cuando una voz vibrante grita:—«¡Fuego! ¡¡Fuego!!»

Dejo á ustedes figurarse el efecto mágico de esta voz de alarma. Hallábame yo á la sazón,

como tantos otros, formando cola en la puerta de la cámara del comisariopara tomar el número de mi litera. Todos los rostros tornáronse de un solo color: papel vitela. Supongo que lo mismo estaría el mío, aunque por el pronto no tuve á mano un espejo en que cerciorarme de esta circunstancia. A todos comenzaron á temblarnos las rodillas.

—¿Dónde es el fuego? gritó el comisario, saliendo impetuosamente de su oficina y dirigiéndose al sitio en que se habia oído el grito de alarma.

—Se quema un camarote, respondió la voz. Desde el puente en que nos hallábamos se veía, en efecto, salir de una litera de cubierta, densas nubes de humo.

Ahora, me digo á mí mismo, lo peor que puede sucedernos es que seamos la segunda edición del desastre ocurrido en el ferrocarril del Rosario... ¡Ay, qué Rosario!...—Hacía aún muy pocas semanas que un tren cargado de viajeros, que se dirigía desde Buenos Aires á Rosario, se había incendiado durante la noche, mientras corría á todo vapor. Solamente dieciocho viajeros habían podido salvarse.

Mientras mi pensamiento evoca este recuerdo tristísimo, la mayor parte de los pasajeros, so-

bre todo en su sección femenina, se aglomeran á popa y á proa, para hallarse lo más lejos posible del sitio en que el incendio se ha manifestado, que es, como ya he dicho, en una litera del centro. Pero ni una sola mirada deja de dirigirse febrilmente hacia el punto del peligro. Algún pasajero grita con toda la fuerza de sus pulmones:—«Deberíamos dirigirnos, á todo vapor, hacia la costa.» El buque se llena inmediatamente de consejos extemporáneos. Empiezan á desmayarse algunas señoras; varios hombres, mirando hacia el humo, se aventuran á gritar: «No es nada.» Pero sienten que les flaquean las piernas; otros miran con intención, más que á la litera incendiada, al río, como para decirle: «En último caso, *in manus tuas...*» Una señora rodea con ambos brazos el cuello de un caballero, que debe de ser un nadador muy hábil, y ocultando su rostro en el pecho de éste, se arriesga á echar alguna ojeada al centro del buque, preguntando:—«¿Se ve humo?»

El que se mantiene sereno es el personal de la tripulación, que, juntamente con los pasajeros menos cobardes (yo me encontraba en el castillo de popa para mimar á las señoras), se halla próximo á la litera de la que sale el humo, dedicándose á extinguir el incendio... si es que

puede emplearse en este caso un vocablo de tal importancia. La verdad es que en el período álgido de aquel terror, se oye una voz que grita:—«¡No es nada! ¡Ya está dominado!»

Todos lanzan un ruidoso suspiro.

Otras voces autorizadas se agregan para afirmar que ha desaparecido todo peligro; que el fuego había prendido en la cortina de la litera, acaso por imprudencia de un fumador; pero que ya nada hay que temer. Ha bastado un sorbo de agua para apagarlo. Una verdadera tempestad en un vaso de agua.

He aquí la campana, que llama á comer.

En el comedor hay un maldecido piano, que una señora tañe sin compasión. Buena ocasión para echar de ver que la cocina de aquella sociedad *La Platense* es como cierta música difícil, que al principio resulta un poco dura al oído, pero después consigue ser aceptable. Lo que me pareció de esta cocina más duro, no al oído, sino á los dientes, fué la carne. Aunque bien podrá ser que no suceda esto siempre. Aquél era ya de suyo un día nefasto. Baste á ustedes saber que un mi compañero de mesa preguntó al camarero que nos servía:

—¿Sabe usted si estaba rabioso?

—¿Qué?

—Quiero decir, contestó mi vecino, si estaba rabioso el sér del que ha sido parte este pedazo de asado, que no consigo masticar.

Una vez terminado aquel episodio de la vida diaria, que nombramos cena, me apresuré á tornar al castillo de popa, temeroso de que la luna se ocultase, y pensando en los nuevos y deliciosos espectáculos que el río me ofrecía.

¡Deliciosos! ¡¡Maravillosos!! Que no pueden ser comparados con ningún otro género de navegación, ni en el mar ni en los lagos.

Abran ustedes el más hermoso libro de poesías; busquen ustedes la página más inspirada: ésta será digna de cantar la maravillosa sencillez de aquellos momentos de navegación. Un poema de bellezas naturales; un infinito de dulzuras, que están allí impresos en una ola voluptuosamente encrespada, en medio de una naturaleza inmensamente hermosa y grandiosamente seductora.

No tienen ustedes aquí las orillas del lago Mayor, ni las del Lario, que con mil granjas y palacios en miniatura esparcidos para adornarlas, son claros testimonios, desde mucho ha, de haber constituído las delicias de muchas gentes amantes de sus comodidades, y que las encontraban allí completas. En este río Paraná, el de

las bocas tan falsas y en ocasiones tan terribles, y á la sazón tan sereno, tienen ustedes el más sublime ejemplar poético de creación, para todos hechicera, para nadie provechosa; porque justamente en la parte en que la belleza tiene encantos mayores, es donde no se encuentra ni rastro de habitantes.

Islitas que al plácido deslizarse del buque, huyen delante de nosotros con todo el lujo de su espontánea vegetación, como ruborizándose de haber sido vistas por humanas miradas. Lagunas que en mil y mil formas, á cual más peregrinas, se nos presentan diseminadas, y obligan al buque á trazar los más tortuosos zigzags, como á quien se hubiera aventurado en un laberinto de encantamientos. Bosques de sauces que surgen de en medio de las aguas, sin dejarnos vislumbrar ni el más diminuto pedazo de tierra; tan espesa es la vegetación. A través del ramaje vemos allá, en la orilla opuesta, una lucecilla, como un fantasma de la noche: es otro buque que se aproxima en dirección contraria. El aire es suave; al respirarle, parece embalsamado. Silencio extraño reina en rededor; interrúmpelo tal vez el rumor producido por un pajarillo que se mueve allí, en el intrincado follaje. ó bien que agita sus alas sobre las ondas: el bu

que, con su rumor levísimo, parece, séame perdonada esta puerilidad, parece como si anduviera de puntillas, temeroso de despertar una naturaleza voluptuosamente dormida.

De este modo, sin experimentar ni la más leve necesidad de dormir como todas las noches, vi aproximarse poco á poco la alborada.

¡¡Qué amanecer!! Los límites del río, que se nos presentaban plateados, van lentamente adquiriendo color de oro: enciéndese el cielo de pronto; muy luego saludamos la más bella, la más límpida madrugada.

¡Cosa extraña! Yo, que durante la asidua vigilia de mi observación nocturna no había cedido ni un punto á los estímulos del sueño, comienzo ahora—con la reaparición del sol—á experimentar aquella lanquidez que significa el deseo de cerrar los ojos. Quizás la nueva luz me cansa; prefiero la poesía de las tinieblas.

Voy, pues, en busca de mi litera, que no me he tomado la molestia de visitar aún; porque cuando conseguí de la munificencia del señor comisario mi número *siete*, entregué, sin más averiguaciones, mi maleta y mi paraguas á un camarero para que los llevase al sitio indicado. Abandono de mala gana la contemplación de aquel hechicero río.

Hállome, al fin, delante del predestinado número siete; la puerta está cerrada; fuerte con mi derecho, la abro, si bien con miramientos. ¡Qué brusco cambio de atmósfera! Desde las purísimas y dulces brisas del río, paso al escape de una exhalación que será eminentemente humana (y en estos tiempos la nota humana se busca y se analiza por todas partes), pero, á la sazón, esa nota me resulta bastante mefítica. Después de la averiguación olfativa, paso á la visual, no sin que á una y á otra haya de agregar un incidente de jurisdicción auditiva.

Un tipazo ronca horriblemente; habría parecido á ustedes aquel roncar el mugido sordo de un buey; este escandaloso durmiente, que ocupa el sofá frontero á la puerta que acabo de abrir, está tumbado en posición supina; encima de él se halla la ventanilla que había de renovar el aire del camarote, pero que no puede renovarlo porque está cerrada. Columbro allí una nariz enorme y ninguna otra cosa humana, porque el rostro de la persona está sepultado bajo la colcha, y la cabeza se encuentra oculta por una gorra de viaje, de esas que parecen alas de Mercurio; el dormilón esconde también las mejillas, las orejas y las barbas, si es que las tiene.

Mientras permanezco en la puerta, sin soltar

el tirador de la puertecilla, recreándome con aquella música y con aquella nariz, se levanta, casi desnudo desde la cintura arriba, como una sombra de Farinata de los Uberti, otro tipo de la cama lateral; me mira á lo zaino, casi indignado, como si hubiese yo penetrado de mal modo en terreno que no fuese mío. Por toda respuesta á la manifestación hostil, vuelvo á mirar, retrocediendo un paso, el número que se halla sobre la puerta del camarote, como para sincerarme. Mascullo en tonos bastante inteligibles el *siete*, como quien está seguro de poseer su número; después penetro resueltamente, más maravillado cada vez de los murmullos de aquel señor, que tiene cara de curial jubilado, con un par de ojos de mochuelo y una caperuza á la que no se le ve el fin. Algo tardé en vislumbrar su nariz, que tenía metida, como montada, entre el dedo índice y el de en medio, á modo de quien pretende observar mejor á uno que ha entrado á destiempo, ó indebidamente.

Separé la vista de aquel descolorido Farinata, y busqué un tercer lecho: allí estaba, efectivamente, ó podía estar, en el lado opuesto, pero oculto bajo un cúmulo de mantas de viaje, de maletas, de frascos, de cepillos, de paraguas y de bastones. Veo al cabo aparecer también el

puño, único en todo el mundo civilizado, de mi paraguas. Toqué aquel objeto para mí tan querido; lo saqué, si bien con algún trabajo, y de él me valí como sonda para descubrir las huellas de mi maleta. Farinata se levantó entonces algo más que desde la cintura, como quien se ve registrar lo que es suyo, y estuvo observándome muy de cerca, pero sin decir ni una palabra; su voz era todavía para mí un mito. .; y el otro, entretanto, ronca que te roncarás.

—He venido á dormir también un poco, dije, para romper de alguna manera aquel silencio.

El otro pensó un buen rato para responderme; después gruñó un *Bueno*, y volvió á meterse en lo que á mí me pareció su sepultura.

A punto estuve de contestarle: «Muchas gracias por tanta bondad» ; pero pensé que era mejor descargar mi cama de aquellos fardos. De todos ellos hice en el suelo una endiablada ensalada.

Debajo de todo aquello encontré sábanas dobladas y cobertores y mantas; comienzo á reflexionar muy seriamente si me convendría más hacerme por mí mismo la cama para reponerme de los estragos de la noche pasada, ó tumbarme de cualquier modo en el sofá...

¡Qué grave es estar mal acostumbrado! En

veinte días de viaje por mar, con una litera para mí solo; después, al comenzar las molestias de los trópicos, con lecho en el mismo camarote del capitán, que no roncaba, y que solamente juraba en el desempeño de su cargo, no había yo aprendido todavía que el encontrarse, en una travesía, al lado de compañeros empalagasos y muy roncadores en una litera, aunque sea de primera clase, es lo más natural del mundo. Ahora, en este momento de navegación fluvial, en este rápido reconocimiento de mi litera, parecíame todo molesto, insufrible; mis compaparos de cámara, dos monstruos; sus equipajes, otras tantas rocas del indispensable Sísifo; cualquier rumor, un cañonazo.

Me dispuse á tumbarme en el sofá; pero sentí que de repente mi sueño se desvanecía como por encanto.

En el buque comenzaba el ruido que anuncia la vuelta á la vida normal; pensé que en aquellos momentos el vaporcillo pasaría tal vez entre maravillas de la naturaleza que serían perdidas para mí por siempre jamás amén, y torné al castillo de popa sin saludar á ninguno de mis dos compañeros, ni al uno, que dormía, ni al otro, que acaso no había conseguido pegar los ojos.

No bien subo al puente, paréceme tener delante de mí una grandiosa decoración de teatro: si durante la noche, el esparcirse de la luz plateada sobre aquellos bosques ondulantes en un mar dulce y tranquilo llevaba á mi alma la sublimidad de lo fantástico, ahora la majestad del variadísimo espectáculo se acrecentaba entre aquella sucesión, cada vez más espesa, de islitas, siempre bellas, siempre lozanas; porque á medida que se camina río adelante, son más frecuentes las sinuosidades que el buque necesita seguir, y más numerosas las lagunas de que aquel mar de sorpresas se halla sembrado.

¡Qué peregrinas formas las de aquellos caprichos de la naturaleza en el más poético de los ríos! Capas extensísimas, en perfectísima línea recta, parecían el más hermoso de los muelles, fabricado á propósito para un grandioso puerto; hay también, en uno de los extremos, el faro respectivo, no para atraer á las embarcaciones, antes por el contrario, para advertirlas á fin de que no choquen durante la noche con aquellas puntas traidoras.

Pero ahora es de día, y debemos alegrarnos de que lo sea, porque sin esta luz pura, sin nubes, ¡cuántas y cuántas maravillas se ocultarían á nuestras miradas! Un pasajero que está go-

zando, al mismo tiempo que yo, de aquellas contemplaciones, habiéndose colocado en el extremo opuesto del buque, me grita de pronto:—«¡Mire usted si ha visto en su vida gradación más asombrosa de matices verdes!»

Tenía razón: aparecía en aquel instante á nuestros ojos un grupo de islillas, con la más rica vegetación que puede soñarse, y dispuesto de tal modo, que resultaban combinaciones de imposible reproducción en un cuadro. Al pintor que lo intentase tendríasele por loco. La naturaleza grande es aristócrata: en ciertos casos singularísimos de efecto no admite reproducción, ni aun intentada por manos muy hábiles; es preciso tomarse el trabajo de ir á conocer *de visu* el espectáculo.

Al internarse el vaporcillo en medio de aquellos bosques de islas, veíanse inmensas bandadas de pajarillos que se desparramaban piando con una vivacidad que tal vez recordó Arrigo Boito cuando quiso darnos idea de un coro de ángeles que se esparce, pasando por la inmensidad, y después se pierde poco á poco.

¿Y qué otra cosa son las bandadas de pajarillos sino los ángeles del bosque? El cazador no es otra cosa que el demonio que acecha; el cocinero que los despluma y los guisa, el glotón

que los come, son otros tantos enemigos del paraíso, mientras se deja en la tierra el repugnante roedor, la hormiga maligna y otros animaluchos funestos, á quienes el pico del ave bienhechora habría dado muerte, ó, mejor dicho, destrozado al nacer.

Ahora aquellas islas nos parecían completamente desiertas; columbrábase por acá y por allá alguna cabaña, y naturalmente, muy próxima á la cabaña, la indispensable aldeanita, como ha sucedido siempre desde los cantos de Virgilio Marón en adelante... y aun con anterioridad á Virgilio. Veíanse también con frecuencia en estas islillas, precursoras sin duda de próximos centros de población, numerosos rebaños de ganado lanar.

Adviértese entretanto que nuestro barco lucha, en este momento, con la corriente rapidísima del Paraná. Y allí, arrebatados por la fuerza de esa corriente, encuéntranse troncos de árboles é islillas flotantes.

Permítanme ustedes ahora que les diga que nuestro buquecillo es pequeño, pero fuerte; y para demostrar cómo consigue vencer al ímpetu del famoso río, va costeando ahora una serie de picos, que parecen del diablo, de enormes masas montuosas. Sobre una altura se me pre-

senta una iglesia, luego otros edificios importantes: después de tanta naturaleza solitaria, esto nos hace recordar el mundo habitado.

A lo largo de las riberas es un sin cesar de velas que pasan y desaparecen: ayudamos la vista débil con el auxilio del anteojo, y vemos mucha gente en la playa, y sobre todo grupos de mujeres que tienden ropas. Uno de esos marineros de paso que á bordo tienen el dón de adivinar siempre la curiosidad ajena, nos grita en este momento:

—Estamos en el Paraná.

Aunque en realidad hacía ya un buen rato que nos hallábamos en la corriente del gran río, este nombre produjo impresión; tiene en sí lo que suele llamarse el efecto de la palabra. Baste decir que indica uno de los ríos mayores del mundo. La provincia de Santa Fe se halla completamente atravesada en toda su longitud por el Paraná, que baña 700 kilómetros de costas; lleva su cauce al territorio de las Pampas, siguiendo la dirección de Norte á Sur; piérdese en la parte alta en Santa Fe, y desde este punto comienza á formar un arco inmenso, que por una parte va á desembocar en el río de la Plata. Ha fama este río de ser tan bello cuan cruelmente invasor; algunas de sus más famosas crecidas

han dejado, especialmente en la provincia de Santa Fe, huellas indelebles. Para él, una crecida de ocho metros sobre el nivel ordinario es cosa de broma, aunque de mal género; ha hecho ya desaparecer, en sus avenidas, muchas islitas, llegando al extremo de adquirir á veces todas las apariencias de un mar vastísimo, cuyos límites se perdían en el horizonte, mientras existía debajo abundante vegetación, inexorablemente sepultada.

Así ha ocurrido precisamente entre las ciudades de Santa Fe y Paraná, en que permanecen cubiertas islas bastantes para formarse sobre ellas un lago de veinte kilómetros de contorno, que los buques atraviesan ahora sin dificultad alguna. Embarcaciones de más de tres mil toneladas y del mayor porte pueden atravesar el río Paraná, que en la provincia de Santa Fe se une caprichosamente con el río Salado, cuyas azuladas aguas prestan al Paraná singularísimos contrastes de colores.

Desahogado ya este trocito de erudición, á la pata la llana, acerca del gran río, diré á ustedes que la comarca del Paraná se me presenta con todos los atractivos de una de esas estaciones balnearias que entre nosotros son la fortuna de los fondistas. La primera cosa que se hallan

ustedes delante, al subir la escalinata del puerto, en la gran *Fonda Argentina*. En este país las casas son de formas muy irregulares: comienzan muy estrechas y después van ensanchando hasta que llegan á tener dimensiones de iglesias parroquiales. En algunas se ven cubiertas altísimas; otras no las tienen, y terminan en azoteas espaciosas. La vegetación es riquísima; el pueblo está cerca de muchas, muy hermosas y variadas colinas.

Subiendo la cuesta, cuando se hallan ustedes en la cima, sufren necesariamente la fascinación de un espectáculo grandioso de la naturaleza salvaje y del país habitado. Echan ustedes de ver que edificios muy importantes, como la casa del Gobierno, la nombrada de los Ingleses, la iglesia y muchas casas particulares, son dignas de la más adelantada ciudad.

En el Paraná se conoce inmediatamente un país que no teme las sequías. El agua rebosa, puede decirse, por todos los poros, y la abundancia de lavaderos se explica muy pronto: la primera materia está de sobra siempre. En el Paraná deben de hacerse abundantísimas coladas; en el trozo de la comarca que atravesé he visto, á cada paso, alguna mujer que ponía á secar ropa blanca en aquellas arenas, que aun

pasado el verano han de ser abrasadoras. De todas las ventanas cuelga lienzo; en todas las huertas hay algo de ropa puesta á solear. A propósito de huertas, diré á ustedes que en todo el Paraná hay verdadero lujo de jardines; puede asegurarse que no existe casa en que no haya uno. ¡Y qué jardines! Deslumbradores todos de flores y plantas, y llenos por do quier de magnolias, rosas y jazmines.

Quise contemplar desde varios puntos de vista aquel país que ora semejaba un trozo de la Polcevera, ora una copia de la dulce marina napolitana; ya un pedazo de costa española, ya, por último, un residuo de aquel jardín paradisíaco que se recorre en la ribera de Niza á Mentone.

En la población del Paraná, cuyos indígenas se nos presentan á modo de línea divisoria entre el tipo indio y el tipo argentino, vi además mucha gente de buen aspecto, que pertenecía á todas las naciones, y que se hallaba allí de temporada.

El Paraná sería, ya lo he dicho, una gran estación balnearia; un refugio para quien pretendiera procurarse la tranquilidad dichosa de un poco de descanso, sin las amarguras de los grandes centros de población. Los ingle-

ses han levantado allí importantísimos edificios.

Quiero señalar aquí, por último, una singularidad del gran río que da nombre al risueño país en que nos encontramos ahora: á consecuencia de la poco agradable costumbre que el río tiene de trastornarlo y arrastrarlo todo en sus grandes avenidas, multitud de plantaciones arrebatadas por la furia de la corriente, árboles, cabañas, casitas de campo, llegan á formar esas especies de islillas flotantes, de las cuales vi algunos ejemplares en mi expedición.

En las crecidas grandes del Paraná alto suelen venir arrastrados, y en montón con los rebaños pacíficos, otros animales temibles, como víboras y serpientes, jaguares y tigres, los cuales, maltrechos, pero no muertos en este desastroso viaje, van después á buscar refugio á esas islillas flotantes, que son á su vez resultados de aquellas ruinosas crecidas del río. No es preciso decir que, apenas instaladas en aquellas islitas, las razas feroces devoran á las inocentes con el excelente apetito que en aquellas bestias puede despertar su largo y peligroso viaje.

Pero existe asimismo, en la parte poblada del Paraná, un linaje especialísimo de pescadores y cazadores que toman á su cargo la empresa de vengar, en ocasión oportuna, tales desmanes,

dando en las susodichas islitas caza, muy hábilmente dispuesta, á esos animales feroces, cuyos despojos bastan á compensar á los cazadores de sus peligrosos asaltos.

Cátame en lo que podría llamar yo, por lo que se refiere á mi persona, el punto culminante de la navegación emprendida.

Muchas otras maravillas me habrían sorprendido en el Alto Paraná, en que hubiera podido ver más de cerca el domicilio de las bestias feroces y de algunos bípedos implumes... no menos feroces. En otro tiempo sobrevenía en el Paraguay una sangrienta revolución cada mes; en nuestros días las cosas han variado un poco; pero aquello siempre es el Paraguay.

Algunas personas á quienes precisamente hallé entonces en el Paraná, de vuelta del Paraguay, á las cuales quedaban todavía un viaje por mar de tres ó cuatro días, me dijeron que en el Paraguay se asaban los pájaros; que era insoportable el calor: calor que podía llamarse diez veces tropical. En los sitios en que yo me hallaba entonces, se disfrutaba, en cambio, una temperatura verdaderamente primaveral. La elección no podía ser dudosa; aunque la tierra del fuego tenía para mí sus atractivos, preferí quedarme con la primavera. Quizá cometí, al

obrar de este modo, una cobardía...; pero ahora lo hecho, hecho está. No pensemos más en ello.

CAPÍTULO XLIII

En Santa Fe.—Una ciudad más antigua que el descubrimiento del Nuevo Mundo.—Los sanfedistas.

El vaporcillo deja entonces la orilla derecha, y retrocediendo un poco, va á costear hacia la izquierda, en tanto que este río tentador, con sus mil lagunas, nos presenta siempre sorpresas nuevas. Para describirlas todas, sería necesario escribir un libro *ad hoc*.

Cuando principiamos á encontrarnos á la vista de Santa Fe, me palpita un tanto el corazón, porque recuerdo que en aquella ciudad tengo un primo. En cualquiera otra circunstancia, un primo es cosa de poco más ó menos; hay muy bien de primos por todas partes, y nos tropezamos con ellos en las comedias, en las novelas, en los baños de mar y en la vida ordinaria.

Pero hallar un primo al realizar una excursión en las provincias del Sud-América, no es cosa que sucede todos los días. Además, mi

querido primo, residente en Santa Fe, no lo digo por alabarme, es muy buen muchacho. Es, por añadidura, un comerciante atrevido, lo cual en América significa un hombre útil y no un vago como el que viaja para recoger impresiones y anotarlas en su libro de memorias.

Mientras el vaporcillo, rebasando ya el muelle natural que da frente á Santa Fe, va acercándose á la escalinata, fuertemente resguardada, comienzo á buscar con los ojos, entre la mucha gente que veo en la playa, á mi primo Carlos Montaldi.

Yo no le había anunciado mi visita: nada más natural, por lo tanto, que él, á quien yo no había visto hacía ya diez años, no pensase ni en mí, ni en mi llegada. Una de mis primeras exploraciones llevadas á cabo con el anteojo al aproximarse el buquecillo á la ciudad, consistió en ver si, además de descubrir á mi primo, á quien por tener él los cabellos completamente rojos habría yo distinguido entre mil, averiguaba si las calles de Santa Fe tenían tanto fango como las de Rosario. Me sentía muy dispuesto, en caso de ser esto así, á retroceder. Vi que las vías públicas eran atravesadas por carros, coches, carruajes de tranvías, y que todos esos vehículos levantaban nubes de polvo. Respiré. Prefiero

polvo hasta los ojos, á barro hasta el cuello.

Entretanto, el piróscafo se detuvo: fueron arrojadas las cuerdas; los barqueros se apresuraron á recogerlas, y las llevaron á la orilla. Vi, dispuestos á tirar de estas cuerdas para aproximar el buque, una larguísima fila de tipos, entre los cuales había algunos jorobados (¡buen agüero!), mujeres, chiquillos de diez años, y, por fin, un perro. El perro, por sabido se calla, era el último á tirar. con los dientes clavados en la ropa del último ganapán.

Nunca he visto buque, ni pequeño ni grande, que hiciera sudar á tanta gente, inclusive á nosotros los pasajeros. Baste decir que, poco á poco, la fila de los que tiraban del barco para aproximarle á tierra llegó á ser de tales dimensiones que pude contar hasta cuarenta personas. Alguien me dijo que una de las causas principales de aquella dificultad era el mucho fango acumulado cerca de la ribera. Los *limpiafangos*, he ahí la especulación del porvenir en la República Argentina.

Una vez en tierra, me apresuré á examinar las fisonomías de aquellos... *sanfedistas*, para adivinar si podía esperar de ellos algo bueno. Pareciéronme todos tipos discretamente tranquilos. Mientras daba yo vueltas por acá y por

acullá, en el espacio que separa á Santa Fe del mar y recapacitaba en qué tranvía me convendría subir, se me acercó un sujeto para preguntarme lo que buscaba.

—A mi primo, busco, le respondí. ¿Le ha visto usted, por casualidad?

El otro me miró perplejo, como si dudara contestar que sí ó que no; en verdad que si yo hubiese pensado en decir el nombre de mi pariente, me lo habría hallado en seguida, porque es allí muy conocido y estimado por todos, y aun ha ejercido funciones de vicecónsul italiano.

Pero calculé que no era muy correcto presentarse á nadie, ni aun siendo primo, con saco de viaje en la mano y con paraguas vetusto debajo del brazo. Para que el pariente no se me hiciera el desconocido, pregunté cuál era la mejor fonda de la ciudad: la de los príncipes que viajan de incógnito. Indicáronme el *Gran Hotel*, agregando á esta noticia la de que cualquier tranvía podía llevarme hasta la misma puerta. Tomé sitio, por consiguiente, en el primer coche que se dirigía hacia el centro. Como unos veinte minutos después, todo el personal del *Gran Hotel* hallábase de arriba á abajo saludando y agasajando al sospechoso

personaje que había ido á dar allí de bruces.

Por mi parte, observé con satisfacción que mi fonda tenía una de aquellas elegantes fachadas que pueden llamarse fachadas de palacio, y que era de puro estilo del siglo XVI.

—¿Qué desea el señor? me preguntó el más italiano de los camareros.

—Mi primo y un cuarto, fué mi respuesta.

—Cuarto, podrán dar al señor el núm. 16, si le agrada, me respondieron; en lo que se refiere á su primo, tenga la bondad el señor de especificar algo más su deseo.

—Se llama Carlos Montaldi.

El camarero corrió inmediatamente al aparato telefónico; después vino para decirme:

—El primo del señor estará aquí dentro de un instante para saludarle.

Y, en efecto, mi primo llegó á la fonda, rápido lo mismo que una flecha.

—¿Qué vienes á hacer á este pueblo? me preguntó.

—Precisamente á saludarte.

—Sea en buen hora, respondió con voz conmovida mi queridísimo primo; dame un abrazo, dame un beso, y sigue.

—En segundo lugar, continué, vengo con el propósito de fundar una colonia.

—¿Una colonia aquí?

—Seguramente: la colonia de los vagabundos: yo me nombraré archipámpano.

—Corriente, respondió mi primo: quédate de simple vagabundo durante varios días á mi lado; diviértete, reposa; pero renuncia á fundar aquí tu colonia; en estos países se vive del asiduo trabajo.

—Por de pronto, y á buena cuenta, aquí tenéis la crisis, y eso es una muerte incipiente.

—¡Demasiado! Lo que el año pasado valía diez, en lo que respecta á propiedad, hoy solamente vale cinco.

—Yo, en cambio, valgo siempre lo mismo: cero igual á cero.

—Pues creo que esa es la única manera de no arruinarte.

Pregunté á mi primo por su familia, es á saber, por su esposa—una hermosísima argentina—y por dos muchachitos de cabellera rubia. Todos estaban perfectamente, y mi primo dijo:

—Para cerciorarte por ti mismo, vente á comer conmigo hoy.

—¿Quieres que lo dejemos para mañana? Deseo ver hoy la ciudad de Santa Fe.

—Está vista muy pronto. Vente conmigo, tendremos tiempo para todo.

Accedí. En Santa Fe, salvo alguna excepción bastante soportable, no tuve que sufrir las molestias del lodo; pero, lo diré á ustedes con lealtad: á no haber sido por mi primo, la ciudad me habría parecido un desierto. Mi pariente perseveraba en decir que estaba muy poblada; pero no lo eché de ver, si he de hablar con franqueza.

Además, entre la casa de mi primo y la fonda, en cuya puerta, andando el tiempo, habrá una lápida que conmemore mi estancia en Santa Fe, nada vi que mereciese sitio especial en mis recuerdos de viaje. Rosario había producido en mi alma, aun prescindiendo de su gran comercio, el efecto de una Buenos Aires falsificada. Santa Fe—¿quieren ustedes que se lo diga francamente?—me pareció una de aquellas ciudades de la Italia Superior y de la Italia Central que fueron, en otras épocas, grandes ciudades, pero que hoy, aparte de sus agrietados muros, tienen muy poco ó nada, y en cuyas calles principales nace libremente la hierba... Y, no obstante, las hierbas son en Santa Fe menos abundantes que el polvo... Y los vegetales que yo me sé, cuestan bastante caros. Recuerdo que en un almuerzo, que me di yo á mí mismo, antes de abrazar á mi pariente, me hicieron pagar

una alcachofa á razón de cincuenta centavos...

Diríase que Santa Fe es una ciudad americana más antigua que la misma América; explicaré esto, que parece paradójico: diríase que aquella era una población ya civilizada mucho antes del siglo XV; sus principales iglesias remedan restos casi derruídos de templos levantados en los siglos XI, XII y XIII.

La ciudad fué fundada en 1573 por un don Juan de Garay, y tuvo realmente épocas de grandeza comercial y política, que la arrebató muy pronto la nueva y vigorosa ciudad de Rosario, dejándola, no obstante, el título vano de capital de la provincia.

El aspecto casi vetusto de sus edificios depende de que, en su mayor parte, han sido construídos con arcilla, mezclas de paja mojada y otras *aleaciones*.

Cuando me encontré en la plaza—que no podía faltar, ni falta nunca—consagrada á recordar el acontecimiento patrio de 1810 (una plaza grandísima, pero sin el deslumbrador *modernismo* que se advierte en la plaza del Veinticinco de Mayo en Rosario), parecióme más que nunca hallarme en la Italia de la Edad Media, fuera, por supuesto, de lo monumental, que allí no existe. En la casa del Gobierno, espaciosa, alta,

blanca, almenada, con líneas muy irregulares y muy llena de remiendos y añadiduras, me pareció ver la semejanza misma que hay entre dos gotas de agua, en algunos restos de casas de los siglos XIV y XV, con ciudades italianas muy acariciadas por Barbarroja. Parecióme asimismo descubrir en aquellas antigüedades, mucho menos viejas de lo que aparentaban, las huellas de terribles luchas civiles. Santa Fe ha sido, efectivamente, teatro de esas luchas en épocas muy distintas que la denominada Edad Media, esto es, en 1821, y hasta unos veinte años después, con motivo de las contiendas entre unitarios y federalistas. Santa Fe era el cuartel general de estos últimos, y los ejércitos que desde Buenos Aires y desde otras partes sostenían la causa contraria, hubieron de tener muchos días á la ciudad antigua en desastroso jaque: basta á mi propósito recordar aquél de que en el año 1829 fué víctima el famoso general unitario, y archiunitario, Lavalle, que á consecuencia de la batalla de Puente Márquez sacrificó fama y existencia. De la primera pérdida tuvo su desquite en el monumento de Buenos Aires, que le denomina grande, valeroso, mártir, y otras muchas cosas.

Estos *sanfedistas*, hombres arrojados y re-

sueltos cuando llega el caso, han tenido que sostener, en el siglo presente, luchas terribles con los brasileños, con los uruguayos, con los cordobeses; más ó menos sangrientas con cada uno de esos pueblos, amén de haberse visto en la necesidad de combatir constantemente contra los indios, muy en especial con los del Chaco, que, en épocas aún muy recientes, fueron la verdadera langosta invasora que infestó toda la república, y más particularmente Santa Fe. De estos tipos, eminentemente andariegos, fanáticos lo mismo que musulmanes, salvajes lo mismo que indios, se hicieron en varias ocasiones espantosas matanzas. Y aún son menester mucha pólvora y mucho ejército de la República Argentina para tenerlos á raya y no verlos más en sus caprichosas algaradas sembrando la devastación y la ruina en los campos como en las poblaciones. En lo que respecta á este enemigo, la república vése hoy tranquila. Al tal enemigo, si así puede llamársele todavía, lo tiene siempre dentro de casa...; pero ¡qué cambiado! Muchos de aquellos indios, dispersados en los enormes destrozos que se llevaron á cabo contra ellos, fueron vendidos y aun regalados por el Gobierno á quien necesitaba alguna persona apta para servicios humildes ó penosos.

En muchas casas, y como criados de la familia, pueden ustedes ver á estos tipos pálidos y de baja estatura. Muchos llevan en el rostro y en los brazos las señales, bastante visibles, de haber sido golpeados; muchos son los que llegan á ser excelentes criados; lo cual no impidió que otros, de ingenio vivo, lograsen su libertad con la buena conducta y con el estudio, hasta el punto de que hoy mismo hay entre esos indios, regalados cuando pequeñuelos como un animalucho cualquiera, grandes ingenieros y muy entendidos contratistas de obras públicas. La rueda de la fortuna gira para todos; por de contado, para todos los que nacen con buena suerte.

Tornando á Santa Fe, repito que todo parece restos de la Edad Media: para darme, por decirlo así, la nota espléndida de la moderna policía municipal, llegaron, lo mismo que en cualquiera otra ciudad de la República Argentina, los edificios bancarios, y muy especialmente el del Banco de la Provincia, que en todas las partes de aquel país ha puesto á prueba la habilidad de tantos artistas afortunados.

Fuera de esto, el día de Santa Fe pasó para mí, gracias á mi buen primo, mucho más alegremente que tantos otros pasados en aquella

región apartada. No satisfecho mi pariente con haberme hecho conocer á una familia. scbre todo encarecimiento simpática, quiso honrar á su huésped en la mesa con la compañía de varios amigos suyos muy queridos, entre los cuales no puedo menos de recordar á un caballero de humor excelente, el ingeniero del ferrocarril, D. Rafael Gismani, una de esas personas de talento que aparecen, de cuando en cuando, en la existencia de los pueblos, como agradabilísima compañía.

Inter pocula anunció mi primo que en la mañana del día siguiente, que era festivo por cierto, partiría conmigo para acompañarme á una visita, ó principio de visita, á las colonias de Santa Fe, empezando por *La Esperanza*, la colonia madre.

—¡Lo que es nacer afortunado! exclamó el ingeniero Gismani, que sabe siempre cuanto ocurre en toda la provincia; precisamente mañana se ha de verificar en la colonia de *La Esperanza* una gran fiesta, con motivo de la inauguración de un mercado nuevo: con banquete de cerca de cien cubiertos, baile en el Casino, juegos y fuegos artificiales en la Plaza Mayor, etc., etc.

—Snpongo, dije entonces, que en el banque-

te estarán en mayoría los trajes de fustán y que en el baile aquellas buenas aldeanillas danzarán tarantelas.

—¡Ya verá usted los trajes de fustán! me replicó el ingeniero. ¡Ya verá usted á las aldeanitas! Cualquier cosa apuesto á que si permanece usted cuatro días en la florida colonia de *La Esperanza*, se siente invadido de la soberbia aristocrática y acaba por despreciar al resto del mundo.

Nunca me habría yo alejado de casa de mi primo, porque allí me parecía renacer en mi patria y entre mi familia; pero aquel cruel don Carlos me sacó de allí para hacerme visitar las salas de la sociedad italiana de Santa Fe, donde hallé una buena colección de periódicos italianos, entre ellos uno de Génova. En él leí la grave noticia de que durante el día anterior á la publicación del periódico había llovido copiosamente y sin interrupción, y que acaso al día siguiente mejoraría el tiempo. No pueden ustedes imaginar qué sensación causan estas noticias leídas á seis mil, y acaso más millas de distancia de la patria. En otro número leí que el alcalde de Génova llevaba dos ó tres días algo acatarrado, pero que quizá antes de concluir la semana estaría completamente restablecido.

De vuelta á la fonda, mis sueños fueron eminentemente coloniales. En la mañana siguiente aquella joya de primo llegó á despertarme; y para decidirme á dejar más pronto los mullidos colchones, me dijo:

—Ten presente que el ingeniero Gismani ha pensado dedicarte un almuerzo, que está ya encargado en nuestro primer *restaurant;* por lo que está triste, mejor dicho, por lo que nos tiene envidia, es porque no puede acompañarnos á *La Esperanza.*

CAPÍTULO XLIV

Excursión á las colonias.—En «La Esperanza».—Un cura en un baile.

No bien hube subido al vagón, presentóse á mi vista un espectáculo que, en verdad, nada tenía de divertido: el espectáculo de los campos devastados por las crecidas; espectáculo tristísimo como no lo había yo visto igual en ninguna otra parte. Mi primo me señalaba con el dedo inmensos lagos en cuyo horizonte se perdía la vista sin hallar señal alguna de tierra, y me decía:

—Allí, hace solamente un año, existía una vegetación riquísima y abundante.

En cierto punto, y antes de llegar á la colonia, se detuvo el tren por la sencilla razón de que no podía adelantar más. En el paso del río Salado habíase hundido el puente y había trasbordo; los viajeros que bajaban del tren eran trasportados en barca á la orilla opuesta del río; allí les esperaba otro tren. Con motivo de este trasbordo nos fué ofrecido, y gratuitamente que es más, una edificante academia de injurias y de porrazos entre los barqueros, de los cuales unos eran argentinos y otros napolitanos. Unos y otros se querían como perros y gatos: el servicio de trasbordo se hacía, en perfecta alternativa, una vez por las barcas de los unos, y otra por las de los otros: había una especie de pugilato sobre cuál llegaría antes, procurando, y logrando algunos, entorpecer la marcha de los adversarios. Todas las invectivas que labios humanos pueden vomitar, oílas públicamente en aquella circunstancia; después, desde una barca á otra, comienzan los trastazos con los remos.

Cerca de la orilla echo de ver que predominaba el calzado de botas altas y fuertes entre las personas que subían al tren ó de él bajaban.

Creí que aquello sería ocasionado por las inundaciones; pero supe que el andar con las piernas tan acorazadas en aquella parte de la provincia, era una medida de precaución para defenderse de las asechanzas de las víboras y hasta, si el caso ocurre (que sí suele ocurrir) de las serpientes.

En el trozo que nos restaba antes de llegar á *La Esperanza*, el terraplén en que se hallaban fijados los rails habíase puesto tan blando por la filtración del agua, que el tren daba, de vez en cuando, sacudidas horribles; tan horribles, que en muchas ocasiones los pasajeros se veían de pronto obligados á abrazarse unos á otros, y otras veces se pegaban, sin querer, coscorrones ó puñetazos. Momentos hubo en que me figuré que los vagones descarrilaban; lancé entonces una mirada de compasión á mi primo y le dije:

—¡Pobres de tus hijos!

—Bien se ve, me respondió D. Carlos, que no estás acostumbrado á estos ferrocarriles. También el ser ó no ser víctima de una catástrofe en caminos de hierro es cuestión de costumbre.

Un silbido más prolongado que los otros, los cuales sirven solamente para que huya el gana-

do vacuno que obstruye la vía, nos dió al fin la anhelada noticia de que habíamos llegado á la colonia de *La Esperanza*.

Colonia que, ya se lo he dicho á ustedes, es la más importante de las cien colonias, ó pocas menos, que existen en la provincia de Santa Fe y que son las que gozan de mayor fama en la república. Fué fundada en el año 1856, á pocos kilómetros de Santa Fe, en un terreno donde había abordado por primera vez un italiano que se llamaba Sebastián Caboto. El fundador de esta primera colonia de Santa Fe fué el señor Aronna Castellanos. Ya comprenderán ustedes por qué se le dió el nombre de *Esperanza;* fué como dar á entender que de su prosperidad dependían, no sólo el porvenir de la misma, sino las esperanzas de las que habían de fundarse después. Y no fueron ilusorias esas esperanzas.

Lo que sí se desvaneció fué mi esperanza de hallar en esta colonia, primera que yo visitaba, algo esencialmente agrícola, desde los habitantes hasta las habitaciones. Parecíame que los primeros, principiando por el señor alcalde, ó sea el Presidente (porque el jefe administrativo de una colonia se llama Presidente) serían una colección de paletos más ó menos pulimenta-

dos. En lo que respecta á las habitaciones, se me antojaba que todas habían de ser *ranchos*, con más ó menos tierra, cabañas diseminadas á la buena de Dios, con un pedazo de campanario y algo de iglesia relativa para el gobierno de las almas.

Pues, lejos de eso, me encontré en una ciudad muy reducida, pero elegante; con calles hermosas, amplias y regulares, y con muchas casas realmente primorosas.

Es verdad que ya me habían dicho anteriormente que *La Esperanza* era la más próspera de las colonias; pero así y todo, siempre creí hallar lo que se llama una colonia. Aquel palacio municipal tiene una fachada con gran lujo, de sólidas columnas, de capiteles elegantes, de espaciosos balcones en relación con salones extensos; con franqueza confieso que no esperaba yo en modo alguno hallar allí aquel palacio municipal, digno seguramente de una ciudad muy importante. Ni me causó menos asombro la inmensa plaza en la cual se hallan emplazados este palacio y varios otros edificios soberbios. Baste decir que esta plaza, perfectamente cuadrada y adornada en su centro con jardines y bancos, tiene 190 metros de lado. De estas plazas municipales regalaría yo de muy buena

gana una, por lo menos, á cada una de las muchas que yo conozco, incluso la *Soberbia*, cuyo orgullo no se sentiría ciertamente humillado si le diesen gratuitamente una plaza.

Comprendí perfectamente que en una colonia importante pudiera inaugurarse un nuevo mercado; pues es sabido que, salvas muy contadas excepciones, toda ciudad, lo mismo que toda aldea, sienten ahora la necesidad de un mercado cerrado convenientemente. Y por cierto que con motivo de esta inauguración y de las otras fiestas que se preparaban, el pueblo de *La Esperanza* parecía en aquella mañana fuera de sí de puro contento. Busqué aldeanas vestidas con su traje de día de fiesta, y hallé, por el contrario, graciosas damas, con mucho vestido de seda y mucho sombrero y mucha sombrilla, y en fin, todos los requilorios que constituyen el adorno de una señora elegante. Supuse que serían forasteras que estuviesen allí de temporada; pero supe que eran indígenas, ó cuando menos aclimatadas, y desde hacía mucho tiempo. Vi también muchos hombres con sombrero de fieltro, á la última moda de París, casi todos de copa, y supe también que eran naturales ó vecinos del pueblo.

De suerte que yo, tipo de importación, pare-

cía allí humilde y modestísimo colono de aquellas gentes.

Y menos mal que aquellos hombres de sombrero de copa, ó *chistera*, como algunos lo llaman, nada tenían de orgullosos. Uno de estos elegantes se aproximó á mi primo, en medio de nuestra excursión por *La Esperanza*, y estrechándole con mucha efusión la mano, le dijo:

—¿Usted por aquí? ¿Cómo es eso?

Mi primo me presentó entonces al doctor Miguel Tracco, de Turín, médico principal de la colonia y el hombre del día, porque él era justamente el fundador del mercado que se inauguraba.

De pronto el doctor, además de invitarnos á dicha inauguración, que ya estaba muy próxima, nos invitó asimismo al gran banquete de cerca de cien cubiertos que había de verificarse en la principal fonda para solemnizar un acontecimiento nacional.

Entretanto las bandas de música, recorriendo sin cesar las calles, alegraban el pueblo; veíanse también sociedades con banderas, entre las cuales eran más numerosas las italianas. Es efectivamente muy notable la preponderancia de los italianos en las colonias de Santa Fe. La población de la floridísima *Esperanza* se divide

de este modo: 2.500 suizos, gente de que hay gran abundancia en las colonias de América, como en cualquier punto donde existe emigración; 2.000 italianos, y 1.700 entre franceses, alemanes y argentinos.

Antes de entrar en el mercado, contemplé con gran contentamiento la notable elegancia de muchos edificios de la colonia. Como viese entre éstos un palacio pequeño, pero construído con extraordinario lujo, con hermoso y vastísimo jardín, lleno de aromosas y fragantes flores, pregunté quién era el bienhadado propietario de tan preciosa finca.

—El bienhadado propietario, se me contestó muy tristemente, no vive ya; ha poco tiempo se mató.

—¡Un suicidio! exclamé, lanzando otra mirada al lugar de delicias que delante de mí tenía; ¿y qué le obligó á llevar á cabo tan solemne gansada? ¿La miseria tal vez?

—Si no la miseria precisamente, me contestaron, el temor de llegar á ella; porque es fama que el señor Lehman, un hombre que había realizado en América negocios excelentes, había intentado en sus últimos tiempos algunos que no le salieron bien; aunque, á la verdad no tan desastrosamente como él, de primera im-

presión, había creído, toda vez que este soberbio palacio, lo mismo que otros bienes suyos, pasaron sin dificultad alguna á los legítimos herederos del suicida.

¡Pensar que un hombre dueño de aquel paraíso se ha suicidado y que yo vivo!

La descripción del nuevo mercado está muy pronto hecha: mucha sencillez en el exterior, no exenta de una bella corrección de líneas; mucha comodidad en la distribución interior, con sujeción estricta á las modernas prescripciones de la higiene: baste decir que el fundador era un médico.

El público asistente á la inauguración era, en parte de gente rica y en parte de clase trabajadora; este grupo intervino en la fiesta con sus banderas, sus pendones y sus músicas, porque todo el mundo es pueblo, y toda sociedad que se estima tiene hoy, además de la bandera, su correspondiente concierto.

Hago gracia á mis lectores de la solemnidad inaugural, de los discursos pronunciados y hasta del banquete; prefiero presentarles un tipo notabilísimo de esta reunión, D. Luis Castronuovo, napolitano de nacimiento. Ejercía el cargo de cura párroco de *La Esperanza* hacía ya catorce años. Había sido, en otro tiempo,

capellán á bordo del *Caracciolo* á las órdenes del almirante Mantese, órdenes que desobedeció en cierta ocasión, por lo cual tuvo que abandonar el servicio.

No le quedaba más refugio que América; díjome que se había encontrado con cuatro ó cinco duros por toda compañía, nada más; quiso primeramente ejercer su ministerio en Buenos Aires, pero le fué bastante mal; allí eran demasiados á decir misas; tuvo la feliz inspiración de probar fortuna en las colonias, y halló *La Esperanza*, donde como cura, como maestro y hasta como banquero, realizó muy buenos negocios espirituales y temporales. La misión del cura en una colonia floreciente nada tiene de desagradable, y bien puede decirlo don Luis Castronuovo, que de rebelde en la jerarquía de marino se convirtió en capitalista; ha colocado en los bancos de Italia un capital de bastante consideración. No quiero decir la cuantía de ese capital, temeroso de que el cura sea objeto de las asechanzas de alguna cuadrilla de ladrones.

Figúrense ustedes, para formar idea del cura de la colonia, un hombre de unos sesenta y cinco años, de pequeña estatura y de pocas carnes, pero con una cara bastante maliciosa para

denunciar, á cuantos le ven de cerca, al hombre que tiene trastienda. Observé que todos los comensales le trataban con suma deferencia, quizá no tanto por su condición de padre espiritual cuanto por sus ingeniosísimas ocurrencias, acaso un poco descaradas. Escuchábanlo con gusto y aun lo estimulaban para que dijera algo más gordo.

Entre uno y otro plato hablábase en la mesa del gran baile que, durante aquella misma noche, se verificaría en el Casino. A mi primo y á mí se nos obsequió con sendos billetes de convite. Ambos nos excusamos alegando la causa legítima de hallarnos sin otra ropa que nuestros empolvados trajes de viaje, que no eran ciertamente dignos de figurar en un salón de baile.

—Vengan ustedes, vengan ustedes y se divertirán, nos dijo el padre cura para vencer nuestra resistencia.

—¿Estará usted también allí? pregunté al clérigo.

—¡Vaya si estaré! Si no precisamente en el salón donde se baila y se pisan los callos á las personas paradas, en el que podríamos llamar de conferencias (ó de los pasos perdidos, como lo nombran los franceses y los masones), que son preferibles para nosotros los simples especta-

dores, cuando las damas, sudorosas, desfilan del brazo de los caballeros para ir á refrescar ó á cambiar algunas palabritas tiernas, si se ocurre. Vengan ustedes y se divertirán; yo se lo fío.

Advirtiendo después que yo me asombraba de hallar un cura tan mundano, á pesar de su edad avanzada, me dijo:

—Así debe ser, amigo mío; «donde estuvieres, haz como vieres»; si yo me las hubiese echado aquí de severo, como quería mi almirante, habríanme enviado á un cierto sitio que no es una colonia de *La Esperanza*. Por el contrario, aquí, como usted ve, todos me quieren, y casi sin percatarme, he acabado por ser rico, sin robar á nadie, por supuesto. Lo cual no empece, prosiguió diciéndome el cura—en tanto que, terminado el almuerzo, algunas señoritas se aproximaban á nosotros para cir si el padre cura decía algo picante—para que yo, aun sabiendo bromear en la mesa y en el baile, sea inexorable con las pecadoras reincidentes en el pecado é incorregibles; sí, señor, inexorable.

—¡Brrr!... gritaron aquellas lindas señoritas.

—¡Oh! seguramente, dijo el presbítero, mirando con dulzura á las chicas, sois todas un saco de pecados y, lo que más me irrita, de tentaciones para el pecado.

El banquete concluyó con grandes *vivas* para todo y para todos, muy particularmente para el doctor Tracco y para el reverendo Castronuovo.

Pasamos en seguida á las Casas Consistoriales, desde cuyos balcones presenciamos el formidable espectáculo de los fuegos artificiales. En Roma he asistido muchas veces á las funciones de esta clase, que se verifican en el castillo de Sant-Angelo; pero puedo asegurar que los fuegos artificiales de *La Esperanza* nada tienen que envidiar á los de Roma.

A continuación de la función de pólvora, vino la de las danzas, en la que el cura me hizo conocer á las bonitas y á las feas, para cada una de las cuales tuvo á mano una observación aguda, alguna palabra ingeniosa ó alguna anécdota interesante.

El atentísimo doctor Tracco logró detenerme otro día en *La Esperanza*...

La despedida de mi primo produjo en él, lo mismo que en mí, profunda y legítima emoción; pensaba yo que había encontrado allí, al cabo de diez años, á quien no volvería á ver sino después de otros tantos, y quizás nunca. He dicho nunca, no para hacer á ustedes llorar, no, sino presumiendo que cuando mi primo regrese á Italia, estaré yo probablemente en la China.

D. Carlos, sin embargo, para consolarme y consolarse á sí mismo, me dijo en el momento mismo en que la locomotora lanzaba el silbido último para anunciar su partida á Santa Fe, adonde los negocios le reclamaban inexorablemente:

—Hasta la vista; dentro de tres años, en Génova, para las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América.

CAPITULO XLV

De cacería.--Encuentro con una serpiente

Cuando llegué, en cumplimiento de mi promesa, á la preciosa casita del doctor Tracco, casa que tiene á modo de linda adehala, un huerto, que podía considerarse como verdadero jardín botánico, el doctor, después de haberme presentado á su graciosísima esposa, y á otras, no menos simpáticas, representantes del bello sexo, me dijo que era menester apercibirse para una expedición venatoria.

Aunque recordé el fracaso de Buenos Aires, acepté la invitación, reflexionando que acompañando á tan encantadoras damas, acaso podría

yo tomar gusto, por primera vez, hasta al ejercicio de la caza. ¡Se modifican tantos gustos viajando por América!

Armados, pues, aunque sin municiones de boca, nos encaminamos á la cacería. Mi arma era un bastón, pues declaré previamente que no sabía manejar otra mejor. No podía yo renegar de mis principios sobre la destrucción de los pájaros: asistir resignado á su matanza, sí; comerlos, en tiempo y lugar oportunos, también; pero manchar mis manos con su sangre inocente, nunca.

Entre los hombres de la partida estaba el señor Marmo, el amigo inseparable y secretario del doctor Tracco. Dicho señor Marmo, observando mi bastón, me dijo:

—Tenga usted en cuenta que en estas regiones el bastón es arma más peligrosa que el fusil; los perros de las colonias son muy quisquillosos y no pueden tolerar los bastones, y á lo mejor se arrojan sobre ellos á bocados.

—Corriente, le dije; al primer perro que quiera habérselas con mi bastón, procuraré darle su merecido.

Caminábamos alegremente, atravesando las mismas tierras por donde habíamos pasado en tren el día anterior, hacia la desembocadura del

Río Salado, y en que se veían los tristes restos del puente destruído. Como es natural, debíamos permanecer en la zona menos invadida por las aguas; á lo que podría con exactitud denominarse las orillas del nuevo lago. Muchas veces nuestro paso hubo de poner en fuga al numeroso ganado lanar que por allí pacíficamente pas taba, y aun llamar la atención de la gran raza de seres curiosos que constituyen el ganado vacuno.

Por el frecuentísimo transitar de labradores y de campesinos á caballo, comprendí que el jinete es la cosa más común en aquellas regiones. ¡Lástima que el caballo argentino sea siempre feo!

Muy pronto comencé á dar muestras elocuentes de mi ignorancia venatoria. Como advirtiese yo que revoloteaban á muy poca altura y á nuestro alcance ciertos pajarracos parduzcos, dije:

—Si tengo ahora una escopeta, he ahí unos pájaros sobre los cuales no erraría el tiro.

—En lo que erraría usted sería en matarlos, me dijo uno de la comitiva, porque no sería provechoso matar estos *garanchos*, que viven de carne corrompida de los animales abandonados en los campos.

Experimenté una especie de náuseas solamente al pensar que, sin un buen guía, hubiera yo podido dar muerte á uno de esos pajarracos, que me habían parecido tordos... americanos, y haberlo puesto en mi cazuela. Callé, no obstante, para no decir más barbaridades, ó me limité á charlar con las señoras, que seguían como yo la caza sin tomar en ella parte activa.

El doctor Tracco había levantado una bandada de perdices, y él y sus compañeros hicieron en las aves verdadero estrago.

—La comida está asegurada, dijeron las señoras.

—Y la variedad en ella también, agregó el doctor, disparando un buen tiro á una paloma zorita.

Después, en un gran trecho, no se vió rastro de caza.

—Estas inundaciones, observaba un amigo del doctor, han causado también mucho daño á los cazadores.

—No nos alejemos demasiado, decían las señoras; recordemos la hora de comer.

—Hay tiempo, respondió el doctor.

Y á fuer de cazador impenitente, andaba en persecución de nuevas matanzas. De pronto se

detuvo, con su escopeta preparada. Había visto cierto movimiento en el prado.

—Allí, nos dijo, debemos de haber asustado á otra bandada de perdices; y con la carabina baja se adelantó hacia el punto indicado.

Al poco tiempo gritó con voz vibrante á sus compañeros:

—¡Prontas las escopetas: que no se muevan las señoras!

Yo, que me consideré comprendido entre las personas del bello sexo, fijé mi atención en el punto que el doctor tomaba tan ansiosamente como objetivo. Parecióme entonces que veía una especie de palo rígido á pocos pasos de él. El doctor disparó un tiro, y el palo osciló; disparó un segundo tiro, y el palo, haciendo una contorsión extraña, se alargó, y por último vino á tierra.

—¡Una serpiente! gritaron todos.

Alguno sin embargo había gritado:

—¡Una víbora!

Entre serpiente y víbora hay mucha diferencia; entonces me convencí de esto. Supongan ustedes, sin embargo, que una robusta y hermosa víbora de la Cruz, de las cuales abundan mucho en la provincia de Santa Fe, quiere darse la importancia de una serpiente: nadie podrá

impedírselo. ¡Tenemos en la raza humana tantos conejos que adoptan actitudes de león! Pero el animal muerto por el doctor Trucco, porque de dos tiros lo despachó, era en realidad una hermosa serpiente, de la respetable longitud de algo así como más de tres metros; al oir aproximarse gente, se había detenido en alguna evolución, y una vez visto el adversario, habíasele presentado de frente, en mal hora para ella, levantándose hasta la mitad del cuerpo, con una rigidez que habría bastado para poner miedo al consabido granadero de la *vieja guardia*. Una vez caído al segundo disparo el reptil, para cuya defensa de nada sirvieron las muchas escamas de que tenía erizado el vientre, movióse todavía algunos instantes en nerviosas espirales, agitando con especial encarnizamiento la cola. El doctor y sus compañeros tomaron por blanco especial la cabeza, sobre la cual cayó una tempestad de golpes, pedradas, culatazos y aun bastonazos míos—pues hasta ese punto se despertó mi valor—y que sólo cesaron cuando el animal cesó de moverse.

A toda esta escena, lo mismo en sus preludios que en su terminación, las señoras asistieron con admirable sangre fría: en realidad, y

para desgracia nuestra, ¿tuvo acaso miedo de la serpiente nuestra primera madre?

Ya que estaba escrito que hubiese yo de correr esta aventura de la serpiente, doy gracias á los dioses porque, á lo menos, se trató de una hermosa serpiente. Podría, sin embargo, haberse encontrado algo mejor, porque precisamente en estas provincias de la República Argentina es donde se encuentra la *Boa constrictor* que (si bien no tiene las terribles y majestuosas proporciones de la *Boa* de Africa, ni puede competir con ella en sus dimensiones, que excede de cuatro metros y medio de longitud, por un diámetro máximo de ochenta centímetros) es siempre un hermoso animal.

La parte de la República Argentina donde las serpientes se hallan con más frecuencia son los bosques del Norte de la provincia de Santa Fe y el Chaco. Hay varias especies. Los salvajes habitantes de aquellos bosques las comen y las hallan agradables y apetitosas. Y ya que de salvajes hablo, sepan ustedes de una vez para todas, que en la República Argentina hay salvajes siempre.

En la provincia de Corrientes existe una raza en estado completamente primitivo y todavía no estudiada: así puede decirse al menos si se

considera que cuantos han intentado traspasar el lago funesto que separa á estos salvajísimos del resto de los mortales, no han vuelto nunca. Para esta parte de la provincia de Corrientes, Colón no ha existido.

En lo que respecta á víboras, y especialmente á víboras de la Cruz, me refirió el doctor Tracco que algunos días antes había sido llamado con gran solicitud para curar, á pocas millas de *La Esperanza*, á una infeliz muchacha que había sido mordida por una. La curación era ya imposible, y la pobrecilla murió en medio de los más terribles espasmos y de los dolores más crueles.

Otro animal temible, si bien muy pequeño, había asolado poco tiempo antes aquella provincia: cierta especie de moscas que, naciendo á millones de la podredumbre de la paja, después de lluvias torrenciales, se habían dado á mortificar á los caballos de tal manera, que produjeron en ellos terrible mortandad. ¿Se figuran ustedes un mosquito matando á un caballo? Pues nada; fué aquello un verdadero exterminio.

Y ahora que de moscas se habla, no quiero olvidar que en el año próximo pasado hubo cierto día en Buenos Aires tal invasión de mosquitos,

que por la noche, en las tiendas ó donde la luz hubo atraído á esos molestos animalitos, habían cubierto los tales, pero cubierto literalmente, como suena, los mostradores, el pavimento, los géneros puestos á la venta, y entre ellos más especialmente, los artículos de comer. En las calles la luz de gas había cesado de hacer servicio, porque sobre los cristales de los faroles habíase formado una espesa capa de estos mosquitos. Los animalillos domésticos tenían de esos dípteros en las manos, en los ojos, en la boca, en todas partes. Afortunadamente esta *mosquitería* tuvo muy corta duración.

Mas vuelvo á los reptiles y á los insectos de Santa Fe. En el río Salado y en río Santa Fe abundan de un modo extraordinario las tortugas que, por término medio, tienen treinta y cinco centímetros.

Pero este melancólico animal parece que allí es muy desconocido, así en sus méritos ocultos como en los exteriores, porque nadie, ó casi nadie, piensa en comerlo, y lo que es todavía peor, no utiliza nadie la concha para la fabricación de mil objetos de uso doméstico que en nuestro país nos han enseñado á estimarla. He aquí un manantial de posibles recursos digno de estudiarse, sobre todo en esta época de crisis

en la que tantas otras fuentes de riqueza se agotan. Todos los honores que se han dispensado á estos utilísimos quelonios se reducen á nombrar *Arroyo de las Tortugas* á un riachuelo que separa parte de la provincia de Santa Fe de la de Córdoba.

Con respecto á reptiles ya puede asegurarse con certeza que el Norte de la provincia de Santa Fe los tiene de todas clases. Es muy común allí el caimán, especie de cocodrilo, algo más pequeño que el de Africa, pues nunca pasa, en su longitud, de tres metros; no tiene tampoco aquellos instintos feroces que caracterizan al cocodrilo del Continente Negro.

De estos caimanes y otras especies afines, se encuentran muchos en las inmediaciones de Rosario; pero se asegura que son inofensivos.

Arañas y telas de araña las hay á montones: se esudia además, especialmente en Santa Fe, la singularidad de una araña, la cual teje una tela que presenta algunas propiedades de la seda y tiene una consistencia relativa. Ya se piensa en utilizar para la industria esa tela de araña.

Existe en la misma provincia una clase de luciérnaga de una fosforescencia muy brillante. Pero lo que resulta más singular es que esas

propiedades lumínicas se conservan mucho tiempo después de muerto el insecto. He visto en Santa Fe, conservada en un recipiente de cristal, una luciérnaga que mandaba, aunque según me dijeron había muerto mucho tiempo antes, fosforescencia bastante para que pudieran ser reconocidos todos los objetos, solamente á beneficio de aquella luz, en cualquier habitación donde ninguna otra hubiese.

¿Si alguno, dije para mí, me habrá jugado la broma de mostrarme linternas por luciérnagas?

En cuanto á las aves, además de las que el doctor Tracco mató en presencia mía, hay, en gran número, jilgueros hermosos y de varios colores, lo mismo que los nuestros; no escasean los cardenalillos, ni los pavos reales; abundan loros y cotorras. Las gallináceas se propagan en prodigiosas cantidades: en las *granjas* la producción de huevos asombra. A pesar de esto, en toda la República Argentina cuesta un dineral comprar un huevo durante el invierno.

Antes de poner punto á esta especie de estadística... animal, debo apuntar una nota extraña y dolorosa; es á saber: que así como en la época de mi visita se deploraban tan vivamente los efectos de las lluvias y de las inundaciones consiguientes, en el año anterior las sequías ha-

bían hecho perecer más de 60.000 cabezas de ganado.

Después de mi disertación zoológica, echo de ver que he dejado á mis amabilísimos compañeros en medio del camino. Volvimos alegremente á *La Esperanza;* la serpiente quedó en el sitio mismo en que había sido muerta, y no sé, ni me importa, si el doctor se tomó después la molestia de retirarla.

Con aquel doctor queridísimo tuvimos todavía, antes de comer, tiempo bastante para visitar la Escuela italiana; encontré allí un local muy decente, muchos niños y... ¿á qué no adivinan ustedes á quién más?—Al señor Castronuovo, nuestro amable cura, que sustituía gratuitamente al maestro pagado por la colonia italiana; maestro que en aquellos días estaba enfermo.

Desde la escuela regresamos á casa del doctor para pasar alegremente algunas otras horas de este segundo día de permanencia en *La Esperanza*, hasta que tomé el tren que había de conducirme á otras colonias, menos bellas, es verdad, pero... más colonias, en el sentido agrícola de la palabra.

CAPÍTULO XLVI

De colonia en colonia.—Las concesiones del Gobierno.—Los pactos coloniales.—La colonia Aurelia.—La Rafaela.—La Angélica.—Caza del avestruz.

Lo he dicho ya para la línea entre Buenos Aires y Rosario, y vuelvo á decirlo ahora que viajo en el corazón mismo de las colonias: nada menos monótono que viajar en estos trenes, en los que hay siempre un movimiento y una animación extraordinarios, tanto de labradores cuanto de industriales que explotan las labores del campo, ya como propietarios, ya como negociantes.

Mezclábame yo y me metía, cuanto me era posible, entre aquellas personas para adquirir noticias y datos.

De todas maneras, es muy digno de tenerse en cuenta que los ferrocarriles de las colonias son siempre, y con toda seguridad, productivos. La primera línea férrea desde Santa Fe á *La Esperanza* fué inaugurada en los comienzos del año de 1885, y en el transcurso de aquel año mismo se construían más de 941 kilómetros de

ferrocarril para todas las demás colonias. No tardarán esas líneas en dar tales productos, que muy en breve bastarán, no sólo á cubrir los gastos de construcción, sino á pagar los intereses y la amortización de los capitales empleados. Aquí es oportuno manifestar que el florecimiento de estas colonias—de cuyos grandes negocios son claro reflejo las ganancias evidentes de las empresas ferrocarrileras—es tal, que la estadística de los tiempos normales da, para la provincia de Santa Fe, un producto anual de millón y medio de hectolitros de trigo, además de otros productos abundantísimos de avena, cebada, lino, legumbres, cacao, pastos, etc.

Hoy exceden de ciento las colonias fundadas en la provincia de Santa Fe; en todas ellas predomina notablemente el elemento italiano. Los mismos nombres que llevan muchas de estas colonias atestiguan la procedencia italiana de los que las fundaron y contribuyeron á su prosperidad y desarrollo. Basta visitar las colonias nombradas: *La Nueva Italia*, *La Bella Italia*, *Garibaldi*, *Cavour*, *Víctor Manuel*, *Humberto I*, *Reina Margarita*, *Turín*, *Vercello.*

Cuando se habla de la grandeza excepcional de las colonias de Santa Fe, no se crea que está concentrada en ellas toda la importancia

colonial de la República; pues si bien es cierto que la provincia de Santa Fe ha precedido á todas las demas en la fundación de colonias, y por lo tanto puede jactarse de tenerlas más ricas y más florecientes, se han establecido también algunas importantísimas en la fértil provincia de Entre-Ríos, en que existen nada menos que veinticuatro, de las cuales pueden considerarse como las de más importancia: *Villa Libertad*, *Federación* y *Diamante*, que tie nen muchos labradores italianos. También en la provincia de Córdoba existen colonias importantes, entre las que son de fundación muy reciente *Sampacho* y *Caroja*, habitadas casi exclusivamente por colonos venecianos y tiroleses; otras colonias muy notables tiene el Chaco, y las principales se nombran: *Reconquista*, *Resistencia*, *Hermosa*, *Florencia* y *Aquino*. En todas ellas predomina casi siempre el elemento italiano.

También en la Pampa y en la Patagonia van extendiéndose la especulación y la actividad coloniales en terrenos donde, pocos años ha, solamente existían salvajes en estado primitivo.

Lo pactado para el emigrante, que constituye las bases fundamentales de la propaganda colonial, es:

1.º Derecho al desembarque del que inmigra y de los objetos de su propiedad desde el vapor en que ha llegado.

2.º Habitación y alimento en el *Asilo de los inmigrantes*, por espacio de cinco días, á expensas del Estado.

3.º Viaje gratuito del inmigrante desde el punto en que ha desembarcado al sitio de la República en que prefiera establecerse.

Otros pactos especiales tiene establecidos el Gobierno para aumentar, además del número de los inmigrantes, el de los ciudadanos argentinos. Estas condiciones especiales se refieren á las familias extranjeras compuestas, cuando menos, de cinco personas, y que tienen, además del cabeza de familia, un hijo varon de más de quince años. A la familia que se hallaba en esas circunstancias, concedía el Gobierno argentino el derecho á buscar y á ocupar gratuitamente cien hectáreas de terreno destinado á colonia, con las condiciones siguientes:

1.ª Acreditar—y esto era lo esencial para el Gobierno—que tanto el cabeza de familia, cuanto los varones de la misma, habían adquirido la ciudadanía argentina, ó prometían adquirirla en el término de un año.

2.ª Establecerse y residir en el terreno es-

cogido, después de transcurridos tres meses desde la concesión.

3.ª Comenzar las tareas rurales un mes después de su residencia en el punto designado.

4.ª Cultivar sin interrupción durante ocho años el terreno concedido.

Mientras los inmigrantes de otras comarcas europeas, muy especialmente los del Norte (que, como es sabido, por una idea equivocada de aquel Gobierno hallaban en estos últimos años estímulo especialísimo y grandes facilidades para emigrar á la República Argentina) aceptaban con mucho gusto estas condiciones con la condición correspondiente de renunciar á la nacionalidad propia, el italiano se resistía siempre, aunque se procuraba seducirle con esas cesiones gratuitas de tierra, á renunciar á su patria. Cuantos italianos he hallado en las colonias de la República Argentina—y téngase en cuenta que he hallado muchos—no veían nunca demasiado cercana la hora de haber realizado una fortuna, por insignificante que fuese, para restituirse á su patria. El pensamiento de la patria permanece siempre vivo en nuestros paisanos, y no han sido necesarias ciertamente ni la instrucción obligatoria, ni los principios de la Retórica para inculcar este sentimiento pa-

triótico, del cual hasta nuestros más rústicos aldeanos podrían poner cátedra. No fueron probablemente hombres doctos los que discurrieron dar á tantas y tantas colonias nombres que recordasen la patria.

Voy ahora á las relaciones entre propietarios y colonos. El amo provee al colono de todos los aperos y utensilios de labranza y del ganado indispensable. A fin de cada año, amos y colonos se dividen por mitad las cosechas. Denomínase *chacra* (voz de origen indio) la cabaña en que el colono guarda sus instrumentos de labor; nómbrase *rancho* la casa habitación del colono; *potrero* es el sitio en que se hallan encerrados los animales. Un tipo que se encuentra muy frecuentemente en las colonias y en ferrocarril, es el conocido con el nombre de *acopiador*, que viaja para comprar cereales por cuenta de las grandes casas exportadoras. Es algo parecido á nuestros comisionistas europeos.

La primera colonia que visité después de *La Esperanza*, fué la de Rumboldt, á la cual se llega al cabo de media hora de viaje. Comencé á comprender en aquellas casas rústicas, algunas de ellas con cubierta de paja y todas de un solo piso, y no solamente por esto, sino por las personas atareadísimas que en los alrededores

vi, lo que puede ser una verdadera colonia. Pero justamente, y acaso por su proximidad á la colonia madre, hállase adornada por una hermosa casa de campo, que entre tantas casuchas, viene á ser como una especie de cabeza de comarca

Llegué luego al *Pilar*, donde se continúa por la línea de Córdoba, que estaba entre mis proyectos de visita, ó bien hay que desviarse para visitar otras colonias importantes. Preferí la desviación y visité, aunque solamente de paso, la colonia *Aurelia*, y después la simpática *Rafaela*.

Encontré allí gran animación de colonos; dirigí, por desgracia inútilmente, miradas lánguidas de carnero degollado á varias lindas y avispadas labradorcitas, que hallé en los campos; oí muchas voces de dialecto poco simpático para mí, y, por último, traté de informarme del sitio adonde era necesario dirigirse para comer y dormir. Indicáronme una casita algo aislada, como lo son muchas otras por aquellos lugares, y me dijeron que no siendo yo muy exigente, hallaría allí lo necesario para comer bien y dormir no mal. A ella me aproximé, y una vez que hube penetrado, vi á un hombrecillo que estaba remendando unos zapatos: era el fondista.

—Ante todo, dije, ¿qué podrá estar preparado más pronto en la cocina?

—De pronto, me contestó el huésped, no hay preparado más que *puchero*... Si usted quiere una chuleta de vaca, se la pondré inmediatamente á la lumbre.

Mientras me dedicaba yo á consumir aquel poco de *puchero*, llegó á la casa—que no sé si resolverme á llamar fonda—algún consumidor; poco á poco se formó un núcleo de una docena de colonos, que iban allí para echar unas copas antes de entregarse al merecido descanso. Por supuesto, que los doce hablaban por veinticuatro, y que la conversación cayó en seguida sobre asuntos desagradables: los negocios, que iban muy mal y, sobre todo, el agio sobre el oro, que por aquellos días había llegado al setenta en Buenos Aires, y que en las provincias sufría, como es natural, mayor pérdida. Este gravamen del agio importaba muchísimo á los colonos por la consabida historia: obligados, cuál más, cuál menos, á enviar dinero de sus propios ahorros á sus familias de Italia, irritábanse viendo cuánto perdían de sus pobres ganancias, con tanto sudor y con tan terrible trabajo adquiridas.

—Si esto sigue adelante y creciendo así, ¿dónde concluiremos? se preguntaban los labradores.

Si yo hubiese intentado decir que aquello acabaría por llegar hasta el trescientos, probablemente me hubieran destrozado.

—Y esos señores de *La Esperanza*, dijo entrando uno de la comitiva, se propinaron ayer un gran día: fiestas, fuegos, baile, banquete...

—¡Bah! Hacen muy bien en divertirse, murmuró otro. Todos ellos son señores, y se curan poco, ó no se curan nada, de estas miserias.

A buena cuenta, este residuo de la fiesta de *La Esperanza* habría celebrado irse á la cama, á fin de encontrarse más ágil y más dispuesto para la vigilia del día siguiente; pero los ruidosos consumidores, que habían aumentado en número, no parecían dispuestos á marcharse tan pronto. Pregunté á la criada dónde estaba la cama que se me había señalado.

—Voy á prepararlo todo, me contestó.

Poco después tornó con un aparato de luz digno de la Edad de Piedra, y me invitó á pasar á los alojamientos, que consistían en una estancia antigua, en la cual estaban dispuestas, en bastante desorden, buen número de camas.

En aquella estancia habríase podido cantar, como el duque de Mantua en *Rigoletto:*

¡Si dorme all' aria aperta

(se duerme al aire libre); tantos eran los cristales rotos. Había yo temido que las voces de los parroquianos no me dejasen dormir; pues bien, sucedió todo lo contrario; aquellas charlas alborotadas me hicieron conciliar un sueño de tal modo profundo, que durante la noche ni aun advertí la presencia de cuatro compañeros de habitación, á quienes vi, á la mañana siguiente, ocupando las camas próximas á la mía.

Levántome lo más precipitadamente que puedo, y voy en seguida á recrearme con el aspecto matinal de *La Rafaela*, de sus extensos campos, de su linda parroquia, de sus casitas de colonos y de las notables propiedades en que se encerraban tan numerosos ganados. Parecióme muy característico aquel frecuente partir, en tan temprana hora, de colonos, jinetes en sus propios caballos y que iban á trabajar á los campos contiguos.

Aproximándose la hora en que había de pasar el tren que debía volverme á la línea del Pilar, me dirigí á mi fondista remendón, y después de pagar una cuenta modesta, salí, no sin haber recibido los buenos días de la criada, bastante vieja, que me dijo con voz cariñosa:

—Seguramente, usted va á comerciar en caballerías.

Lo cual dijo mirándome de arriba abajo, como á un hombre, cuya cualidad y circunstancias se adivinan fácilmente.

Tomé billete para la colonia *Aurelia*, considerando que allí encontraría algo con que pudiese poner término al ayuno del día. La colonia *Aurelia* dista unos veinticinco minutos de *La Rafaela* y precede en una estación á la del regreso á Pilar. También hallé aquí los grupos campestres de todas partes; grupos que, sin embargo, pareciéronme bastante más alegres que los de *La Rafaela*, acaso también porque los vi muy de madrugada, lo cual resulta siempre más alegre que al caer el día. En esta colonia, lo mismo que en las otras, el asunto de casi todas las conversaciones era el agio del oro. Tal vez estos colonos de la provincia de Santa Fe leían más claramente en este termómetro que las gentes de las ciudades, las cuales llegaron hasta el extremo de forjarse la ilusión de que aquello no era verdadero síntoma de crisis, sino una simple jugada bursátil, para combinaciones de la política. Justamente lo que había expuesto en su Mensaje el señor presidente de la República.

Entre los habitantes de la colonia *Aurelia* hallé mezclado lo exclusivamente rural con lo

agradablemente burgués; y á más, algunas personas con sus ínfulas de elegantes... como si fuesen residuos de la colonia *La Esperanza*. También hallé en ésta los campos corrompidos por las aguas y muchas casas casi derruídas. Me desayuné en el sitio más poético que pueda imaginarse. Vi próxima á una casita una linda cabaña, y contiguo á ella un emparradito precioso. Una mujer servía algunas copas de vino á cierto consumidor sentado delante de un veladorcito. Entro á mi vez, ocupo otro asiento próximo á una mesita; se me presenta inmediatamente la mujer, que por añadidura era joven y bonita. Pregunté qué podría servirme más pronto, y la joven contestó:

—No hay más que fiambres.

Comí lo que en el convento daban; pero ya fuese porque el largo ayuno me había dado buen apetito, ó porque me lo diesen los aires de la *Aurelia*, mi servidora me parecía cada vez más guapa. Presumí que el parroquiano de la otra mesa participaba de mi opinión, porque, sin andarse en preámbulos, y en un momento, la abrazó con toda su alma. Finjo que nada veo, como si mi atención toda se concentrase en el alón de gallina vieja que me habían servido; pero cuando el otro se hubo marchado y llegó

para mí el instante de pagar la cuenta, no quise despedirme á lo seminarista.

Me alejé con pena y suspirando de aquella cabaña y de aquella mujer; y como la espera al tren de Pilar habría sido enojosa, me acomodé como pude en un carro que conducía sacos de trigo al mismo ferrocarril y que iba tirado por cuatro caballos en reata, según es costumbre para tales vehículos. El carretero, que era un indígena de pura raza, nada supo decirme de nuevo en todo el camino sino que los negocios no andaban bien, como en los años anteriores. Para hablar de otra cosa algo más nueva, le pregunté adónde iría con su carro desde el Pilar. Respondióme que, una vez de vacío, se dirigiría á otra línea para cargar de nuevo en la colonia *Angélica*.

Este nombre me sedujo en seguida. Mi carretero era hombre bastante fastidioso; pero, al fin y á la postre, lo era en una lengua distinta de la mía. En el Pilar le di tiempo para que descargase el carro; le pagué en una fonda un par de copas de aquel fementido vino, y después volvime á ponerme en camino en dirección á *Angélica*, no sin haberme yo colocado con más comodidad que antes, pues en lugar de ir encaramado sobre los sacos, me senté en una banqueta.

Estaba escrito, sin embargo, que no llegase yo tan pronto con aquel hombre hasta *Angélica*.

Por toda aquella serie de terrenos que íbamos atravesando, ya relativamente en seco, ya con las ruedas sumergidas en agua hasta los cubos, atrajo mi atención una cosa verdaderamente extraordinaria. Yo me había acostumbrado, en mi viaje por los ferrocarriles de *La Plata*, y más especialmente en la línea del Rosario, al espectáculo de ciertos rebaños de avestruces encerrados en rediles de alambres, anejos á una *estación;* espectáculo que alterna con el de prados inmensos, destinados unos al ganado vacuno, otros al lanar, y así sucesivamente.

En esta ocasión, en vez de hallar en sus rediles á los avestruces entretenidos en mirarse unos á otros ó en saltar, por vía de esparcimiento, los vi que huían, como suele decirse, á la desbandada y vi había algún hombre á caballo que perseguía al galope á los avestruces.

—¿Qué viene á ser esto? pregunté á mi auriga.

—¿Pues no lo está usted viendo? me dijo él; es una caza de avestruces.

Entonces el del carro me explicó mejor: cómo era costumbre organizar compañías para la caza del avestruz, al cual se nombra por

allí «el rey de la Pampa.» Tratábase á la sazón de esa caza de avestruz que aquella compañía de unos cincuenta hombres van á darle en algunos puntos de la provincia que son los más indicados para el hallazgo de estos animales. Alguna vez se trata de verdaderas y formidables cacerías, que tienen á los cazadores, durante mucho tiempo, fuera de sus casas.

—Entonces, siendo una caza de avestruz ésta en que me encuentro, dije á mi cochero, me despido de usted, le pago, y hasta que nos veamos en otra ocasión. Proseguiré andando mi viaje hasta *Angélica.*

Mi justificada curiosidad impresionó al carretero, que resolvió asistir también como espec tador á la cacería, aunque á la verdad el espectáculo nada tenía para él de nuevo.

—En ese caso, le dije, tanto mejor y nada de despedirnos; y le prometí otra copa.

El avestruz es, en resumidas cuentas, el bípedo que tiene mayor analogía con el hombre. Posee alas, pero son casi de juguete; aquel trozo de ala, bastante ridículo, no le servirá nunca para volar; empléala, por el contrario, para orientar su propia carrera; algo así como el hombre, que al andar mueve los brazos.

Contemplé entonces cómo se lanzaban á co-

rrer desesperadamente aquellos pobres avestruces, perseguidos por unas cuarenta personas, á pie unas, á caballo otras y provistas éstas y aquéllas de cuerdas en cuyos extremos iban sujetas balas de plomo forradas de cuero, según hubo de explicarme mi excelente y ya no monótono automedonte.

La carrera de aquellos bípedos era tal, que el caballo sudaba mucho para seguirles, aunque contaba para esa faena con cuatro patas. El avestruz será todo lo avestruz que ustedes quieran, pero tiene astucia para dar y tomar; era necesario ver con qué destreza lograba cambiar bruscamente la dirección de su carrera cuando caballo y jinete le iban á los alcances.

Pero el jinete, á fuer de cazador experto, está apercibido siempre á sacar partido de estas desviaciones imprevistas y maliciosas, arrojando el extremo de la cuerda, con la pesada bala de plomo, á las piernas del avestruz. El pobre bípedo, atolondrado por el dolor y por la sorpresa, queda atado por las patas, y está cogido.

Aunque aquella caza tenía algo de bárbaro, porque el desdichado bípedo de las alas inutiles, al tropezar de tan mala manera con la cuerda que con vigoroso impulso le arrojan, queda estropeado, resulta entretenida por sus extrañas

evoluciónes; por la habilidad que muestra así el perseguidor con el perseguido; por lo nuevo de ver con frecuencia, durante carreras muy prolongadas, al animal fugitivo que logra escaparse á los certeros tiros del cazador y burlar sus propósitos, y aun tomar tal vez á cosa de juego aquella persecución, volviéndose en algunos momentos, á bastante distancia, como para escarnecer al que le persigue.

Desde el punto de vista caballeresco (esto es, el que micarretero y yo adoptábamos), era siempre algo ruin y poco honrado que se conjurasen tantos contra uno solo, porque mientras uno ó dos cazadores perseguían al pobre avestruz, otro estaba preparado para cortarle la habil retirada, y otro, en fin, dispuesto á lanzarle el lazo arrojadizo.

Como saben perfectamente mis elegantes lectores, el principal valor del avestruz consiste en su pluma, más solicitada, mucho más solicitada que la pluma del ganso, aunque ésta pueda darnos por fruto el manuscrito de un grande hombre; porque la del avestruz puede ornar magníficamente el sombrero de una reina ó de una emperatriz... ó acaso de algo menos, ó más. La carne resulta dura para ser comida, aun cociéndola mucho; ni ustedes la comerían,

ni sus criados tampoco. Pero el buche del avestruz, de ese animal que pone huevos cuyo volumen es como diez ó doce veces al de un huevo de gallina, es un buche que nada tiene de despreciable. Cuando se dice estómago de avestruz, está dicho todo; el avestruz ve en su camino una piedrecilla que reluce, un botón y hasta un trozo de anteojos de mi profesor de paleografía, siempre que sea algo que resplandezca, y todo se lo engulle y lo envía al buche con indecible desenvoltura, y sin padecer por ello ningún trastorno intestinal.

Los charlatanes, los curanderos, diéronse á pensar, antes que nadie, que un estómago así organizado, debía de tener propiedades preciosas para la medicina y aplicables especialmente á las indigestiónes ó para facilitar á ustedes ó á mí la función de los órganos digestivos. La ciencia, *la ciencia alta*, miró al principio con soberano desprecio estos hallazgos empíricos, como ella los nombraba, y se rió de ellos. Después, andando el tiempo, pensó en la cosa, y acabó por convencerse de que algo tenía de bueno para el progreso de la ciencia médica, y creó, ó mejor dicho, elaboró la *pepsina*, este agente digestivo de la ciencia moderna. Por fin nos hemos entendido: cuando ustedes padecen

de indigestión, el médico no tiene inconveniente en introducir en el estómago de su enfermo un poco de estómago de avestruz.

He aquí dos fuentes de importantes recursos comerciales para la República Argentina, en que tanto abundan los avestruces: las plumas... y todo lo demás; á excepción de las zancas, que, aun siendo muy vigorosas como lo son efectivamente, no sirven, que yo sepa, para nada.

En estos últimos tiempos prevaleció en la América del Sur el propósito de domesticar y amaestrar al avestruz, porque este animal, en el que se realizó siempre horrible exterminio, por el ya indicado procedimiento de caza, es muy domesticable; casi casi un ave de corral, como tantas otras; por más que, solamente viendo un huevo suyo, podría calcularse que le ha puesto un animal incapaz de darse nunca á partido.

Pongo término á mis divagaciones acerca de esta caza, diciendo á ustedes que mi carretero acabó por dejarme en la colonia *Angélica* y que nos separamos como dos amigos excelentes.

El nombre de Angélica es eminentemente tentador; observé, no obstante, que *Angélica*

no parecía prima, ni aun en tercer grado, de la *Esperanza,* si bien era, en el fondo, más colonia que la otra.

Después de mirar aquellas casuchas diseminadas y algún edificio con sus ínfulas de principalidad,—lo cual no ha de ocurrirme ya en las sucesivas estaciones, donde dominará exclusivamente el elemento campesino—me determiné á tomar el billete para Córdoba. ¡Pobre de mí! Habíame forjado la ilusión de evitar con esta medida todo retraso en mi viaje á la ciudad natal del Presidente en activo servicio. En los ferrocarriles del otro hemisferio los incidentes extraños sobrevienen cuando menos se han merecido.

Alguien hubo de advertirme que, llegando por la noche á la estación de San Francisco, debía yo apearme para pernoctar allí. Desde la *Angélica* en adelante disminuía mucho la animación de los trenes; y yo, que contaba con echar un sueñecillo, logré, por benignidad aparente de mis hados, penetrar en un vagón en que me hallaba completamente solo.

En aquella línea iba impresionándome cada vez más un hecho observado, aunque muy en pequeño, en las colonias; me refiero á los montones de sacos de trigo expuestos en largos y

aun larguísimos trechos del camino. En muchas de aquellas mercancías, puestas sin cuidado alguno allí, sin una siquiera de aquellas espaciosas barracas ó cobertizos protegidos por planchas de zinc, que se hallan muy á menudo en la línea del Rosario, veíanse ya indicios de que empezaba á perderse. ¿Y cómo había de suceder otra cosa? El perjudicial amontonamiento de aquellos géneros era consecuencia del estado de los ferrocarriles, de las interrupciones ocasionadas por las lluvias, de las roturas de puentes y de todas las innumerables desgracias que se habían acumulado durante el año sobre la provincia, por no decir sobre toda la República Argentina.

Mientras solamente se trata de viajeros, los inconvenientes de la interrupción pueden obviarse por medio del trasbordo; ¡ay! ¡todavía me acuerdo de aquel trayecto recorrido en barca, cuando me trasladé desde Santa Fe á la *Esperanza!* Pero para trasbordar mercancías, sobre todo cuando se trata de millares de fardos con géneros, es preciso pensarlo mucho.

He ahí, pues, aquellas desdichadas mercancías, expuestas allá, en trechos de algunos kilómetros, á la lluvia, al sol y á los ataques de mil y mil animalitos, inclusive culebras y víbo-

ras, de que la provincia de Santa Fe es tan prolífica. Este espectáculo de daños por una parte y de desolación por aquellos campos, que aquí se me presentaban cada vez más inundados y más destruídos, me impresionaba sobremanera, mucho más en mi condición de solitario, pues estas líneas de las colonias habían dejado ya de presentar aquel aspecto alegre, aquella animación de las conversaciónes entre los pasajeros, que si á las veces molesta y aun perturba, allí para quien viajaba con el propósito de estudiar los lugares y las situaciones, podía siempre valer algo.

Después de otras paradas, y cuando era ya completamente de noche, llegó la vez á la estación Josefina. No era ésta la que me habían indicado para apearme, y por consiguiente permanecí muy tranquilo en el vagón, decidido, para el caso de que San Francisco se hiciese esperar mucho, á echarme en brazos del consabido Morfeo, ya que en aquel vagón no había otros brazos disponibles. Si he de hablar con verdad, hubo un momento en que comenzó á parecerme que la parada se prolongaba demasiado; pero todo se puede esperar en los ferrocarriles argentinos... lo mismo que en los otros. Recordé que en una de las estaciones había yo

comprado un número de *La Capital*, periódico de Rosario, y me entregué á su lectura. Había leído ya un artículo de fondo acerca del bimetalismo; había tragado una revista comercial; ojeado un trabajo literario; admirado, por añadidura, el efecto de un trozo del *Oceano* de Edmundo de Amicis, vestido con hermosas galas castellanas, y ya me disponía á ver las cuentas de ciertos gastos efectuados para el puerto de Rosario, cuando entró en el vagón, con una linterna, un empleado que me preguntó bruscamente qué hacía yo allí.

—¡Me gusta! le dije. Espero á que el tren continúe su marcha hasta San Francisco.

—Entonces, contestó el otro impertérrito, tendrá usted que esperar hasta mañana.

—¿Pues cómo? pregunté alarmado. ¿No se pernocta en San Francisco?

—Nada de eso, me contestó el modestísimo empleado ferrocarrilero; este tren queda aquí.

—¿Y los otros?

—¿Qué otros?

—Los demás viajeros que venían en el tren.

—¡Toma! Esos, si quisieron ir á San Francisco, allá se fueron.

—Pero ¿cómo?

—En los carruajes.

—Pero, ¡por Dios! ¿Qué carruajes?

—Los que estaban aquí esperando la llegada del tren.

—Ya... ¿usted quiere decir coches del camino de hierro?

—No, señor; coches tirados por caballos.

—Pero, hombre, si en la estación de Angélica me habían dicho que la parada de la noche se verificaría en San Francisco.

—Está interrumpida la vía, y por eso no se ha podido seguir adelante.

—¿Y no podían ustedes haberme avisado de eso, cuando el tren se detuvo?

—¿Y quién sabía que usted estaba aquí?

—Lo sabía yo... Corriente; pernoctaré aquí, y saldré mañana por la mañana.

—Pero ¿para dónde?

—Para San Francisco.

—Será un tren de mercancías y morirá en aquel punto.

—¿Sin continuar más adelante?

—Sin continuar.

—¿Y el tren de Córdoba?

—Ese habrá ya salido á las seis.

—¿Y yo?

—Usted permanecerá en San Francisco.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta pasados un par de días; porque trenes para Córdoba los hay un día sí y otro no... cuando los hay.

Al oir esto perdí la paciencia y grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¿Pero qué modos y qué usos son éstos?

Es allí costumbre seguida por los indígenas dejar que las gentes se desahoguen á su gusto cuando echan de ver que están un poco irritadas; esto hizo aquella molécula de la administración ferrocarrilera de una vía que se halla en manos de los franceses.

No me quedaba otro recurso que salir del vagón. Otra sorpresa: llovía... sobre mojado; todo en rededor yacía en la oscuridad más completa. Vi una sombra más pequeña que la del empleado con quien había yo discutido; pregunté si había algún sitio en que poder alojarme, y me respondieron:

—En San Francisco, sí...

—¡Vaya una gracia!... ¡Pero si á San Francisco no puedo ir!

La sombra me indicó entonces un punto luminoso en el espacio, y me advirtió que podía tener allí alojamiento... si lo encontraba.

—¿Es una posada?

—Es un poco de todo.

Aquella promesa excesivamente vaga no me satisfizo por completo; torné á meterme en el vagón, y dije dirigiéndome á los dos asientos:

—Dormiré aquí.

Dispóngome á la ejecución de mi decreto, cuando sobreviene otro empleado del ferrocarril, portador de varios almohadones, y notando que le miro, con el descaro y el aplomo de quien está en su propia casa, díceme que allí no me será lícito dormir, porque durante aquella noche estaba aquello reservado para él, como guarda del tren.

No me quedaba otro remedio que apearme; eché de ver que el tren había disminuído mucho, y pregunté al que me había condenado al ostracismo, qué había pasado á los otros vagones: habían vuelto al Pilar con una locomotora pequeña. Hasta esto me pareció nuevo. El otro, luego que hubo oído mi caso, tuvo la bondad de añadir que mi billete hasta Córdoba ya no servía porque no podría hallarme dispuesto al amanecer del día siguiente para tomar el tren de continuación.

—¿Perdido mi billete para Córdoba?... ¡Ya lo veremos!

Con esta idea me encaminé hacia la lucecilla abandonada en el espacio. No subí precisamen-

te al Calvario en aquella noche; pero ruego á ustedes con mucho encarecimiento que no olviden cómo en cada una de mis evoluciones me acompañaban constantemente mi paraguas famoso y mi maleta. En cuanto al paraguas, menos mal, le abrí; la otra fuí arrastrándola conmigo hasta el punto de donde salía la lucecilla. Era justamente una casucha de gente pobrísima aquella á la que llegué: ¡vean ustedes de dónde proceden, alguna vez, las luces! Penetré en una estancia bastante sucia, pero muy espaciosa y muy ventilada, porque el aire podía entrar allí hasta por las hendeduras de las paredes, más deslucidas que un zapato viejo.

En rededor de una mesa un poco mayor que las otras, bebían y jugaban á las cartas varios tipos del país y algunos franceses empleados en el ferrocarril. En otra mesa estaba completamente solo un sujeto de edad casi igual á la mía (que no sabrán ustedes nunca) y que de pronto me pareció un italiano, aunque en aquel momento permanecía silencioso, mientras los otros hablaban demasiado. Adelantóse hacia mí un hombrecillo, bastante destrozado, que en buen italiano me preguntó lo que yo quería.

—Alojarme aquí por esta noche, le contesté.

—¿Y cenar no? preguntó el otro.

—Cenar también, si usted lo permite. Diga usted, añadí de pronto, ¿esto es posada, ó estoy equivocado?

—Tiene de todo un poco.

Precisamente lo mismo que ya me habían advertido.

—Dígame usted otra cosa, pregunté al hombrecillo: ¿la *Josefina* es realmente una colonia?

—Lo sería... si fuese posible hacer algo bueno en ella. Yo solamente he conseguido ir de mal en peor, mientras creía haber adivinado aquí la América.

—En resumen, le repliqué, esto que todavía no he visto porque está oscuro, ¿no es una colonia?

—Pero ¿qué quiere usted que sea? dijo gruñendo el hombrecillo, si aquí no hay más que pozos de agua salada y terrenos áridos.

Acerca de este asunto de los pozos salados debo dar á ustedes una explicación; prescindiendo por ahora del gran Río Salado, el río más importante de la provincia—después del Paraná—que nace en la provincia de Salta, atraviesa la de Santiago y se divide en varias direcciones en la de Santa Fe. De pozos más ó menos salados hay en la provincia de Santa Fe una verdadera plaga; se los descubre tal vez

cuando menos se espera; tienen profundidades de diez, de veinte y aun de más metros; el comprador de una tierra virgen que llega á descubrir pozos salados en su hacienda, reniega de su suerte y de todas las estrellas del cielo, porque comprende que ha hecho un malísimo negocio. Si prestan ustedes oídos á las gentes del país, por lo menos á las gentes que lo ven todo de color de rosa cuando de la tierra argentina se trata, á pesar del fango y del agio del oro, sabrán ustedes la gran noticia de que los pozos salados en nada y á nadie perjudican, antes son muy útiles, como todo lo demás, para la prosperidad de la agricultura. Hasta podrán ustedes leer esta niñería en libros y en periódicos. Yo, sin embargo, profeso la creencia antigua de que allí donde se siembra sal el terreno es cosa perdida.

Aquí, á decir la verdad, la sal habría podido estar toda en los pozos. Por de pronto, aunque la provincia de Santa Fe haya sido siempre ubérrima, los terrenos fértiles fueron, sin excepción, aquellos en que precisamente no existían pozos de agua salada; y por lo que respecta á los que tenían de esos pozos... ya han oído ustedes, poco ha, lo que me dijo el de la fonda, al cual vuelvo.

—¿De suerte, volví á preguntar, que se puede dormir aquí esta noche?

—Dormir, sí, me contestó; pero cuando éstos (y me señalaba los ocho ó diez que bebían y jugaban en la mesa grande) se retiren.

—¿Pues qué, pregunté todo alarmado á mi hombrecillo, dormitorio, salas de juego y comida, está todo aquí?

—Seguramente; y no hay otra cosa—respondió aquella víctima de la América equivocada;—á su debido tiempo pondremos aquí el *petate* y usía dormirá.

Aquel sér melancólico me daba tratamiento.

En el momento mismo, como allí se conversaba á voces, oí al que estaba solo cerca de la mesita aislada, decir dirigiéndose á los otros, un poco irritado:

—Sé deciros que me alegraría mucho de que el diablo se llevase al infierno todas vuestras administraciones de ferrocarriles; ¡bonito modo de proceder! ¡Hacerme partir con destino á San Francisco y dejarme aquí después, sin haberme avisado del cambio!

Cuando me ví con un compañero de desdicha me apresuré á tomar asiento á su misma mesa:

—Estoy en el mismo caso que usted, le dije;

tomé billete para Córdoba, me dijeron que había que llegar para hacer noche á San Francisco, y después me han dejado solo en un vagón.

—Solo no, respondió mi colega de desventura, porque yo, en la parada de contraorden, me quedé dormido en otro vagón; de esto ocurre con frecuencia con estas administraciones.

Al pronunciar estas palabras, el hombre envolvió en una mirada sola á todos los de la mesa opuesta, los cuales, entre chanzonetas y risas, le contestaron que el que se duerme no pesca.

—Y yo, repliqué entonces por cuenta propia, yo, que tenía muy abiertos los ojos, tan abiertos que estuve leyendo un periódico, me encontré separado en medio de la línea.

—Yo, sin embargo, observó mi semi-compañero de desgracia, aun cuando voy directamente á Córdoba, no he cometido la tontería de tomar todo el billete; á estas administraciones es preciso darles el dinero todo lo más poco á poco que sea posible.

Anoto entretanto el nombre de este conocimiento y, por bastante tiempo lo verán ustedes como compañero mío de viaje. Presentéme á él como Fulauo de Tal y Tal, gran consumi-

dor de lapiceros, de tinta y de papel ordinario. El otro se me ofreció como Hipólito Schiffi, de Udine, llegado unos siete años antes á la República Argentina casi sin zapatos, según me dijo él mismo, que se jactaba, como buen muchacho de lo conseguido con su propio trabajo; logró ocupación en las obras de la Ensenada, para el transporte de carretones de piedra: era inteligente y fué ascendido á capataz de una cuadrilla... Adelantó, ganó... y últimamente había pensado en hacer un negocio de terrenos, comprando buena porción en la provincia de Tucumán. Aunque la compra estaba hecha desde el año anterior, nunca había visto su propiedad; una vez adquirida hizo que la cercasen, según el Gobierno prescribe, por medio de alambres; había dejado aquel terreno en su primitivo estado de virginidad; habíale visto, sin embargo, con los ojos de la fe, aumentar de valor, porque desde que él lo adquirió le habían propuesto varias veces comprárselo, llegando á ofrecer que lo tomarían en un precio diez veces mayor que aquel en que él lo había comprado. Esto le había hecho sospechar si aquel terreno podría ser atravesado por alguna línea nueva de ferrocarril: en este caso representaba la fortuna. A la sazón se dirigía á Córdoba, por puro pasa-

tiempo; á su regreso pasaría por Tucumán para estudiar desde cerca su negocio. Entretanto no dejó de repetir al fin de su discurso:

—¡Y que se lleve el demonio estas administraciones de ferrocarriles!

Debo agregar aquí, para conocimiento del lector, que de estos compradores de terrenos, que nunca fueron á verlos, porque se limitaban á realizar sobre los títulos de aquella posesión operaciones rentísticas, hallé muchísimos en la República Argentina.

Cuando la estrella de mis sueños lo quiso, los jugadores de la otra mesa se fueron al diablo, adonde Schiffi les había enviado muchas veces. Yo entretanto había pasado media hora peleándome con un plato de *puchero* con huesos, nervios, ternillas y aun algunos cabellos, todo revuelto.

Quedamos los tres: Schiffi y yo renegando siempre de las administraciones de los ferrocarriles, y el hombrecillo de la fonda maldiciendo de América; por último, una mujer que de improviso penetró por una puertecilla para llevar, uno después de otro, dos fementidos catres demasiado flexibles, y sábanas, maldijo de los que se habían ido, y si no me equivoco, también de los que se quedaban, que entre todos,

según ella decía, la habían puesto la cabeza lo mismo que un bombo.

Cuando todo estuvo arreglado, el hombrecillo del fonducho nos dijo:

—Hasta mañana temprano. No doy á ustedes las buenas noches, agregó, porque en esta maldecida *Josefina* solamente mal puede dormirse. Hay aquí tantos animales... y yo no tengo la culpa. ¡Oh, quién me habrá hecho venir á la *Josefina!*

CAPÍTULO XLVII

En San Francisco de Córdoba.—Lucha contra perros.

A la mañana siguiente el hombrecillo de la fonda llegó muy temprano á despertarnos con tanto mayor motivo, cuanto más cierto era que aquel dormitorio nuestro constituía el salón destinado al público.

—¿Han dormido ustedes bien? nos preguntó con cierta ironía.

—Medianamente, le respondí.

—Es muy extraño que hayan ustedes dormido bien, replicó en son de protesta aquel es-

céptico: ¿no ha molestado á ustedes ningún bicho?

—Ninguno, le dije, si se exceptúa el mugido de un buey...

—Es mi vaca.., una vaquilla que casi no da leche. Y el viento, ¿no ha penetrado por las hendeduras para molestar á ustedes?

—Aseguro á usted que ni lo he notado, añadí en seguida para poner término á sus observaciones, y que pocas veces he pasado en mi vida noche tan apacible como la de hoy.

—Habrá sido un efecto del cansancio, contestó el otro.

Aproveché aquellas disposiciones excelentes del hombrecillo para suplicarle que nos preparara dos buenas tazas de café antes de reanudar el viaje.

—Entendámonos, replicó el hombrecillo; lo que es bueno, no será posible. ¿Cómo quieren ustedes tener buen café en este lugarón?

—Estoy seguro, le respondí, de que he de hallarlo todo bueno, lo mismo que el café.

—Seguramente, dijo entonces Schiffi; si exceptuamos los empleados en el ferrocarril, todo lo he encontrado inmejorable en la *Josefina.*

El hombrecillo parecía algo mortificado por hallar tanta contradicción. Nos llevó, al cabo de

veinte minutos, dos tazas de café realmente bueno, si bien el azúcar con que hubimos de dulcificarlo era más rubia que la cabellera de Berenice.

—¡Pero si es un café deliciosamente aromático! dije paladeando el líquido.

Sospeché que el otro iba á decirme que era de bellotas, pero no fué así; limitóse á contestar:

—Si es bueno será porque no se haya comprado en la *Josefina*. Tal vez sea robado, no por mí, eso no, sino por el que me lo ha vendido.

Pedí la cuenta.

—Parecerá á ustedes algo caro, dijo el hombrecillo; ¿pero qué puede haber barato en esta población?

Presentóme el total y me consideré moralmente obligado á declararle que la cuenta no me parecía, en modo alguno, exagerada.

Desde aquí partimos Schiffi y yo á la estación del ferrocarril; el tren salió, es justo decirlo, solamente con media hora de retraso, y en unos veinte minutos nos encontramos en San Francisco. En la estación se me advirtió que hasta el día siguiente no saldría ningún tren para Córdoba. Yo lo sabía ya.

Celebramos Schiffi y yo una especie de pacto

sinalagmático para pasar el día lo menos mal posible en un pueblo que se presentaba por sí mismo bastante monótono, con aquella inmensa extensión de terreno que parecía á modo de un espacioso mar negro en rededor de la comarca habitada. En San Francisco, lo mismo que en otras tierras contiguas, había sido quemado el campo por aquel entonces. Nadie puede figurarse el extraño y aun fantástico espectáculo que ofrecen aquellas llanuras en combustión, sobre todo cuando son vistas de noche y desde un departamento del tren. Parecen horizontes de fuego; tomaríaseles por torrentes de brasas que adelantan hacia nosotros. Con un poco de trabajo imaginativo podría creérselo algún rompimiento de la tierra por el cual surgiese aquel fuego famoso que, según los geólogos nos enseñan, es el centro de toda la vitalidad terrestre.

Precisamente se espera la caída de la tarde para encender en extensiones vastísimas estos fuegos. A la sazón, para distraernos durante el día de ocio forzado en San Francisco, faltaba hasta el pasatiempo de contemplar los fuegos, y no quedaba otra cosa que ver sino la ennegrecida superficie.

Nos dirigimos á la primera fonda que hallamos cerca de la estación; una famosa fonda,

según nos habían dicho los de la *Angélica* y la *Josefina;* allí se podía comer, dormir y contemplar además, siempre dentro de los límites del platonismo, la hermosura extraordinaria de las dos amas del establecimiento; amas que pertenecían exclusivamente á dos jóvenes de Ancona, sus legítimos esposos.

—El primer pasatiempo y el mejor, me dijo Schiffi, hombre que cazaba muy largo, será hacer que nos hagan pronto una gran tortilla con muchas hierbas... si las hay.

El amo, en primer término, de la fonda principal de San Francisco, un tal Pedro Scacleini—quiero legar su nombre á la posteridad; se lo prometí al interesado—es un hombre alegre y satisfecho de sí mismo, de sus quehaceres y del lugar en que se ha establecido, tanto cuanto su predecesor el fondista de la *Josefina* estaba descontento de todo.

—¿Tiene usted alguna cosa en la cocina que pueda tomarse muy pronto? le pregunté, no sin lanzar una ojeada rápida á una maravillosa figura de mujer que en aquel momento se hallaba cerca del mostrador.

—Tengo de todo lo que ustedes quieran, nos respondió el simpático joven; aquí, como ustedes verán, y nos indicaba con el dedo los

géneros colgados del techo por medio de ganchos, tengo una colección casi completa de salazones; en la cocina hay animales de todas castas. Cuando los negocios van bien, es conveniente tener de todo.

—¿De modo que van bien los negocios? le dije.

—En verdad no puedo quejarme, me contestó el anconitano; he hallado aquí mis Indias. Yo estaba empleado en el ferrocarril...

—¡Ah! ¿Pertenecía usted al personal administrativo de ferrocarriles? preguntó Schiffi mirándole hosco.

—Era solamente un pobre maquinista, dijo Pedro Scacleini.

—Menos mal, dijo mi compañero, como quien, en la ocasión, sabe ser tolerante.

—Lo dejé porque estaba descontento, prosiguió el posadero.

—Entonces, replicó Schiffi, estamos conformes.

—Yo sabía, continuó diciendo el de la fonda, que cuando se abriese esta nueva línea, debía ser aquí la parada nocturna.

—¿Y aquí estableció usted su servicio?

—Principié con una casucha de dos palmos de solar; hube de agregar muy pronto un trozo

más porque los negocios aumentaban; ahora estoy en vías de hacer una importante agregación.

—Vamos, que adivinó usted la América, le dije, y nada tendría de extraño que llegase usted á ser todo un ricachón; si la crisis se lo permitiese.

Scacleini añadió que, aun yéndole muy bien los negocios, no veía la hora de tornar á Italia con algún dinero, aunque fuese poco.

Entretanto la hermosa, á quien habíamos visto en el mostrador y que había recibido la orden de disponer nuestro almuerzo, nos invitó á sentarnos á la mesa; recibimos la invitación con la alegría propia del que ha pasado una noche en la *Josefina*.

—Y ahora ¿qué hacemos? nos dijimos después de consumida la fritada. Con la vista del pueblo no podremos distraernos mucho, porque de una ojeada solamente lo sabremos todo de memoria.

—No todo, nos dijo el fondista mezclándose en nuestra conversación, porque ustedes acaban de apearse del tren. Esto no es sino un pedazo de San Francisco. Lo demás está allí—y al decir esto señalaba, al otro lado de la llanura que se extendía delante de la fonda, un

grupo de casas que no parecía muy apartado.

—Vamos, pues, á visitar ese otro pedazo de San Francisco, dije á Schiffi; esto nos distraerá.

—Será preciso esperar á que pase un carruaje, nos dijo el huésped.

—¿Qué carruaje, ni qué...? le repliqué; nosotros somos andarines; estamos muy cansados de estos ferrocarriles, y el medio mejor de descansar será caminar á pie un buen rato.

Scacleini insistió en que nos arrepentiríamos de no haber seguido su consejo, porque se trataba de andar algunas millas.

No pude menos de soltar la carcajada, y exclamé:

—¡Millas para llegar hasta aquellas casas y á ese medio campanario!... Pero, hombre, si se está cogiendo con la mano.

—Sí, sí; ya verá usted si se coge con la mano. Usted no conoce América.

Mi compañero se inclinaba al parecer del de Ancona; pero yo, fuerte en mi derecho de viajero independiente, empuñé con arrogancia mi paraguas, y dije: «Me voy solo»; y sin atender á razones, salí de la fonda. Schiffi, á fuer de digno compañero, se apresuró á seguirme sin otra réplica, y nos pusimos en marcha después de haber ordenado algo para comer.

He aquí, por lo tanto, que comenzamos á cruzar un *maremágnum* de campos eriales. El camino transitable está señalado por surcos; en las lindes se extienden aquellos terrenos inmensos que para nada nos sirven; una parte de ellos cercada ya con alambres, como hacienda comprada; otra, aún en espera de quien quiera contribuir á la nivelación del presupuesto nacional, comprándola.

Éramos dos buenos andarines; pero al cabo de una hora de caminar comencé á fijarme en que, así como otras iglesias rurales van creciendo á los ojos del viajero á medida que éste adelanta, la iglesia de San Francisco continuaba apareciendo tan pequeña como cuando la vimos desde le fonda, lo mismo que el grupo de casas que se veía en rededor de la iglesia. Habríase dicho que después de haber andado tanto tiempo, no nos habíamos separado del sitio de partida.

—Es preciso conocer América, se limitó á murmurar Schiffi, como hombre que ha dado un buen consejo que no ha sido aceptado.

—De todos modos, conozca yo ó no conozca América, dije, habremos de llegar á esa iglesia y habrá de ir aumentando de tamaño á nuestra vista.

Y vuelta á proseguir el viaje (porque ahora ya parecía un verdadero viaje) con menos lentitud y más silenciosos.

Pero, sí, sí; no exagero á ustedes, y todavía no lo han olvidado nuestros dos pares de piernas; al cabo de otra hora larga, la iglesia de San Francisco aparecía siempre para nosotros de la misma pequeñez; el trozo de llanura que de nuestra vista la separaba, presentábase constantemente de la misma extensión.

—Principio á creer realmente, dije clavando mi paraguas en el terreno y apoyándome en él como en un asiento portátil, principio á creer de veras que América es un continente muy distinto de los otros. ¿Es que entre ese templo y nosotros se encuentra el diablo? Sería milagroso...

Schiffi no dijo ni sí, ni no; comprendí perfectamente lo que quería decirme, y tornamos á emprender la marcha; pero algo más incomodados. De pronto la monotonía de aquellas soledades apareció interrumpida por un tugurio tosco, y en seguida por unos diez perros que nos ladraban.

Lo peor fué que aquellos alborotadores se adelantaban hacia nosotros en pelotón; nos miran, nos rodean, redoblan sus ladridos, y nos

constriñen á defendernos á pedradas y á paraguazos.

El perro á quien alcanza un buen bastonazo de Schiffi, se queja como quien se abrasase vivo: un perro, con honores de lobo, al cual he pegado un puntapié, se lanza de nuevo hacia mí con la boca enormemente abierta. Ocúrreme entonces una jugada de maestro: enderezo mi paraguas contra el *can-lobo*, pero de punta; ésta le penetra en la boca; la victoria es mía; el perro retrocede, ahogando un quejido; le persigo; pero entretanto los otros perros, que hasta entonces habían permanecido neutrales, se me lanzan á las piernas.

¿Quién ha dicho que perro ladrador nunca es mordedor? Es preciso ver las señales de los dientes de uno de esos perros en el tacón de uno de mis zapatos, que he conservado para un museo del porvenir: á no ser por aquel tacón, uno de mis talones hubiera quedado en el terreno ó en la boca del animalito.

Entretanto Schiffi, más afortunado que yo, y teniendo libre su bastón, hacía el molinete con una maestría que le hubiera envidiado el mismísimo Turillo de San Malato, y mantenía á raya al grupo de canes que le había escogido por adversario.

Por lo que á mí respecta, desgraciadísimo siempre, aunque había tirado de punta... de paraguas, defendiéndome á patadas había puesto en olvido el arma metida en la garganta del perro; éste comienza á tirar del paraguas con desesperación, hasta que, cuando menos lo esperaba yo, logra arrancármelo; vuélvome de repente, y hallándome con que el animalito me deja sin aquel mueble, le grito:

—Dame mi paraguas.

Pero sí; lo mismo que si hablase con un sordo. El conflicto se agravaba; aquellos perrazos no parecían dispuestos á pactar armisticios; al revés, algunos á quienes habían alcanzado los golpes de Schiffi, venían á tenérselas tiesas conmigo, que ya desesperaba, por mí mismo, por mi paraguas y por la patria que me esperaba de regreso.

De pronto vemos que se adelanta hacia nosotros al trote largo, y por el mismo camino, un carro tirado por seis caballos de reata; dos hombres lo guían, y uno de ellos nos grita:

—Suban ustedes al carro.

La Providencia lo enviaba.

Schiffi saltó, listo como un ciervo, al carro, contra cuyos caballos se habían revuelto á ladridos una parte de los perros, mientras el otro

conductor los sacudía terribles latigazos. Encuéntrome aún en medio del camino, porque el perro-lobo tiene todavía mi paraguas entre los dientes y le destroza sin piedad.

—¡Déjelo usted ir! me grita Schiffi, tendiéndome al propio tiempo el bastón para que agarrándome á él pueda subir más pronto. Hágolo así, no sin lanzar una resignada y triste mirada de despedida al paraguas, á la sazón en poder de dos perros, que se lo disputaban.

—¡No conocía yo aún á estos perros de América! digo, con la mortificación propia del caso, no bien me hube instalado en el vehículo.

Los seis caballos emprenden una carrera á todo escape: dos latigazos alcanzan todavía á un par de perros de los más obstinados; lanzo una última mirada á mi paraguas, y después—procurando remediar el olvido en que hasta entonces había incurrido—digo á los dos del carro:

—Tantas gracias, señores, por la bondad de ustedes; á no ser por ella, es probable que á estas horas fuese yo solamente un montón de huesos.

—Aquí no somos señores, somos patriotas, me respondió el que verdaderamente guiaba: no hemos hecho más que cumplir nuestro deber.

Cambiamos entre unos y otros las *generales*

de la ley: el que llevaba las riendas se presentó como Antonio Sola, de Turín, propietario de un terreno en la colonia de Ituraspe, en la jurisdicción de Córdoba. Nos hicimos muy amigos, cosa que sucede fácilmente entre compatriotas en América. Recorrido que hubimos como unas dos millas, la iglesia de San Francisco y el pueblecillo comenzaron por fin á parecernos algo mayores. ¡Ya era tiempo! Pregunté qué distancia había entre una parte y otra de San Francisco, y supe que se trataba de ¡muy cerca de siete millas! ¡Y yo que, viendo todo aquello desde la fonda, había creído que estaba á tiro de piedra!

Considero inútil añadir que el excelente Sola nos había concedido un sitio en el carruaje graciosamente y sólo por favorecernos. Cuando, ya cerca de poblado, nos apeamos del vehículo, nos sirvió un poco de *cicerone*, aunque, en realidad, no habíamos menester de guía. Nos encaminamos á ver la iglesia, cuya edificación no estaba terminada todavía. Supe también que aún se hallaba vacante el puesto de cura, cargo feliz, lo mismo que el de *La Esperanza*, porque la profesión de padre de almas en un centro nuevo y de porvenir, es un buen negocio.

Mucho sintió Sola no poder acompañarnos

hasta la fonda, sobre todo porque recordaba el conflicto de los perros. Nosotros, cuando la tarde empezaba á caer, buscamos el medio de tornar, y un carretero que debía ir á la estación con carga de granos, nos brindó con un sitio en su carro, encima de los sacos, sin aceptar recompensa. Esta es, por otra parte, una deferencia usual en aquella colonia y, muy especialmente entre italianos. En determinado punto del camino vi, extendidos por el suelo y despedazados, los restos de mi paraguas. No se renuncia tan fácilmente á quien en los tiempos alegres, aunque lluviosos, fué nuestro inseparable compañero. Rogué al conductor que detuviese un instante la marcha para reintegrarme en la posesión de mis bienes, y lancé un suspiro profundísimo al echar de ver á qué triste estado había quedado reducido aquel pobre mueble.

A nuestra entrada en la fonda Scacleini, el fondista, viéndonos en aquel estado, nos dijo con cierto aire de triunfo:

—Ya se lo anuncié á ustedes.

—A lo hecho, pecho, respondí.

Después, abriendo el paraguas todo convertido en jirones, agregué:

—Por esta vez, herido sólo hay uno. Medio muertos, hay dos... pero de apetito.

CAPÍTULO XLVIII

En la línea de Córdoba.—Vegetación prodigiosa.—Caballos y «gauchos».—Cuernos y más cuernos.—El fuego grande del «asado».—El mate.—Vista de las cordilleras.

A la mañana siguiente volvimos á ponernos en viaje, porque, en aquel día, el tren de Córdoba se dignaba estar entre los vivos. En los ferrocarriles de la República Argentina se sube al vagón; después llega el empleado agregado al tren durante todo el trayecto; pide á los viajeros los billetes, y si los halla en regla los taladra, y en caso contrario expulsa del vagón al que exhibe un billete no ajustado á reglas. Esto mismo se repite en cada una de las estaciones, hasta que el billete, á fuerza de taladros y contrataladros, queda convertido en una criba.

Cuando estuve perfectamente sentado en mi coche, se presenta el empleado y me pide el billete *(la boleta)*. Verlo y hacer un gesto, fué todo una sola cosa.

—Esta *boleta*, me dijo, no es buena.

—¿Por qué no es buena, si la he pagado en

buena moneda... ó al menos en dinero argentino?

—Este billete, dijo el empleado, era para un tren que ha partido antes.

—Ha partido para los otros; pero no para mí.

—Usted habrá tenido la culpa.

—No; la culpa la tuvo una indisposición imprevista del tren, que anteayer debía pernoctar en San Francisco y pernoctó en *La Josefina.*

—Pues bien, yo no taladro este billete.

—Es usted muy dueño de no hacerlo.

—Y no taladrándolo, tendrá usted que apearse.

—Ni por pienso.

—Llamaré á la fuerza...

—Ni un regimiento me arrancará de aquí.

—Lo veremos.

—Por visto.

—Voy ahora á taladrar los billetes de los demás viajeros; vuelvo pronto.

—Aquí espero.

Habíamos convenido de antemano Schiffi y yo en que, si por último, se me obligaba por la violencia á dejar el tren y acababan por llevarme preso, lo cual en la República Argentina es cosa muy fácil, mi amigo pondría en el correo varias cartas que había yo escrito dirigidas:

una á nuestro cónsul Chicco; otra al vicecónsul Gradara; otra al diputado y después Ministro Ceballos; otra á aquel insigne diplomático señor Calvo, primo de su homónimo Director general de Policía en la República; otra, por último, al doctor Boeri, que ya no ejerce como médico sino para los clientes gordos, comenzando por el Presidente, si se le ocurriera. Además, á mi querido amigo Marana le escribí lo siguiente: «Si soy conducido al patíbulo, envíeme usted, si puede, uno de sus tres mil carros para que retiren mis huesos, y disponga usted que sobre mi tumba no se lea más que un epitafio concebido en estos términos: *Murió víctima de la* BOLETA.» No ocultaré á ustedes que entre esas cartas había también una para mi planchadora de Buenos Aires, carta en que suplicaba á la joven que se acordase de mí y de la ropa blanca que había de darme todavía. En los instantes supremos es necesario pensar en todo.

Entretanto el tren se puso en marcha y yo continuaba esperando, pero sentado en mi coche. Este resultado era ya media victoria, tal vez la de Pirro, ó si parece á ustedes mejor la de aquel otro que fué, durante un día, dueño de las aguas. Diré ustedes, desde ahora,

para abreviar, que en cada una de las estaciones sucesivas se repitió, por parte del empleado, el estribillo de que mi billete no estaba en regla, y de mi parte la afirmación de su perfecta regularidad, y de su parte el repetir:—No puedo hacer el taladro. Y de la mía el contestar:—Tanto mejor; lo llevaré sin taladrar.

No era esto una prueba de valor heroico, pero sí de cierto valor cívico. Permítanme ustedes que pase ahora á decirles algo de las impresiones que en mi espíritu produjo esta singular línea de Córdoba que ahora recorremos.

Uno de los primeros espectáculos que llamó mi atención, y aun me dejó estupefacto, se hallaba fuera de la línea: ya había yo visto, como ustedes recordarán, algunos otros parecidos; pero no tan imponentes. Atravesaba en aquellos momentos los campos una cantidad prodigiosa de potros; dos *gauchos* caminaban á los lados y un tercero detrás.

Imaginen ustedes aquellos millares y millares de caballos, completamente libres aún, que marchando todos al mismo trote, sin que uno solo deje de marcar el mismo paso, devoran el terreno en columna cerrada.

En el ferrocarril de Córdoba se viaja más rápidamente que en los otros: entretanto, los

campos yermos desaparecen; las casitas de colonia son ya muy raras. Comienza pronto un desfilar asombroso de arbolados; primeramente indecisos, poco después robustos; entramos ya en la comarca forestal de Córdoba; el fuego de la locomotora cesa de ser alimentado con carbón; de cuando en cuando, en esta línea, á lo largo de la cual hay preparadas grandes cantidades de leñas bien dispuestas para el servicio á que se destinan, el tren se provee de combustible.

La naturaleza se transforma completamente; una hora antes veíase un terreno seco, árido, bajo el cual se ocultaba una infinidad de pozos salados; ahora, por el contrario, una naturaleza exuberante. Había yo recorrido, unos veinte años antes, y en jornadas pequeñas, muchos bosques de nuestras Calabrias, de la tierra de Labor, de los Abruzos; pues bien; aunque en terreno más llano, parecíame que me habían trasladado al territorio de Nápoles; en cada estación me apresuraba á salir del coche para contemplar mejor aquella naturaleza salvaje y variadísima. El espesísimo arbolado bajo el cual se extiende oscuridad inmensa, no lo había admirado nunca tan prodigioso como lo admiré en la provincia de Córdoba.

¡Y cómo variaba la coloración! ¡Cuánto cambiaban las gradaciones del verde, lo quebrado del terreno, las posiciones y los motivos, como diría un pintor! ¡Qué riqueza de virginidad salvaje en aquella vegetación esplendorosa! Prevalecen entre aquellos árboles las encinas negras, blancas y pálidas, todas abundantes en ese fruto azucarado que agrada lo mismo al hombre que á los ganados: miden alturas de doce y hasta de quince metros. Abundan también limoneros y naranjos: el roble secular se ofrece á la vista con robusta corpulencia. Colosales nidos penden de la mayor parte de esos árboles; los pájaros cantan y revolotean á enjambres, á nubes densísimas.

A veces la falta de poblado y de todo aquello que, en medio de tal festín de la naturaleza, recuerda el trabajo del hombre, es completa; exceptuando por supuesto aquellos eternos anuncios colocados en cuadros de metal que se hallan fijos en los postes telegráficos y que recuerdan á cada milla que *La Nación es el diario de mayor circulación en la República Argentina*. Sepan ustedes también que *La Nación* es además el periódico que ha hecho y ha deshecho á su placer una cantidad muy respetable de Ministerios argentinos. Volvamos á los bosques.

A la ausencia de toda población suceden nuevas colonias; casitas y cabañas, á veces en larguísimas hileras y alineadas con una regularidad que no se advierte en las otras colonias. Muchas de esas casitas están construídas con ladrillos, y en su construcción suele aplicarse el barro por cemento en lugar del yeso. Más frecuente es hallar cabañas labradas con paja y con juncos y más ó menos enjalbegadas con barro... ó algo peor. El techo suele ser de plantas palustres; las puertas son unas veces de caña; otras son un simple trozo de madera. En estas puertas pueden ustedes ver, siempre de pie derecho, al *gaucho*, ese jinete eterno, infatigable, consagrado á mirar la gente que va en ferrocarril, mientras su mujer ó, lo que es más frecuente, su concubina (porque el *gaucho* prefiere los amores ilegítimos), permanece sentada en el tronco formidable de un árbol, rodeada de los pequeñuelos, que la acarician amorosamente, ó bien hacen muecas al tren que pasa y que al pasar los deja cubiertos de humo.

Cerca de muchas estaciones, y conforme los campos van adelantando en el centro de la provincia, adquiere y reune todos los atractivos propios de los pueblos de veraneo ó de temporada de campo: descúbrense deliciosas colinas,

en las cuales muchos grupos de personas, no ya de la *rustica progenies*, arman jolgorios y bailoteos, de hombres y mujeres, por de contado; palacios lindísimos, preciosas posesiones adornan aquellos sitios engarzados en tan vivo y regocijado verde. Desde aquí el tren vuelve á su marcha y tornamos á lo rural, mejor dicho, á lo desierto. Muchos tipos del campo van recordando, cada vez más, aquellos indios, ya tantas veces vistos en las ciudades; ora como criados, ora como vagabundos sospechosos, ya también como vigilantes ó guardas de establecimientos, porque el indio, salvaje y civilizado, se amolda á todo, lo mismo á lo malo que á lo bueno. ¿Deberé quizá ahorrar á ustedes en esta ocasión el recuerdo del ganado muerto esparcido por el campo, recuerdo que no es posible casi separar de los ferrocarriles argentinos, que tienen siempre á uno y otro lado de sus rails carne en putrefacción ú osamentas secas? Aun desde ese punto de vista, la línea de Córdoba presenta algunas variaciones. No se ve por aquí el caballo medio desollado, la vaca ya consumida, la oveja ó la cabra abandonada en mal hora con piel y todo y que se presentan á nuestra vista con aspecto repugnante. En estas regiones se hallan con igual frecuencia víctimas;

pero casi todas están ya convertidas en esqueletos. Pregunté la causa de esto y se me contestó que en aquellos sitios abunda más que en otros una especie de aves que se alimentan de carne muerta. De cuernos, y más cuernos de las cabezas de ganado vacuno, hay en la línea de Córdoba tal abundancia, que no he visto nunca, ni veré seguramente tantos cuernos, aunque fuese á viajar por el infierno con el desdichado Orfeo.

¿Por qué tal desprecio y tal abandono á los cuernos? ¿No se les podría dar aplicación mas útil que dejarlos abandonados á lo largo de los rails? Ya comprendo que quizá, y aun sin quizá, estos adornos del cráneo acabarán por ser recogidos y utilizados. ¿Pero quién ha visto nunca en la República Argentina un industrial que se haya hecho millonario traficando en cuerno? ¿Quién ha visto un industrial que haya establecido en la Argentina trabajos estimables en esa especialidad, dignos de un país que tanto cuerno produce? Comprendo que la industria, dígase lo que se quiera, aún está en la infancia en aquel país... ¿Pero por qué descuidar este negocio de los cuernos?

Dejo los cuernos, pero quiero hablar todavía de los animales que los llevan. Nunca olvidaré

el espectáculo que para los viajeros del tren presentaba en el bosque del territorio de Córdoba la reunión de campesinos alegres en rededor de una gran hoguera que era después el fuego del *asado*. Suele decirse que los héroes de Homero fueron tan formidables, que, para ellos, emprenderla á bocados con el muslo de un buey, era poco más ó menos lo mismo que para mí y para ustedes masticar el ala de un pichón. Aquel espectáculo del *asado* en el campo me parecía algo homérico: aquellos enormes trozos de vaca clavados en los chuzos de hierro para asarse en torno de un fuego infernal, nada dejaba apetecer para completar la obra sino que los comensales comenzasen á mordiscos con aquellos cuartos de buey.

En una estación en la cual el tren se detiene más tiempo para que los viajeros puedan distraerse, un compañero de vagón con quien conversé durante el viaje y que bajó, invitóme con insistencia á que aprovechase aquellos treinta minutos de parada para visitar su casa, que, como es natural, dijo que era la mía, y á su familia. Accedo, y á muy pocos pasos de la estación me encuentro en una de esas casas modestamente limpias en que se respira atmósfera patriarcal. Conozco á la hermosa mujer de

mi nuevo amigo de ocasión, á sus hijas, aún más hermosas, á un chico, y además á la criada, que es negra.

Paso á conocer inmediatamente una bebida, que de nombre conocerán todos ustedes, porque no existe libro alguno sobre el Sur de América en que no se hable de ella, es á saber: el *mate*. No me había yo decidido á probarle hasta entonces; pero en esta ocasión hube de ceder á la cortés insistencia con que me era ofrecido. El *mate* es una infusión de hojas de cierta planta, muy hervidas, y que se compone en el hueco de una calabaza. Se adhiere á ésta un tubo de plata y por ese tubo se hace la succión. El sabor es un poco amargo, pero acostumbrándose á gustarle, debe de parecer dulce. Entretanto es digno de notarse el hecho de que el tubito de plata pasa de boca en boca. Al principio no me decidía, pero pensando que las dos hijas que ya habían chupado tenían una boquita dulcísima, condescendí, chupé el *mate*, di las gracias, torné al tren.

A medida que nos aproximábamos á Córdoba, iba preparándose á nuestra vista el espectáculo más imponente que aquella línea puede ofrecer al viajero; la larguísima extensión de las cordilleras; la mayor cadena de montañas

del Sud-América. Si estas vistas de alturas entrelazadas resultan siempre imponentes, calcúlese cuánto más resultarán para el viajero que llegado á Montevideo y después de ver aquel escrúpulo de monte por encima de la ciudad (que, á lo que cuenta la tradición hizo un tiempo exclamar al marinero de una nave portuguesa llegada, después de muchas incertidumbres, á aquella rada: *Monte vid eo)*; después de ver todo aquello, repito, y aun cuando siguiendo río arriba desembarque en la República Argentina y se interne en la provincia, no verá nunca montañas hasta que llegue cerca de Córdoba.

Solemos quejarnos los naturales de Liguria, habituados á nuestros eternos ferrocarriles llenos de túneles, de que las montañas cansan. ¿Y la llanura? La llanura eterna, y sobre todo la interminable llanura de la Pampa, ¿no cansa de la misma manera? Es curioso ciertamente observar cómo apareciendo de tan majestuoso aspecto las cordilleras en ciertos y determinados puntos de la línea de Córdoba, á medida que el ferrocarril baja hacia la población, ese imponente aspecto va perdiendo en grandeza, siendo así que lo natural era creer que se nos aparecería cada vez más majestuoso. Consiste eso en que desde Córdoba falta muchísimo todavía para

llegar á la cordillera, esa muralla gigantesca que separa de Chile á la República Argentina; desde los puntos más elevados del ferrocarril de Córdoba, es dado contemplar por algunos momentos en lontananza aquel magnífico conjunto, que ciertamente tiene muy pocos parecidos en ninguna otra cadena de montañas.

Aproximándonos á la ciudad veíamos más á menudo colonias propiamente dichas. Algunas de éstas llegaron á tal grado de prosperidad y el precio de los terrenos cultivables subió á tal altura, que vale la pena de que fijen ustedes su atención en el caso siguiente:

En el año 1883, en la colonia *Sunchales*, una legua de terreno se vendía en 15.000 francos (ó precio equivalente á esa cantidad); en 1888, el valor del mismo terreno había subido á 400.000 francos.

Tengo, entretanto, el gusto de decir á ustedes, que á las ocho de la noche próximamente, después de haber pasado por frondosísimos y extensos bosques, después de tanta naturaleza áspera y hermosa, en pos de tan variadas y sorprendentes vistas y sin incidente alguno desagradable, leímos, finalmente, el suspirado letrero: *Ciudad de Córdoba.*

El de la *boleta* se me presentó otra vez para

recogerla, y cuando estuvo cerca de mí, comenzó á mirarme como quien pregunta:

—¿Cómo terminamos esto?

Estaba yo, con mi billete (ó llámese *boleta*) en la mano, muy dispuesto á entregarlo; el ánimo de mi empleado pareció un momento indeciso entre el sí y el no; después tendió la mano hacia el billete.

—¡Ah! le dije. ¿Lo recoge usted sin taladros?

El otro no me respondió, pero recogió el billete.

—Más vale así, pensé; siempre es preferible quedarse sin *boleta*.

CAPÍTULO XLIX

Córdoba, la Roma americana.—La Catedral.—Los grandes hombres de la República Argentina.—Hallazgos patéticos.—La patria del Presidente Juárez-Celman y su grandiosa plaza-monumento.—El Teatro Nuevo.

No lo juzguen ustedes una ampulosidad vana: designo á esta Córdoba Sud Americana con el nombre de la gran capital del paganismo y después del catolicismo, porque después de Roma no me había sucedido visitar una capital

tan característicamente católica, si á juzgar vamos por la gran cantidad de templos grandes, hermosos, notables, y por el número de conventos anexos y los correspondientes frailes y monjas que por las calles transitan. Al apearme del tren, comienzo á ver desde lo alto de la estación hacia abajo, rodeada por cerrillos y colinas, la ciudad de Córdoba, en el centro de cuyo casco álzanse cúpulas, basílicas, campanarios y obeliscos con profusión tal, que verdaderamente asombra al que no está preparado para tanto.

¡Oh, sí! Córdoba es una ciudad archicristianísima, aunque muchos de sus habitantes aseguran que es necesario no tomar como moneda corriente en la actualidad tantas iglesias y tantos campanarios, sino como señales de tiempos que fueron.

Esto no obstante, los presbíteros, las monjas y los frailes, no pululan hoy á millares por las calles como cosa de broma, y es fama además que todo lo pueden; porque ellos no han escogido por equivocación, ó por juego, la ciudad de Córdoba como ciudadela de su poderío en el Sur de América.

Dice la fama—y algún hecho parece corroborar lo que la fama dice—que el Gobierno, en

tiempo de elecciones, y en general siempre y en todo lo relativo al orden y á las instituciones públicas, se ve obligado allí á pactar, ante todo, inteligencias con las sacristías; necesidad que seguramente no tienen en ninguna otra parte de la República Argentina, donde, en cuanto á escrúpulos ortodoxos, suelen pararse poco. Sea de esto lo que fuere, allá ellos; no he de salpimentar el asunto.

Bajamos Schiffi y yo hacia el centro de la ciudad, que desde las primeras calles y desde las primeras plazas comenzamos á juzgar como la menos monótona de cuantas habíamos visto en esta parte de América. En esta ciudad el centro se halla, como en nuestras principales ciudades de Italia, en la plaza del Duomo.

Esta catedral majestuosa, en extremo complicada en su parte exterior por su arquitectura multiforme, recuerda el tipo bizantino, y en su conjunto la arquitectura romana de 1400, si bien, en sus variadas secciones, no puede afirmarse que represente una especie de transacción entre la arquitectura románica y el sistema de arco agudo, que en esta catedral está discretamente indicado. El conjunto es, por último, un monumento que delata las varias épocas en que ha sido hecho y rehecho: resulta imponente.

La importancia de esta catedral, con su grande y variado lujo arquitectónico exterior—del interior hablaré á ustedes luego—no impide que cuatro pasos más allá, no exagero, precisamente cuatro pasos más adelante, esto es, al principio del cuadro lateral opuesto, se halle otra iglesia de importancia: si continúan ustedes por la misma calle adelante, hallarán otras casas de Dios; si tornan á la plaza y penetran por calles distintas, verán más iglesias; si se internan ustedes en otras calles que también desembocan en la plaza, y en las que á su vez desembocan en éstas, tropezarán ustedes con más iglesias, y siempre lo mismo. Hasta en la hora, ya nocturna, de nuestra llegada á la estación, al pasar por delante de estas iglesias pudimos notar en sus porches—y casi todas los tienen al modo de las basílicas de Roma—un hormiguear de curas, de frailes y de monjas; un constante formarse reuniones y corrillos de santurronas. Entraban unos, salían otros, algunos se paraban, ya dentro del átrio, ya fuera, en tanto que las campanas lanzaban sus notas, sonoras y graves unas, más profundas otras y alegres á lo lejos. También para nuestro uso y consumo, mientras atravesábamos la plaza para llegar á una fonda próxima al Duomo, alguna beata murmura á nues-

tros oídos, sin duda de parte de Dios: *Buenas noches*.

Aunque el tipo de la ciudad se nos presentaba, hasta por las alturitas que la rodean, muy diferente de las otras poblaciones de la República Argentina (ya lo he dicho á ustedes: Rosario me produjo desde un principio el efecto de una Buenos Aires dentro de la otra, y Santa Fe el de un trozo de Rosario), comenzamos á reconocer en las plazas y en las calles la repetición de los usuales nombres de todas las calles de las otras ciudades, exceptuando *La Plata*.

También encontramos aquí los acostumbrados nombres de los héroes de la revolución. Aquí existe, por ejemplo, el general Belgrano, del cual, viendo tantos monumentos erigidos en memoria suya y hallándolo tan honrado en calles, plazas y hasta pueblos designados con su nombre, pensé que sería un verdadero Garibaldi de la América del Sur. Leyendo, sin embargo, la historia argentina, vi que dicho General—que fué realmente valeroso y mereció bien de su patria—riñó, como jefe, tantas batallas, que si las hubiese reñido en nuestro país, le habrían llamado gallo de pelea.

En Córdoba, si se exceptúa el Presidente y conciudadano (con respecto al cual no es fácil

presumir adónde llegarán la *monumentomanía* y las dedicatorias de sitios públicos por parte de sus paisanos), el grande hombre á quien mejor tratan es al general Paz.

Tiene el General una hermosa plaza de formas regulares, en la que se descubren (después de atravesar el grandioso puente con pretil de balcones á *Río Primero*, una especie de Sena reducido para Córdoba, que en cierto sitio—y uno de ellos precisamente el pasaje para llegar á la plaza del general Paz)—golpes de vista verdaderamente artísticos, grandiosos y dignos de ser fotografiados. En medio de la misma plaza se ha erigido al general Paz un monumento digno de atención, en el que existe una gran estatua de bronce. La inscripción hace recordar que el monumento fué levantado á expensas de la juventud de Buenos Aires y de los estudiantes de Córdoba.

Aquí nos encontramos siempre y en todas partes con el mismo General; su nombre tiene una calle, en medio de la cual visité la importante iglesia de la Piedad, edificada en 1860; existen además dedicados á su memoria no sé cuántos institutos públicos, cafés, fondas, posadas, incluso el establecimiento en que fuímos á parar Schiffi y yo con armas y bagajes. Como

si fuera poco todo esto, hay, por último, hasta un barrio del general Paz, en cuyo extenso contorno están incluídos, á más de gran número de iglesias, conventos vastísimos; en uno de ellos, y so pretexto de tocar un poco el órgano, mantuve una larga conversación con un fraile acerca de la supresión de las órdenes monásticas en Italia.

Otro grande hombre, que no puede quejarse de la República Argentina, es el general San Martín; éste ha dado también con su nombre títulos á varias casas... pero no á iglesias. La calle que lleva el nombre de este General sería indudablemente de las principales y se vería dotada, lo mismo que sus hermanas las otras calles céntricas, de tiendas magníficas y hermosas; pero las aceras se hallan á tal altura, con respecto al nivel de la calle, que si mi compañero Schiffi no hubiera estado listo en cogerme del brazo, mientras contemplaba yo muy admirado la muestra del *Almacén del pobre Diablo*, habría yo dado una caída peligrosa y me hubiera roto seguramente la crisma.

Quien se propone visitar una ciudad del todo nueva para él, comienza ciertamente del mejor modo posible estudiando el interior de la catedral. Eso hicimos también nosotros. Después

de contemplar la grandiosa fachada, el hermoso vestíbulo y las cuatro grandes estatuas de bronce que la adornan, además de la riquísima verja de hierro que la rodea, penetramos en el templo muy apercibidos para lanzar un *¡Ooh!* de asombro, después de haber admirado aquella esplendorosa arquitectura del exterior.

Declaro francamente que no lancé el *¡ooh!*, y que si bien el interior del templo, con sus tres naves, tiene indudablemente importancia, lo encontré muy inferior á lo que la llamativa magnificencia exterior prometía. Dije además para mi capote:

—¿Para qué tan caprichosos adornos en el exterior, si después, una vez dentro, hemos de ver un pavimento de tres al cuarto, y levantando los ojos a la bóveda, se echa de ver en seguida—¡y con qué evidencia!—que aquellos relieves no son verdaderos, sino pintados, y muy pintados; si dirigiendo las miradas hacia el altar mayor, nada hay que ver en él sino su magnífica águila dorada, fabricada con hierro, aquí donde la plata, ya que no el buen gusto, abunda extraordinaria y profusamente; si las paredes están completamente destruídas; si en los altares secundarios se advierte, antes que ninguna otra cosa, la fealdad de los cuadros y la inge-

nuidad de los simbalismos con una impertinencia nunca vista de formas y colores y alegorías?

La iglesia metropolitana, como todas las demás de Córdoba, tiene gran abundancia de santitos y de mártires labrados en madera, y unos pretenden aparecer desollados, otros en éxtasis, y otros, en fin, mostrando las llagas. Ahora calculen ustedes qué efecto producirán en un genovés tales caricaturas, si ese genovés recuerda, aunque sea involuntariamente, las obras maestras del pobre Maragliano, de quien conservan bellísimas memorias tantas de nuestras iglesias.

En Córdoba, así dentro como fuera de los templos, noté una cosa extraña, que al pronto me pareció muy curiosa: Vi mujeres, aun de las principales clases, que hasta vistiendo traje de pobres, llevaban en ellos signos indudablemente frailunos. Explicáronme que se trata de penitencias especiales, así como de actos de particularísima deferencia de aquellas señoras con respecto á sus confesores.

Después de haber visitado á derecha y á izquierda toda la ciudad, entramos en uno de los cafés principales.

Cuando se me presentó el mozo para preguntarme lo que se me ofrecía, lancé otro de aquellos *¡ooh!* de asombro, de los cuales, para

mi viaje á América, había hecho yo buen acopio. ¿Adivinan ustedes quién era el camarero? El lector inteligente lo ha adivinado ya; era Pablo, que después de mis confidencias se había apresurado á mudar de residencia y de establecimiento.

—¿Ha encontrado usted á su adorada? le pregunté.

—¡Oh! respondió Pablo. No es eso tan fácil, porque un convento no es una plaza. Pero tales esfuerzos he realizado, que ya sé cuál es el convento en que se halla mi Luisa. Aquí está todo en poder del clero; especialmente la instrucción. Luisa, como usted sabe, hizo en Italia los estudios para la carrera de maestra; es muy inteligente, y vino aquí agregada como auxiliar de una escuela, en la cual tienen privilegio de enseñanza las monjas de su convento. Esta escuela, que es también muy frecuentada por hijos de italianos, dista algunos metros del convento. Luisa sale de allí, á horas determinadas, todos los días menos los festivos.

—Comprendo, feliz enamorado, dije al oir tal revelación: de esa manera consigue usted ver á su Luisa cuantas veces quiere.

—Verla... y nada más. He tenido una suerte...

—Sepamos qué suerte ha sido esa.

—La familia en cuya casa tengo alquilado un cuarto, envía una muchacha á la escuela en que Luisa es maestra.

—¡Ah, picarón! interrumpí.

—Espero, replicó el mozo poniéndose muy serio, que no llevará usted muy lejos las suposiciones. Por muchas y muy amargas que hayan sido mis vicisitudes, mi amor se conserva siempre tan noble como al principio era. Para mí es bastante que la niña á quien veo diariamente en la casa en que habito, me hable de su buena y excelente maestra; y en esto nada hay de malo.

—Absolutamente nada. Es una satisfacción platónica.

—Confío en que todo esto concluirá bien.

—Y del tío de usted, ¿no hay noticia?

—Vive..., pero sigue siendo egoísta. Me escribió, no obstante, una vez para decirme que, informado de mi deplorable situación, se hallaba dispuesto á olvidarlo todo, siempre que yo, sin pensar más en mi locura, tornase á la patria. Yo le contesté manifestándole mi sentimiento de que, al cabo de tantos años, no hubiera aprendido á conocerme. Conviene advertir que en esa carta, en la cual me invitaba á regresar á Europa, decía también que no per-

donaría nunca las ofensas de su ex jardinero.

Como es natural, estas confidenciales expansiones del falso camarero eran frecuentemente interrumpidas por las llamadas de los parroquianos. Por lo que respecta á Schiffi, después de haber saboreado su café, como me viese completamente distraído en escuchar lo que aquel extraño camarero me decía, habíase ido á las oficinas de telégrafos. Poco tiempo después dejé yo también el establecimiento y tomé un carruaje. Supliqué al cochero que me llevase allí donde pudieran verse cosas nuevas...; pero evitando volver al Duomo y á su plaza.

—Querrá usted ver, me dijo, la iglesia...

—De iglesias, le interrumpí, me doy por satisfecho... Al pasar por unas calles y por otras, si encontramos algunas buenas fachadas de templo me detendré de muy buena gana un par de minutos, nada más, para contemplarlas. Pero ahora, siquiera por cambiar, preferiría ver algún teatro, si lo hay que merezca la pena.

—En el Teatro Principal, respondió el distinguido cochero, es donde se dan las representaciones de ópera italiana; pero ahora está cerrado. En el exterior nada tiene de notable...

—Renunciemos, pues, á ver teatros.

—¡Oh, eso no! replicó el auriga con cierto

orgullo: tenemos en Córdoba un teatro que es un verdadero monumento... Todavía está en construcción—aunque á punto de terminarse—una fachada como ésta no la tienen ni los teatros de Buenos Aires, ni los de otras muchas ciudades. Voy á llevar á usted, sin más discusión, á la calle de los Representantes, donde se halla el magnífico teatro denominado Juárez-Celman.

El cochero tenía razón. Hay en aquella fachada, si no precisamente una grandeza monumental (en este concepto aténgome á mi *Carlo Felice* de Génova y no busco más); hay, digo, en la fachada principal del teatro nuevo de Córdoba admirable buen gusto pompeyano. La columnata esbelta, graciosa, ligera... (y la denomino así por la sencillísima razón de que no es pesada) sustenta una elegantísima galería que es la cosa más teatral que puede imaginarse; en el sentido recto de cosa que sirve de adorno á un teatro. ¡Qué diablo! ¡Hay tantas iglesias que parecen teatros, y viceversa! El frontis de la parte central lo forma un hermoso bajo-relieve; algunas estatuas adornan tan hermosa fachada. La escalera principal es cómoda y relativamente grandiosa, y debe de ofrecer un hermoso golpe de vista, máxime á la terminación de un

espectáculo en que se haya reunido público numeroso, con buen contingente de damas elegantes.

Además del hermoso teatro, es ocioso decir á ustedes que Córdoba tiene, entre otras cosas espléndidas, el Banco de la Provincia: grandioso, tanto en la fachada, en que hay mucho de teatro y mucho de establecimiento bancario, cuanto en la comodidad y magnificencia interiores. Es de construcción reciente, y fueron autores del proyecto (como lo fueron para el del teatro) los ingenieros Tamburini y De Franceschi, en colaboración con el ingeniero Roccioni. Durante el paseo en carruaje continué viendo, por un buen rato, por acá, por allá y por todas partes, hermosas fachadas de iglesias.

Muchos de estos templos, tales como la Concepción, San Justo y algunos otros, se hallaban en obras de restauración, y no se trataba, por cierto, de gastos insignificantes en los trabajos; *La Concepción*, por ejemplo, se restaura con tal lujo de dorados, que seguramente la cuenta de los gastos ha de ser espantosa...; pero tratándose de casa de Dios, no es cosa de escatimar el dispendio. Otras iglesias, importantes también, que á la sazón no se restauraban, tienen inscripciones en mármoles que recuer-

dan las fechas recientes de las restauraciones y mejoramientos llevados á cabo. No olvidaré cómo, habiendo surgido en mi ánimo la inspiración divina de entrar en el templo de la Merced, cuyo pavimento se hallaba formado por ladrillos, me horroricé viendo en un altar la monstruosidad terrible de un San Crisóstomo colorado: después he soñado con él en varias de mis noches más agitadas.

La abundancia excesiva de iglesias, entre bellas y bellísimas, feas y aun grotescas, en esta dichosa ciudad de Córdoba, no empece para que se haya pensado en otras cosas á fin de darle variedad y hermosura. Ya he dicho á ustedes algo del Teatro Nuevo—del Viejo hablaré en otra ocasión.—Ahora quiero decir dos palabras de cierta plaza, que es por sí sola un monumento.

La plaza de Juárez Celman *(ab Jove... principium)*... la plaza de Juárez Celmán tiene el carácter esencial de un monumento consagrado á... un vivo; se parece en el conjunto á la plaza Navona de Roma; muy revisada y corregida por supuesto, inclusa una fuente que podría, aunque muy de lejos, semejarse á la de Bernini. Figúrense ustedes, sin embargo, en esta gran plaza, un grandioso y elevado espacio central, en forma elíptica, rodeando la parte que po

dríamos decir monumental, en que hay tal derroche de obras, que bastarían para labrar un arsenal imponente. Aquí verán ustedes alzarse una selva de candelabros altísimos, de estatuítas, de asientos artísticos, de bagatelas de formas variadas, que dan al curioso completa idea del lujo monumental en la *plaza pública*, tal cual lo concibió el artista que imaginó el monumento. El artista imaginó, de seguro, en un momento de arrebato lírico, cuando se decretó que esta plaza fuese consagrada á honrar el nombre del actual presidente de la República, que Juárez Celman era el verdadero hombre de la Providencia para la América del Sur; un inmortal cuyo nombre debía servir de lema á su siglo. Es verdad que si los admiradores conciudadanos de Juárez Celman, el oscuro abogado, procurador cordobés pocos años ha, se hubieran decidido, estimulados por su entusiasmo, hasta elevar al vivo un monumento de una pieza sola, habríase corrido el riesgo de que, en las sucesivas vicisitudes económicas de la República, tocase á la estatua del vivo la suerte misma que tocó, por ejemplo, en Génova, en las postrimerías del siglo pasado, á la estatua, por no decir otra cosa, del padre de la patria Andrés Doria, el cual ¡pobrecillo! al cabo de muy cerca de dos

siglos de estar muerto, podía esperar que las iras de los partidos políticos respetarían su imagen. Y no obstante, pusiéronle una cuerda al cuello y le tumbaron en tierra.

Al Presidente vivo fuéle dedicada esta plaza; y ciertamente, cualesquiera que sean las alternativas y las variaciones de la República, y aunque las iras de partido ó las sugestiones del arrepentimiento puedan llegar hasta Córdoba, se pensará mucho antes de estropear aquella plaza-monumento. A todo tirar, y poniéndome en lo más desfavorable, la desbautizarán.

Aparte de esto, en Córdoba el Presidente paisano es muy querido. Y ya que hablo á ustedes de cuestiones de campanario, debo agregar á lo dicho que existe, desde hace mucho tiempo, un verdadero empeño entre las catorce provincias argentinas, menos una, la de Buenos Aires (y se comprende), de elevar á la Presidencia á un hombre que precisamente no sea de esta última provincia. Ya corresponderá á Córdoba, ya á Santa Fe, ya á Entre-Ríos, á todas, en fin, menos á la provincia de la capital. Desde hace cinco lustros se ha conseguido sacar triunfante este propósito, en odio á la capital *(in odium capitalis)*.

Realmente se ve casi por todo el mundo, en

la índole fraternal de las regiones, esta manera de quererse. ¡Guárdense ustedes, por ejemplo, en Barcelona, de considerar como español á quien cifra todo su orgullo en no ser otra cosa que catalán neto y puro, y guárdense de hablar demasiado bien de Madrid, de sus monumentos, de sus plazas y de sus habitantes, en Cataluña! (1).

Volvamos á las plazas de Córdoba. Hay una, la del Veintisiete de Abril, que parece una lindísima bombonera. En el centro se ve un lago, que juzgarían ustedes de agua azucarada. Dentro del lago se agitan barquitos y lanchas, que parecerían á ustedes figuritas de alcorza, ú objetos de mazapán, de chocolate, con azúcar y canela. En medio se distingue un hermoso templete griego, en cuyo interior se filtran figuras plásticamente eróticas. En todo el contorno del lago existe una hermosa verja, de labor delicadísima. Hay además hermosísimos árboles y,

(1) Esta afirmación, en cuyo fondo pudo haber alguna exactitud hace muchos años, resulta hoy bastante exagerada. Los odios antiguos entre castellanos y catalanes, odios que, por causas cuyo estudio no es de este lugar, llegaron á enconarse horriblemente, tienden á desaparecer, y hoy son en realidad cordialísimas las relaciones entre ambas comarcas.—*(N. del T.)*

sobre todo, plátanos soberbios, que forman á modo de un ceñidor verde, que encanta. El límite del lago se determina por elegantes palacios que, dada su poética situación, convidan á pasar allí una larga luna de miel. En aquellos países, cuando quieren, tienen muy buen gusto. Los hipócritas del italianismo se apresurarán á decir que, en todo caso, hemos sido nosotros los que hemos llevado ese buen gusto entre aquellos bárbaros.

Pero basta ya de hermosas y artísticas plazas, En la ciudad natal del señor Presidente, donde, en la época de mi viaje, desempeñaba el cargo de gobernador el hermano del Presidente mismo, había gran bullicio de fiestas con motivo de su elección; fiestas que amenazaban durar una cuaresma; como que fueron principalmente apoyadas por el clero.

Existe allí, á más de éstas, la plaza de Velez Sarsfield, que es toda un jardín de fragancia, de ornamento, de variedad. Hay también el mercado del *Noster*, que, si á ustedes agrada, pueden también nombrar *plaza*, y no pequeña. El tal mercado es espacioso y, en lo que á su aspecto mercantil respecta, útil, cómodo y ordenado.

Las tiendas de Córdoba rivalizan, en algunas

calles céntricas, en cuanto á belleza y ostentación, con las de Buenos Aires, que á lo sumo las superan en las muestras, por cierta ampulosidad de lo en ellas escrito.

Existe, por ejemplo, una librería en cuya muestra se ve escrito, en caracteres de gran tamaño: MARAVILLA LITERARIA. Y como no cabe dudar que mi libro resultará una maravilla... de ese género, ruego al editor que le procure un lugarcillo en el apetitoso escaparate de aquella librería. Vi también, y también llamaron mi atención, un *Almacén maravilloso*, un *Almacén de música y pianos de todo el mundo*... y así hasta parar en el consabido *Almacén del pobre Diablo*.

El palacio del Gobierno, el del Municipio, las escuelas, son otros tantos locales dignos de una población en que la elegancia no se eche de menos; algunas fondas son diez veces dignas de la capital por el lujo... y también por los precios.

CAPÍTULO L

La encantadora de serpientes.

Cuando me hube despedido de Schiffi, que había de proseguir el viaje hacia sus posesiones del Tucumán, pregunté al buen Pablo, á quien

visitaba yo con frecuencia en su café, qué otras cosas notables había que ver dentro y fuera de Córdoba.

—Fuera de Córdoba, me dijo el mozo provisional, debería usted ver, como cosa curiosa, la encantadora de las serpientes.

Se trataba de una hermosa joven que, en una barraca situada fuera de la ciudad, exhibía, en forma de espectáculo, además de su propia persona, algunas serpientes, las cuales se mostraban tan penetradas de la belleza de aquella joven, que se dejaban torcer y retorcer por sus diminutas manos, como si fuesen cosas de juguete.

—¡Bah! Una superchería, como tantas otras, dije.

—Pero esa muchacha, contestó Pablo, además de hechizar á las serpientes, ha hechizado también á varios jóvenes.

Dirigíme, en consecuencia, á las afueras de la ciudad. En Córdoba, los límites de la parte urbanizada aparecen señalados por montecillos, colinas estériles y cerrillos más ó menos solitarios, parte de los cuales van lentamente desapareciendo á medida que se ensancha la ciudad con aquellas hermosas calles de circunvalación que son ahora la gran moda en el mundo.

Lo mismo al Este que al Oeste de la ciudad

del señor ex-Presidente, se halla—muy pocos minutos después de haber contemplado las fastuosas mansiones, los templos monumentales, las elegantísimas posesiones—tal amontonamiento de cabañas, barracas, casuchas, de techo de paja las unas, de junco y tierra las otras, que no sería posible encontrar colección peor en un poblachón ó lugarejo de ningún país. Se llega además, y esto sucede también á las puertas de casi todas las grandes poblaciones del nuevo y del viejo mundo, á una molesta variedad de barracas destinadas á juegos y á espectáculos, en las cuales, aun visitándolas cien veces, se encuentra en la centésima visita algo nuevo que ver, si bien no siempre bello.

Entre estos hallazgos, y funcionando casi á todas horas, surgen aquellas *montañas rusas*, que constituyen otro de los modos indispensables de pasar el tiempo.

Ya tendrán ustedes algunas noticias de este armatoste: por planos inclinados, de zig-zags muy caprichosos, descienden, con violencia cada vez mayor, carricoches, en los que pueden tomar asiento las personas que no sean demasiado cobardes ante el peligro de romperse la crisma. Las emociones no faltan; el sudor es seguro; la respiración llega á faltar en algunos momen-

tos; en cierto día de los que pasé en Buenos Aires, faltó definitivamente á varios jovencillos, cuyo carricoche volcó desgraciadamente. Dos fallecieron del golpe, quedando los demás heridos más ó menos gravemente.

En los característicos alrededores de Córdoba verán ustedes además, entre una montaña, más ó menos rusa, y otra, sitios donde tirar al blanco, flautistas ambulantes, monos sabios, teatrillos Guignol y cafés, con ó sin música.

Después de dar muchas vueltas y de preguntar muchas veces, logré hallarme en la mansión de los hechizos. Sentíase en las inmediaciones un tufo que, para hablar con franqueza, me *hechizaba en contra*. No escaseaba la concurrencia; y un charlatán, colocado muy visiblemente en una especie de tribuna, gritaba en español bárbaro: «Vengan todos á ver á la hermosa hechicera, la rubia Eva, que con la fascinación de su mirada hechiza á la terrible serpiente de los bosques; la cual, libre de su prisión, estaría dispuesta á herir con su lengua venenosa al primero que hallase, y al ver á la hermosísima Eva permanece admirada de su belleza, le presta homenaje y acaba por dejarse manejar dócilmente.»

Sin escuchar toda la peroración de aquel pre-

gonero, penetré en el recinto encantado. No reseñaré á ustedes los espectáculos de introducción, inclusos los bailes de monos, para llegar pronto á lo importante.

Uno, dos, tres golpes; después una música, tal vez patética, pero de cuando en cuando algo desentonada, de flautines y clarinetes, colocados, á lo que podía colegirse, debajo del escenario. Todas las miradas se dirigen á los bastidores de la derecha, adonde se ha dirigido el foco de luz eléctrica: aparece, por fin, acogida por formidables aplausos, una mujer hermosísima, que adelanta con lentitud, envuelta en un gran manto de reina, y que se yergue con una diadema de piedras preciosas muy falsas, con la cual adorna la rubia cabellera que lleva, no tendida hasta la espalda, sino en trenzas, que le forman bello grupo sobre la nuca.

La bella se detiene próximamente en el centro del escenario; después, abriendo un poco su manto regio, extiende un brazo preciosamente torneado, mientras empuña una varita que figura ser mágica.

Desde la izquierda de los bastidores se oyen partir silbidos que quieren remedar una manifestación de las serpientes, pero que á mí me parecieron toscamente imitados. Después, de una

roca de cartón, que desde los mismos bastidores ha sido impulsada hacia adelante, levanta su cabeza una serpiente de gran tamaño y que nada tiene de falsa.

Lo que debía de ser falso necesariamente era los movimientos que, al extenderse aquella varita mágica, hacía una parte de la serpiente, casi á la altura de la hermosa maga, en tanto que el resto del cuerpo vibraba rápidamente, produciendo espantosas espirales. La cabeza del animal, que tenía fuera gran parte de la lengua, habría de estar sin duda ingeniosamente encomendada á una cuerdecilla, quizá metálica, que hacía bajar ó levantarse más ó menos al reptil, según las exigencias de la magia.

Entretanto, aquel levantarse de la serpiente iba acompañado, por la otra parte, con el más llamativo encanto.

Caía el manto de la bella hada y aquel manto desaparecía por los bastidores de la derecha. Con esto se ostentaba, en casi toda la admirable belleza de sus formas, la hermosísima encantadora. Digo casi toda, porque el blanquísimo seno salía con admirables ondulaciones fuera de una camiseta de seda rosa; camiseta que iba á perderse en el calzón muy corto de raso azul celeste. Veíanse además á la hermosa hada las

piernas maravillosamente torneadas y de una corrección indecible; terminadas, después de una procaz amplitud, en un adorno que embellecía más todavía el diminuto pie contenido en las botitas de raso encarnado.

Y sin embargo, en los movimientos de aquella mujer admirable había algo de embarazoso.

Apoderábase de todos los espectadores una admiración ardiente al fijar la vista en aquella exquisita belleza; y aún más que al fijarla en una y en otra parte, al recorrer una por una todas las bellezas de la persona. De la serpiente, que permanecía con la boca abierta esperando la orden, no se cuidaba nadie; porque los encantados por la hada éramos todos. Después el animal desapareció; pero la hechicera quedó allí, y al concluir aquella primera parte del encanto se escuchó un aplauso estrepitoso, que duró bastantes minutos.

Muchas veces se vió precisada la encantadora á presentarse al público, mostrándole la mejor de sus sonrisas, y con ella dos filas de dientes hechos á propósito para descubrirse en las grandes ocasiones; parecióme entonces que reconocía yo aquel rostro.

—¿Le habré visto en algún otro espectáculo? pensé primeramente.

Pero en este concepto no conseguí hacer memoria. Parecíame, además, que mi conocimiento con aquella prodigiosa criatura era de fecha muy reciente; que yo, más que haber sido su admirador mudo, la había hablado alguna vez; que, en circunstancias memorables, había yo tenido conocimiento menos... coreográfico con aquella muchacha.

Mientras la preciosa chica, llamada y vuelta á llamar al proscenio, se volvía, con gesto bastante desdeñoso, á un espectador próximo á mi y que ocupaba uno de los primeros asientos, que le había dirigido una flor más desnuda que ella, reconocí, casi sin duda alguna, á la hermosa muchacha de la fonda del Rosario; y por la natural asociación de las ideas, recordé la mala disculpa del vendedor de aquella desgraciada, cuando dijo que entendía labrar su fortuna encaminándola hacia el arte. ¡Este era el arte!

Aquello podía de todos modos ser solamente una semejanza; con tanta más razón, cuanto más cierto es que todas las rubias hermosas se parecen un poco, cuando caten ustedes que para confirmar mi creencia aparece en el escenario aquel mejicano á quien vi ultimar el negocio en la fonda; uno de aquellos tipos que, vistos una vez, no se olvidan nunca. El mejicano tomó

para sí una parte de aquellos aplausos y anunció cómo la encantadora, después de haber hechizado á la serpiente que, según el mejicano decía, con aquel levantar continuo de cabeza trataba de hacer á la hada un sinfín de cortesías, iba á dar principio el acto de juguetear con otras serpientes.

Dicho y hecho; al mismo tiempo en que el mejicano decía estas cosas, dos criados habían llevado al escenario un cajón; el mejicano, después de quitar algunas cubiertas, invitó á la hermosa á que sacase de la caja uno de aquellos animalitos. Vimos entonces la delicada mano de la hada sujetar un poco más abajo de la cabeza, y como á cosa de la mitad, á unas serpientes, no sin que se echase de ver el estremecimiento que le producía lo que estaba haciendo. Preciso es advertir, sin embargo, que aquellas serpientes, por decirlo así, más manejables, no tenían, ni con mucho, la vitalidad de la primera; movíanse lo necesario para que se conociese que no eran de cartón piedra; pero eran serpientes, por lo menos, algo atontadas.

Esta segunda parte, como se redujo á sacar cuatro serpientes para repetir con todas ellas las misma cosas, acabó por resultar algo fastidiosa, aunque siempre se admiraba á la hermo-

sa hada. Pensé, entretanto, y á fuer de buen impresionista, atenuar aquel fastidio requiriendo mi álbum, en el cual—¡que la sombra de Rafael me lo perdone!—he ido reuniendo durante el viaje mis notas *figuradas*. Era muy justo que la hermosa muchacha de la fonda del Rosario, y ahora la mujer hermosísima de esta casa de serpientes, tuviera en el álbum del viajero su sitio. La segunda parte del espectáculo se terminó con algo todavía más conmovedor, es á saber—como decía el mismo programa:—*El nuevo ceñidor de Venus*, que no era sino que una de las serpientes, quizá la más torpe, con la asistencia del mismo mejicano, se enroscaba en el talle de la hada. Gran impresión produjo en el público en un momento determinado, el oir, acaso á consecuencia de una presión demasiado fuerte y no anunciada en el programa, un lamento de la *diva*.

—¡No es nada! ¡No es nada!—se apresuró á decir el mejicano; y también este triste juego acabó entre frenéticos aplausos.

Faltaba aún la última parte del espectáculo; *Eva y la serpiente*. Durante el entreacto se colocó el mejicano entre los espectadores de las butacas, como quien está muy seguro de que esta parte de la función marchará por sí misma.

A una señal suya levantóse el telón, pero no aparecieron ni Eva ni la serpiente, si bien es verdad que mientras la orquestilla preludiaba notas que parecían tener sus ínfulas de paradisíacas, se presentó una nube que, desvaneciéndose gradualmente, acabó, cuando el cielo su pariente cercano dió permiso, descubriéndose las ocultas bellezas del paraíso terrenal. La belleza estaba allí efectivamente, es decir, estaba la hermosa rubia, cuya cabellera, en toda su exuberante majestad y no arrollada sobre la cabeza, se veía entonces por primera vez durante el espectáculo.

Pero la variación que más conmovió al público fué la del traje. Eva aparecía en este cuadro cubierta desde la mitad del seno hasta abajo por unas mallas que dejaban adivinar, mucho mejor que el otro traje, toda su maravillosa belleza plástica; las mallas solamente se hallaban interrumpidas por alguna que otra hoja apócrifa, ceñida en rededor de aquel cuerpo hermosísimo.

De unos ramos de madera y cartón recortados pendía una hermosa serpiente, atada de manera que la cabeza había de estar necesariamente hacia abajo, para decir con más comodidad á nuestra primera madre aquellas palabras

que las Sagradas Escrituras se encargaron de repetir á su debido tiempo.

Al descubrirse aquel nuevo espectáculo se producía, particularmente en el público de las últimas filas, un movimiento de levantarse para ver mejor, mientras se oían las voces de los que gritaban: «¡Sentarse! ¡Sentarse!» La joven, al desvanecerse la nube, estaba tendida de lado, con el codo en tierra y la hermosa cabeza apoyada en la mano, las piernas extendidas en toda su longitud, y, digámoslo otra vez, en toda su belleza.

La serpiente hacía en el árbol movimientos que indicaban con claridad el cansancio producido por aquella posición. Entretanto, la hermosa Eva debía mirarla fijamente; después, y poco á poco, levantarse como si la atrajera hacia el reptil fascinación irresistible: entonces era ella la hechizada. En el momento en que aquella mujer preciosa se hallaba levantada del todo, siempre con la cabeza vuelta hacia el ofidio y de espaldas al público, se desencadenaba en éste una furia de aplausos, una tempestad de aclamaciones, porque en aquel momento la ilusión no podía ser mayor ni más poderosa. Si la mujer aquella parecía al principio la hermosa estatua de Clizia, que en su rencor á la

rival vencedora yace contemplando al astro hermoso é infiel, ahora, al mostrarse de pie en toda la magnificencia de su hermosura, recordaba, lo digo bajo mi palabra de honor, las más bellas y clásicas estatuas de Venus; porque en ella había, no solamente la belleza vistosa y provocativa, sino la admirable exactitud y corrección de las líneas.

Por mi parte, para conservar más recuerdos del cuadro, había vuelto á sacar del bolsillo el álbum con el propósito de rehacer y mejorar, si lo conseguía, mi esbozo primero. En aquel momento el mejicano, que iba y venía de una parte á otra por las primeras filas, cambiando ya con éste, ya con aquél, alguna palabra como para recibir plácemes por aquella obra maestra, se acercó á mí. Después que hubo examinado el dibujo, como hombre convencido de que no era yo el primer pintor del mundo, dijo haciendo una mueca significativa:

—No es eso... no...; no es eso.

—Ciertas hermosuras, le respondí en seguida, son inimitables.

Aquel hombre egregio, muy satisfecho de mi rápida contestación y de los aplausos que en aquel momento resonaban más atronadores que nunca, porque la cabeza de la serpiente y la ca-

beza de la joven se habían aproximado como para darse un beso, me dijo:

—Parece que todo el público participa de la opinión de usted.

—Sí, le dije sin detenerme; sí, y participaría también de lo otro... con la serpiente.

La réplica hizo sonreir al mejicano: yo, por lo visto, estaba de suerte. Recobrándose después y adoptando aire digno de gravedad, me dijo muy serio, muy serio:

—De eso no se participa aquí.

A lo cual contesté:

—Y si se pudiera, ¿quién no participaría?

El otro, á esta salida, que tenía en mí, como ustedes comprenderán sin duda, la intención de averiguar la situación verdadera de aquella desdichada, me contestó:

—Como empresario, tengo todo mi interés en que esa Eva permanezca tal cual es, es decir, toda para el arte; nada más que objeto de espectáculo.

—¡Y qué espectáculo! interrumpí mientras la muchacha había levantado el brazo hacia el ramo funesto.

—Eso no quita, continuó diciendo el mejicano, que más de uno y más de dos hayan llegado á mí como serpientes tentadoras.

—¿Y usted se ha resistido? le pregunté con gran curiosidad.

El empresario, poniéndose la mano sobre la conciencia como él dijo, señaló con un dedo á la joven que en aquel momento había encontrado la fatal manzana, y añadió:

—Hasta hoy... está, mi palabra de honor, lo mismo que su madre la echó al mundo.

—Más vale así, dije.

Después, aquel hombre dignísimo prosiguió:

—Entre los tentadores hay, por ejemplo, un brasileño que nunca falta á la función de las seis. Ha pagado magníficas cenas á la muchacha.

—Y, como es natural, á usted también.

—Pero, replicó el mejicano, tornando á su gravedad, tantas veces puesta en olvido, á eso se ha reducido todo.

—Más vale así, dije otra vez.

—Figúrese usted, continuó diciendo aquel tunante, que este brasileño pretende comprarme, sin más ni más, á la rubita.

—¿Para hacerla también... artista? preguntó este malicioso servidor de ustedes.

—Nada de eso, me respondió candorosamente el mejicano. Ese millonario está loco, perdido por la chica.

—¿Es muy rico?

—¡Puf! ¡Riquísimo!

—Entonces es un tentador muy poderoso.

—Si yo dijera á usted... comenzó á explicar el mejicano.

Después, interrumpiéndose de pronto, me preguntó:

—¿De qué país es usted?

—Soy genovés.

—Corriente; los genoveses saben lo que vale el dinero, dijo el mejicano, en honra grande de mi raza. Pero, continuó, le diré que me parece usted todavía muy nuevo en América.

—Novísimo, le dije.

—Sepa usted, agregó, que mi brasileño ha llegado hasta ofrecerme, ayer tarde, sin ir más lejos, en uno de sus transportes furibundos, quince mil escudos si le vendo esa muchacha.

—¡Vendérsela como le vendería usted un cordero! exclamé.

—Sí; pero á un precio un poco más alto, contestó el otro, dignándose celebrar con una sonrisa su propia ocurrencia.

—Precio de pasión, dije.

—Supongo, replicó el empresario, que el brasileño es muy capaz de ofrecerme aún más esta noche.

Estas ofertas gigantescas, por si llegaba el caso de entrar á la puja, me daban en qué pensar. Para no perder tiempo, comencé á emborronar en mi álbum la imagen de la prodigiosa criatura.

—Deje usted eso para luego, me dijo el mejicano; de prisa y corriendo no llegará usted nunca á reproducir su tipo.

—¿Y qué he de hacer, si no lo hago de esta manera?

—Pues vaya usted á copiarlo del mismo modelo.

—¿Y adónde?

—Al escenario.

Estas palabras abrieron para mí las puertas del Paraíso.

Tener ocasión de acercarme á la hermosa vendida en el Rosario; encontrar acaso, á hurtadillas, algunas explicaciones acerca de su situación, del trato que le daban; ¿qué otra cosa podía yo desear?

Acepté, pues, con entusiasmo, la proposición. Pero el truhán me tiró de pronto el *sablazo*.

Estaba mirando, hacía ya algunos minutos, un dije de oro de ley, en forma de herradura, ciñendo una cabeza; dije que había yo adquirido

en el Zigliara de Génova, y llevaba en la cadena de mi reloj.

—Satisfacción por satisfacción, me dijo el tunante, que había notado de sobra mi contentamiento en acercarme á la rubia. Dejo á usted copiar á esta incomparable Eva, y usted me regala este dije...: lo conservaré como recuerdo.

—*Do ut des*, lo comprendo.

Además, aquella baratija me importaba muy poco. Aquel objeto no me había costado más que algunas pesetas. Eva ya valía un dije; lo desenganché de la cadena y se lo di al pedigüeño.

—Creí que pesaría más, dijo él haciendo saltar el juguete en la palma de la mano.

—Lo doy tal cual es.

—Corriente, contestó aquel caballero guardando el dije.

Entretanto, y volviendo al espectáculo, Eva, cogiendo la manzana y después de decir algunas palabras al oído á la serpiente, había desaparecido por los bastidores de la derecha en busca del Adán hipotético. Una vez fuera de escena la joven, el tiempo ó—por ser más preciso—el escenario se oscureció de pronto, y transcurridos algunos minutos, se disiparon las nubes; reapareció entonces, en apoteosis luminosa, la bellísima rubia, de pie en la parte su-

perior de una media luna muy grande y que representaba una parte de nuestro globo, mientras un cohete final, especie de rayo vengador, de arriba abajo, obligábala de pronto á bajar la cabeza y á doblar las rodillas aterrada; en una actitud tal, que acabó por enloquecer completamente al público.

Cayó el telón, y el mejicano, sin dejarme que uniera á los de la concurrencia mis aplausos, me dijo:

—Sígame usted...

Al seguirle hasta el interior de sus dominios reservados, tomó para mí las proporciones de un *pachá*.

Ya estábamos en el escenario, mientras el público proseguía produciendo huracanes de aplausos y haciendo salir á la *diva* infinitas veces. El mejicano, indicándome que me detuviera en los bastidores, me dijo que esto era ya una concesión de alguna importancia; que después haría á la modelo recibirme en un sitio mejor iluminado, y en que encontraríamos también donde sentarnos.

Lo menos fueron cinco las llamadas á escena que presencié.

Después de la cuarta salida, el amo gritó á su esclava:

—Ya te he dicho que cuando el público se entusiasma, conviene enviarle algunos besos. ¿Has oído?

—*¡Testaruda! ¡Muy testaruda!* dijo á la sazón una mujerona de color de aceituna y de nariz bastante voluminosa. Debía de ser la encargada de vestir ó, mejor dicho, de desnudar á la Compañía; porque llevaba al brazo parte de las prendas servidas á la artista durante el espectáculo.

Terminaron las llamadas; la rubia se dirigía á su cuarto, cuando el mejicano, separándose de mí, que no traspasé los sagrados límites de los bastidores, le dijo:

—Mira, hay aquí un caballero que desea copiarte como ahora estás; ven á mi cuarto.

La rubia escuchó con visible disgusto la orden.

—¿Has oído? preguntó, en voz más alta, el empresario.

—Estoy muy cansada, dijo la joven.

—No hay cansancio que valga, insistió bruscamente el mejicano. La posición precisa para sacar un retratillo, agregó, no puede fatigarte. Ven.

Al decir esto, el árbitro de la bellísima Eva, cogiéndola por la mano, me hizo seña de que los siguiese hacia el fondo del escenario.

—¡No quiero! exclamó de repente la chica, que había sospechado no sé qué trama.

Al mismo tiempo, se desprendió con fuerza de la mano de su señor.

Si la penumbra en que yo me hallaba no le hubiese impedido reconocer en mí á su defensor de la fonda del Rosario; aquel cerca del cual, perseguida por un impertinente, había ido á guarecerse, presumo que no habría mostrado tal resistencia.

Indignado sobremanera por tal desobediencia, aquel poco menos que negrero, gritó:

—¡Mira que te pego!

Al propio tiempo, la mujerona de color de aceite gruñía por lo bajo:

—*¡Cabezuda! ¡Muy cabezuda!*

La fugitiva había entrado ya por una puerta del fondo, tal vez la de su cuarto, y estaba á punto de cerrarla. El mejicano llegó á tiempo para agarrarla por un brazo, en tanto que yo, disgustadísimo por ser causante involuntario de todo aquello, gritaba en vano que renunciaba á mi proyecto. Asegurada la víctima, aquel bruto la arrastró un gran trecho hacia los bastidores hasta hacerla caer; y como se le escurrió el brazo de la desgraciada, la asió de los cabellos, y obligándola á inclinar la frente hasta

el suelo, golpeó por dos veces bárbaramente la espalda de la joven. La infeliz lanzaba gemidos desgarradores; adelantándome irritado, grité al verdugo:

—¡Así no se trata ni á los animales!

El otro, sin soltar los cabellos de la joven, respondió:

—Me llena de rabia que me desobedezca.

—Sí, rabia de perros, dije colocándome entre el dueño y la sierva.

Esta obstinación mía en defender á la pobre niña, acabó por encolerizar al bruto contra mí, casi más que le había encolerizado la desobediencia de su víctima.

—En último resultado, me dijo, soy muy dueño de hacer con ella lo que me acomode.

—Falta verlo.

La pobre muchacha, oyendo resonar palabras resueltas de compasión hacia ella, acaso por primera vez desde que se hallaba en aquel triste lugar, suspendió el llanto para oir mejor aquella defensa, que debía de parecerla sumamente extraña.

Al oir mi última observación, el mejicano comenzó á gritar cada vez más excitado:

—Sí: soy muy dueño de hacer con ella lo que quiera. Es cosa mía.

—¿Con qué derecho es cosa de usted?

—Con el derecho de que me pertenece.

—En ese caso, dije muy enérgicamente, esta niña me pertenece á mí más que á usted.

El mejicano quedó asombrado al oir tal afirmación.

—Oigamos, oigamos, ahora mismo, gritó, esos derechos de usted. Oigámoslos.

—Es compatriota mía, respondí.

—No es de Génova, interrumpió el otro, invocando esa necia diferencia que muchos pretenden establecer entre los genoveses y los demás italianos.

Nada esperaba yo más satisfactorio que esa respuesta.

—Lo sé perfectamente, dije; esta joven no es de Génova; es de Vercelli, y un pariente suyo, miserable, la ha vendido en una fonda del Rosario. Ya ve usted que estoy enterado de algunas cosas.

A estas palabras la hermosa rubia se había incorporado, y mirándome con gran atención, parecía que, en aquella media oscuridad, me había conocido en la voz. La satisfacción de oir al cabo algunas palabras en su defensa, transparentábase en su hermoso semblante.

Mis palabras habían impresionado también,

aunque en diferente sentido, al mejicano. Intentó contestarme que yo no sabía lo que estaba diciendo; pero le repliqué ratificándome, con más firmeza, en mis afirmaciones.

Entonces mi hombre sacó furioso del bolsillo el dije, al cual por mi parte había ya dado la última despedida, y me lo entregó diciendo:

—Ya no hay ningún asunto entre nosotros.

—Perfectamente, dije, no hay asuntos.

—Ahora váyase usted, replicó él, cada vez más irritado.

—Nada me queda, por ahora, que manifestar á usted, le dije.

Y salí del escenario. Estoy seguro de que no adivinan ustedes lo que el mejicano me dijo cuando estuve en la puerta:

—¡Éste debe de ser uno de la policía!

Era la flecha del Parto.

La verdad es que nunca había yo deplorado tanto como en aquel momento no tener alguna fuerza de policía á mis órdenes.

Abandonado aquel espectáculo de martirio, anduve discurriendo mil proyectos de reivindicaciones, de libertad para la oprimida, con respecto á la cual me mortificaba más cada vez la idea de que había ido, en un momento determinado, á ponerse bajo mi protección y que

ahora nada podía hacer yo en favor suyo, cuando por mi culpa le habían golpeado brutalmente.

El pensar en esto me desconsolaba.

Durante la noche soñé hasta que había yo prendido fuego al maldecido teatrucho; que había abrasado allí á todos: al amo, á las serpientes, á la mujer de color de aceituna, salvando únicamente á la hermosísima rubia, á la cual tornaba yo á conducir, muy regocijada y muy agradecida, bajo el hermoso cielo de Italia.

Necesitaba yo para todo esto un aliado: era menester que consiguiese, lo más pronto posible, conocer el nombre y el apellido de la desventurada. ¿Cómo lograrlo?

El único amigo que á la sazón tenía yo en Córdoba, era Pablo; Pablo, por cuyas indicaciones precisamente había ido yo á ver el teatrillo de la encantadora. Pablo era, además, el hombre á quien me era posible encontrar más fácilmente en cualquier momento. Dirigí mis pasos, por consiguiente, al café, muy de mañana todavía; referí al falso camarero todo lo sucedido y le rogué que viese de encontrar, con cualquier astucia, la manera de adquirir datos precisos acerca de la muchacha; por lo menos su nombre y su apellido.

Pablo, joven de corazón, conmovido por mi relato, condescendió á trabajar en pro de la justa causa, y á dirigirse al lugar de la acción á las seis de la tarde.

Así fué. A la hora convenida enderezamos nuestros pasos hacia la casa *serpentera*, que yo esperaba y deseaba ardientemente dejar sin *hada*. Llegados al sitio, tuvimos la desagradable sorpresa de hallar cerrado el teatrucho.

¿Cerrado? ¿Pues cómo?—me preguntaba yo á mí mismo.—¿No es ésta una de las horas señaladas para las representaciones? Lo más extraño era que habían desaparecido también del frontis de aquella barraca los cartelones grandilocuentes.

Resolvimos preguntar á cualquier vecino de aquella qué había ocurrido á las serpientes, á la hechicera y á su propietario relativo.

—A estas horas, me respondieron, la hermosísima encantadora viaja... y en muy buena compañía.

—¿Viaja?

—Seguramente.

Aquella respuesta me asombró; la barraca estaba allí, delante de mis ojos; no se me podía decir, por consiguiente, que el mejicano había levantado sus tiendas.

—Pero, en resumen, pregunté: ¿Qué ha sido de la muchacha rubia?

—Ha sido, me contestó un vecino, propietario de cierto kiosco de licores, que el mejicano ha hecho el negocio.

—¿El negocio? ¿Cuál?

—Más diré, el negociazo, replicó el otro, que era un italiano. Se sabe que la hermosa rubia había levantado de cascos á más de uno, hasta el punto de que ayer por la tarde, terminada la representación, se ultimó el negocio con un brasileño, que seguramente la habrá pagado bastante cara. Era un tipo que venía asiduamente á contemplar á la muchacha.

—¿Y ahora? pregunté muy impresionado, viéndome compelido á creer aquello de lo cual tenía yo, como recordarán ustedes, algunas noticias.

—Pues ahora, me respondieron, el brasileño, que ha pagado á peso de oro, admira á la preciosa rubia, pero á solas con ella.

—¿Pero adónde se la ha llevado?

—Se sabe que han partido: él, la muchacha y un esclavo negro esta noche. Nosotros los hemos visto subir al carruaje que estaba cerca de la puerta del teatro.

—¿Y cómo, pregunté todavía, se conformó la desgraciada con esta cesión?

—Ella sabía naturalmente, concluyó el licorista, que nada peor podía sucederla que el seguir viviendo con las serpientes.

—Por cierto, añadió á lo dicho un criado, que cuando la rubita estuvo en el carruaje, su nuevo amo, que parecía quererla mucho, le preguntó muchas veces con gran interés si deseabá algo, y me dió orden de llevarle una copa de cerveza; que la hermosa casi no probó.

Supe además que aquella barraca no era propiedad del mejicano, sino que la tenía en alquiler; él, por su parte, se había ausentado también, y ahora aquel teatrillo serviría para otro espectáculo cualquiera... de los de menor cuantía.

Triste, como ustedes pueden figurarse, por ver truncada en sus comienzos mi empresa de redención, que ya constituía el mejor de mis sueños, me encaminé con Pablo á la ciudad.

—Dígame usted, me preguntó el joven, después de largo rato en que anduvimos taciturnos y silenciosos: ¿se había usted enamorado un poco de esa señorita encantadora de serpientes?

—Enamorado no, le contesté, porque de ese pie ya no cojeo; en extremo compadecido, sí; tanto más cuanto menos puedo poner en olvido que hubo un momento en que la pobrecilla re-

currió á mí buscando protección. ¡Qué fatalidad!... ¡No haber podido averiguar ni aun el nombre!

Para el día siguiente había yo decidido irremisiblemente abandonar aquellos sitios. Ya he hablado á ustedes, en varias ocasiones, de la especie de maldición que parece pesar sobre las recomendaciones en la América del Sur. A la sazón se dió el caso de que el señor don Luis Vicini, el comerciante italiano más conocido y más estimado en Córdoba, para quien en Buenos Aires me habían dado una recomendación, habiendo tenido noticia de mi modo de ser y de la poca fe que yo concedía á las recomendaciones, quiso, por una vez, demostrarme que siempre hay quien sabe honrar esa vetusta institución mucho más allá de lo que, esperando muchísimo, podría esperarse.

El Sr. D. Luis Vicini me declaró inexorablemente su prisionero por varios días; puso á mi disposición, durante aquella dulce esclavitud, su tiempo, que era, sin embargo, precioso; su carruaje y su escritorio. Me aseguró que aunque yo creyese haber visto algo de Córdoba, no había visto nada. Y me dió una prueba de esto haciéndome conocer muchos sitios y muchas cosas en que hasta entonces yo no había repa-

rado. Fuimos juntos al antiguo teatro de la Opera, donde oí un *Nabucco* admirablemente desempeñado, como estaba yo muy lejos de esperar. Aquel teatro era bastante gracioso en el interior; en lo que respecta á la fachada, parecíame propiamente que daba acceso á la tienda de un ropavejero.

Después de las robustas piernas de Abigail, admiración de todos, el objeto que más se admiraba y que más importancia tenía era el hermano del Presidente, un viejo gordinflón.

En el terreno del arte he observado que en América no existe la costumbre de mutilar musicalmente nuestras óperas. Quieren allí oirlas enteras y tales cuales fueron escritas. Y en desquite sucede también que hay más indulgencia para soportar y aun respetar á un buen cantante ya envejecido, y por consiguiente también de poca fuerza. Se respeta un hilo de voz, cuando representa una ruina venerable; con dificultad se tolera una nota desafinada.

En la América del Sur existen costumbres muy extrañas: lo he dicho y lo he demostrado varias veces. Ahora voy á señalar á ustedes una. El Sr. Vicini, viendo que yo pensaba marcharme mucho más pronto de lo que él había determinado, me preparó una sorpresa.

Mandó un día retirar, sin decirme oxte ni moxte, mi equipaje de la fonda en que yo me hospedaba, y lo hizo poner en secuestro en la fonda de Roma. Después, menos mal, me avisó de lo que había hecho para que yo pudiera arreglarme. De tal suerte lo hizo, que prolongándose mucho más de lo previsto mi residencia en Córdoba, concluí por conocer palmo á palmo aquella ciudad; y si no digo aquí más de ella, es porque ahora estoy ya muy fatigado y temo que á ustedes les suceda lo mismo.

A todos aquellos de ustedes que viajen les deseo siempre buenos Vicini como el que tuve en Córdoba, la ciudad que me costó una de las más dolorosas heridas del alma.

PARTE CUARTA

DE CÓRDOBA Á BUENOS AIRES

DE BUENOS AIRES Á GÉNOVA

CAPÍTULO LI

La línea central de Córdoba-Rosario.— Cambio á la vista de Buenos Aires.—El señor Berio.

El hombre propone; pero... á menudo se indispone. Habíame dicho yo á mí mismo:

—¿No le parece á usted, señor mío, ahora que ha visitado usted las más importantes colonias; ahora que tiene usted vista y más que vista á Córdoba; ahora que ha navegado usted hasta el Paraná: no le parece á usted, pregunto, que sería conveniente recorrer alguna otra provincia, y aun extender los límites de su programa fundamental trasponiendo la jurisdicción de la República Argentina y llegando, por lo me-

nos, hasta el Paraguay, que es un nombre de tan buen agüero?

¡Pero sí, sí! Yo estaba indispuesto. Además, el ferrocarril me había cansado. Verdad es que para ir al Paraguay desde Rosario ó Santa Fe, se puede ir en un buque. Pero yo estaba cansado también de los buques. Los ferrocarriles en las llanuras, con vagones cómodos y sin que se hayan de atravesar túneles, me fatigaban; el dulce mecerse del buque sobre las ondas plácidas del alto río, me fatigaba lo mismo.

Reflexionando que, en resumidas cuentas, sin cansancio mayor, casi ahorrándome alguna fatiga, recorrería parajes nuevos aún para mí, tomé billete hasta Rosario (siempre que pienso en Rosario me acuerdo inmediatamente de la pobre rubia) por el ferrocarril central, que explota una Compañía inglesa. ¡Si ustedes vieran los vagones de aquella línea! Una hermosura; son modelos de amplitud y de comodidades para las dos clases; de escrupulosa limpieza. Yo me he figurado que los ingleses deben de ser siempre muy aseados, especialmente cuando van á realizar el aseo en casa ajena.

Toman ustedes sitio en un vagón de la línea directa de Córdoba á Rosario, y les parece que se hallan, no en un vagón, sino en una casa

muy bien adornada... y hasta muy bien amueblada, especialmente si la suerte hace que les toque á ustedes por compañía en el coche alguna graciosa representante del otro sexo.

En esta línea explotada por los hijos de Albión se anda mucho más rápidamente que en las otras. Es un mal; pero... si sobreviene alguna imprevista interrupción es, por lo general, debida á cualquier descarrilamiento.

En la línea central de Córdoba á Rosario falta aquella riqueza de bosques que admiré á lo largo de la línea de San Francisco. De repente sobrevino una parada, y se anunció á los pasajeros que era necesario apearse, tomar las maletas y esperar otro tren que viniese en dirección opuesta.

Estábamos muy próximos á llegar á Villa María, una de las estaciones más anheladas de los viajeros, gracias á sus veinte minutos de parada *para dar á los viajeros tiempo de comer;* es decir, de tomar sitio en un *modesto restaurant;* modesto en todo... menos en los precios.

¿Qué había ocurrido que producía tan inesperada suspensión? Una cosa sencillísima en aquella línea, y también en otras: un choque en la misma vía, acaecido pocas horas antes entre un tren y una locomotora. No había habido

muertos, pero sí bastantes heridos. Entretanto á nosotros los del tren que hubo de interrumpir su marcha, nos tocó el desagradable desfile ante un hacinamiento de vagones, la mayor parte de mercancías, hechos añicos, y además una locomotora... completamente destruída. Sobre los restos había tendido algún contuso. Nosotros murmurábamos, al desfilar, el triste *hodie mihi, cras tibi* (1). La interrupción vino á costarnos la pérdida de cerca de una hora; pero nos pareció poco pensando que á los del otro tren les había sucedido algo peor. Cuando pudimos continuar el viaje hacia Rosario, tomaron también sitio los heridos. Entretanto el tren que había llegado para sustituir al detenido corría con una velocidad que no recuerdo otra parecida en mis memorias de viajes por ferrocarril. Aquello no era ya correr, era volar; lo cual respondía seguramente al deseo de ganar el tiempo perdido.

Llegamos, sin otro incidente, á Rosario á cosa de las ocho y media de la tarde. Allí pasé por fuerza otra noche, habiéndome caído en un foso; pero no quiero molestar á ustedes relatándoles mis desgracias, y me pongo de un salto

(1) Frase latina que significa: *hoy, yo; tú, mañana;* ó más vulgarmente: *hoy por mí y mañana por ti.*
(N. del T.)

en Buenos Aires, adonde llegué al siguiente día.

Mi regreso á Buenos Aires me reveló el fenómeno de la rapidez prodigiosa con que puede cambiar en América la fisonomía de una ciudad; que equivale á decir la fisonomía de los negocios y sobre todo la de los negociantes. Había yo partido para las provincias cuando todo eran ilusiones todavía; entonces acababa de decir el Presidente en el Congreso que la República Argentina no se había encontrado nunca en tan próspera situación (véase el capítulo XXIV); se habían verificado en Buenos Aires las fiestas más ruidosas y de mayor suntuosidad que acaso se recuerdan en la República Argentina (véanse los capítulos XXVII y XXIX); había yo dejado los negocios en su apogeo (véase el capítulo XXVI). Había bastado un intervalo de algunas semanas para que todo lo encontrase transformado: el cambio del oro se aproximaba, á pasos agigantados, al doscientos; la indiferencia, que tanto había durado, acerca de las oscilaciones del cambio, arraigada generalmente en que sólo se trataba de un juego de la política para derribar á un ministro y elevar á otro, comenzaba á desarraigarse. Principiaban simultáneamente á enseñorearse de todos los ánimos el temor, el desaliento y la desconfianza. El marti-

rologio de las quiebras registraba ya algunas víctimas muy notables; el comercio, en general, empezaba real y verdaderamente á resentirse de las consecuencias del cambio y de todos los otros daños producidos por una situación durante tantos años disfrazada, y por operaciones que semejaban vida y que solamente eran fuegos fatuos que anunciaban la muerte. Aunque los optimistas sostenían que el agio del oro había tocado ya su límite superior y que el período del mejoramiento estaba próximo, muchos otros principiaban á pensar que ahora, lejos de estar en el punto máximo de una gravedad relativa, se estaba en los comienzos de una crisis funesta, ruinosa, inexorable, que había de perturbarlo todo, hombres y cosas, gobernantes y gobernados.

Esto no obstante, Buenos Aires, la gran Babilonia de la confusión de las lenguas, de las ideas, de las aspiraciones y de las catástrofes, seguía divirtiéndose, regocijándose y, como suele decirse, dándose buena vida, ó poniendo á mal tiempo buena cara, á pesar de hallarse el horizonte lleno de nubarrones y de notarse el relampagueo présago de la tormenta, que enviaba ya á la atmósfera sus siniestros reflejos. Muchos que, aun en aquellos momentos de terri-

bles luchas, parecían muy seguros de su posición y continuaban imponiéndose en los negocios y divirtiéndose fuera de los negocios, debían, transcurridas muy pocas semanas, convertirse en protagonistas de las verdaderas catástrofes; baste mencionar, por todos, al señor don Alejandro Ferrari, hijo del ex intendente general de la duquesa de Gallieri, al cual habíamos visto todos, poco tiempo antes, acompañando á su padre y á la señora de su casa; lucir alegremente los trenes más ricos y los mejores troncos de la ciudad en el paseo de Palermo; ocupar en el teatro de la Ópera un palco magnífico; encabezar toda operación bancaria de alguna importancia; figurar, por fin, en primera línea en toda manifestación de lujo y de grandeza, y ahora en vísperas de quebrar... y de ser reducido á prisión.

He observado que precisamente en aquella época el municipio porteño presentaba cada día nuevos animales raros en el paseo. No pasaba día en que no se notara la llegada conmovedora, ya de un oso blanco, ya de una jirafa; ora de una curiosa colección de micos, ora de las aves más exóticas. Era extraño que tanto se gastase en hacer venir animales nuevos. Y era el municipio mismo, incluyendo en esto al Gobierno,

que, pocos meses después, había de decir á los empleados, bastante atrasados en el cobro de sus haberes: «si queréis algo á cuenta de vuestros alcances, puedo daros billetes de la lotería; que, al fin, el vivir de esperanzas es siempre para vosotros un modo de vivir;» era el municipio mismo que, poco, después, debía disminuir la ya disminuída luz del alumbrado público y realizar también radicales economías en la limpieza de las calles; aun siendo en detrimento de la higiene, cuyas oficinas le costaban millones.

Ahora permítanme ustedes que también hable un poco de mí, uno de los predestinados á no poder arruinarse nunca. Yo me veía precisado á limitar mucho mis correrías por Buenos Aires durante aquellos pocos días que habría de ser aún americano, porque si mi caída en un foso de Rosario no me había producido precisamente la rotura de las piernas, desgracia de la cual me salvó el lodo, al que tanto había yo maldecido injustamente, me dejó una pierna tan horriblemente dolorida, que no me era posible andar sino con mucha lentitud y cojeando.

Los ángeles consoladores, en aquel período de forzosa prisión, fueron los amigos. Aunque, entre otras varias, recibía yo también la

visita de un egregio médico, mi amigo el doctor Boeri, no quise probar ningún remedio, porque deseaba dejar toda mi curación al gran curandero que se llama *el mar*.

Comprendo perfectísimamente que de mi pierna les importa á ustedes muy poco, y pongo aquí término á esta digresión.

En aquellos días fueron á ser de los nuestros dos nuevos amigos (los llamo nuevos aunque para mí, en cuanto á la fecha de su amistad, eran ya muy antiguos): el dignísimo D. José Berio, que por segunda vez había ido á visitar aquella República, y el Sr. Murialdo, que le acompañaba.

Decir á ustedes que el insigne señor Berio fué recibido en Buenos Aires como lo había sido en Montevideo, con las mayores muestras de estimación y de afecto, sería superfluo, por ser eso cosa sabida.

Básteme decir á ustedes que miles y miles de personas aman al abogado señor Berio en la Plata, como le amo yo en Italia desde hace treinta años. Ya he dicho á ustedes que en la nación argentina se aprende á querer como amigos antiguos con una rapidez vertiginosa.

Al día siguiente de haber llegado las señoras Berio y Murialdo, fueron á buscarme para que

almorzásemos juntos en el *restauraut* más frecuentado por las gentes de negocios, y que se llama: *Restaurant Felipe*.

Apenas vieron á Berio, rodeáronle todos, y todos pretendían tomar sitio cerca de nuestra mesa; aun los que todavía entonces se nombraban los *Nababs* de la Bolsa; si bien, como he dicho, se estaba ya en las refriegas de la ruina.

Todavía reinaba alguna ilusión en la Bolsa; el ministro de Hacienda, Varela, estaba próximo á caer, y esto se decía sin reparo entre los bolsistas.

—Ya verán ustedes, exclamaban algunos, de qué manera con nuestro poder logramos transformar el estado económico de la República, y sobre todo disminuir el cambio cuando haya caído ese ministro de nuestra desgracia, y el oro pueda negociarse otra vez en Bolsa. No hay que decir que nosotros mandamos, y que todo este asunto del cambio, que asusta á los pusilánimes y tontos, es un arma política y una represalia. Pero América siempre es América.

Al decir esto, aquellos árbitros de las fortunas lanzaban al aire grandes bocanadas de humo, de sus tabacos.

Siempre recordaré que el señor Berio, vol-

viéndose hacia muchos de aquellos todopoderosos, les dijo:

—La fama atribuye á usted, señor N. N., tal fortuna; á usted, señor N. K., esta otra; á usted, señor X., la de más allá.

Se hablaba de millones, y los interlocutores admitían modestamente la realidad de las cifras.

—Pues bien, continuó diciendo el señor Berio; si yo estuviese en el pellejo de ustedes y á estas alturas, me contentaría con la fortuna hecha ya, y procuraría asegurarme una parte de ella, libre de todo riesgo.

—¿Para qué? respondieron aquellos cartagineses sonriendo; en estos países se va siempre adelante...

Si hubiera estado presente allí el famoso Taglierini, habría dicho, por vía de epifonema:—¡Qué pequeños somos!

Habían pasado muy pocas semanas y, según supe en Italia, aquellos que entonces hablaban con tal soberbia de sus colosales fortunas, estaban ya en el precipicio, sin que les quedase más que el amargo recuerdo de las riquezas perdidas.

CAPÍTULO LII

Las instituciones italianas en Buenos Aires.

Antes de abandonar esta ciudad hospitalaria, me parecería una verdadera injusticia de parte de un italiano, no dedicar un eapitulito á las instituciones italianas, que son allí muy numerosas y muy florecientes, porque los italianos emigrados á Buenos Aires han demostrado muy pronto su poderoso espíritu de asociación, de socorros mutuos y de previsión, Para enumerarlas utilizaré las interesantes noticias coleccionadas en el número único publicado en la capital de aquella República, del periódico *Pro Patria*, para allegar fondos á fin de erigir un monumento á José Garibaldi.

En primer lugar, se menciona la Cámara italiana de Comercio. Fundada el 3 de Noviembre de 1884, bajo la presidencia del doctor caballero D. Domingo Parodi, con 124 socios efectivos, declarados socios fundadores, es hoy una verdadera potencia. Se sostiene con las cuotas voluntarias de los socios y con una subvención

que el Gobierno italiano le tiene señalada. Esta subvención del Gobierno es ahora de 8.000 pesetas al año; las cuotas de los socios ascienden á una cantidad mayor, que aumenta de un semestre á otro. Hoy el número de socios ha subido hasta 410, y todos ponen verdadero empeño, no ya solamente en sostener, sino en hacer que prospere la institución.

Entre las atribuciones de la Cámara de Comercio, á más de sus trabajos para fomentar las transacciones mercantiles entre Italia y la República Argentina, es una arreglar amistosamente, cuando el caso ocurre, ya por conciliación, ya por arbitraje, las controversias ó pleitos en que intervienen comerciantes ó industriales italianos. Todos comprenden la utilidad de esta institución, y cuánto tiempo, cuánto dinero y cuánto papel sellado permite ahorrar á los litigantes.

Se comprende que las Cámaras de Comercio de Italia estén en activa correspondencia con la de Buenos Aires, que posee un Museo comercial, una Biblioteca y un buen gabinete de lectura. El presidente actual es el caballero Tomás Androsetti, reelegido para este cargo tres años consecutivos.

En la colonia italiana de Buenos Aires sen-

tíase la necesidad de proveer de un modo estable y decoroso á las necesidades de los italianos pobres, que desean volver al seno de sus familias lejanas, ó se encuentran incapacitados, por enfermedades ó por desgracias sufridas, para reanudar las labores de su oficio. Triste era, en verdad, el espectáculo que ofrecían esos pobres obstruyendo los alrededores del Consulado, formando grandes masas y llorando para obtener pasaje gratuíto en los buques, y socorros para el viaje. El Consulado no podía escuchar ni acudir á todos.

Para disminuir esos males, el marqués Federico Spínola, entonces ministro plenipotenciario de S. M. el rey de Italia en Buenos Aires, pensó que era necesario fundar una sociedad de beneficencia y reunió 47 socios de buena voluntad, que se agruparon en rededor suyo como fundadores de la piadosa institución; la cual puede disponer hoy de un capital de 9.880,15 duros.

Desde el año 1877, año de la fundación, hasta hoy, ha facilitado la Sociedad el regreso á la patria, á expensas de los asociados, á 2.413 infelices.

Del Hospital italiano he hablado muy extensamente en el capítulo XXXVI.

La sociedad de los que tornan de las batallas patrias, fundada á últimos del año de 1869, sería hoy una de las primeras si la epidemia de la fiebre amarilla no hubiese diezmado sus filas. Quédale, sin embargo, una gloria imperecedera: la de haberse prestado á socorrer á los hermanos invadidos por la epidemia. Para realizar tan filantrópica obra, se constituyó un comité, bajo las órdenes del Cónsul, y no cesó nunca de prestar su propio auxilio personal sino cuando se agotaron todos los recursos pecuniarios, y el cólera morbo, ese azote inexorable, diezmó despiadadamente al comité, víctima del cumplimiento de sus deberes. Los muy contados que sobrevivieron, formaron entonces el comité popular de asistencia, y fueron condecorados, muy justamente, con la medalla del valor cívico.

Al terrible azote del cólera morbo sucedió la miseria, y aquellos pocos sobrevivientes hubieron de dispersarse. Pero en 1880, la Sociedad se reconstituyó. El comandante Carlos de Amézaga, que tanto se distinguió por su conducta enérgica en el conflicto entre el Gobierno italiano y la República Oriental, fué elegido socio honorario; Edmundo De Amicis dió allí una conferencia acerca de Garibaldi; fué nombrado un jurado de honor. En el año 1884, se fundó

la *Casa de Inválidos* para socorrer, no solamente á los socios enfermos, sino también á las familias de los asociados que, al morir, no dejaban bienes de fortuna. Esta institución presta hoy inmensos servicios á los asociados pobres y á las familias de éstos.

Unión y Benevolencia, la *Sociedad nacional italiana*, la *Asociación de obreros italianos*, la *Sociedad Italia Unida*, *Patria y trabajo*, la *Sociedad Colonia italiana*, la *Sociedad Margarita de Saboya*, la denominada *Hijas de Italia*, la *Joven Italia*, la *Italia*, la nombrada *Los bomberos voluntarios*, el *Patronato de los inmigrantes italianos*, la *Sociedad liguria de socorros mutuos*, la *Sociedad XX de Septiembre* y una infinidad de sociedades de recreo, son elocuentes pruebas de la vitalidad de nuestra colonia. Hablaré de algunas, aunque habré de hacerlo muy á la ligera.

La Sociedad nombrada *Colonia italiana*, es de muy reciente creación; nació hace muy pocos años, y hoy es una de las principales entre sus compañeras de la República Argentina. En el día 8 de Abril de 1887 comenzó constituyéndose como asociación de socorros mutuos y de instrucción, por iniciativa de algunos compatriotas. Desde su fundación ha mantenido es-

cuelas de niñas, escuelas que hoy se hallan en su apogeo: Leopoldo Marenco, Edmundo de Amicis y el diputado Berio, las visitaron y las elogiaron de todo corazón. Con este carácter tuvo la asociación su modesta residencia en una casa de la calle de Piedad, hasta el año 1885; pero poco después pudo ya ensancharse. Cuando aún no contaba dos mil socios, adquirió un terreno y allí colocó la primera piedra de un edificio propio, en 26 de Octubre de 1884; en 26 de Diciembre del año siguiente inauguraba el edificio nuevo. En el salón de la sociedad se hallan colocados los retratos de Andrés Seitom y de Emilio Dentone, á quienes se debe gran parte de los progresos de la *Colonia*, el presidente actual es Félix Gambetta; el número de socios llega ahora á 4.200 y el capital de la asociación se eleva á 78.416 duros.

También ha conseguido adquirir gran reputación la asociación titulada *Sociedad de unión de obreros italianos*. Sus principios fueron muy humildes (en el día 6 de Enero de 1874): en un caserón antiguo y feo se reunieron algunos obreros decididos y de buena voluntad; hoy, cuando lleva unos dieciséis años de existencia, tiene un palacio propio, y ha logrado reunir 4.200 socios. Dos años después de su funda-

ción, inauguró su primera escuela de niñas; transcurridos siete años, organizó la *Primera Exposición italiana en el Plata*; en 1885 labra su gran edificio propio en la calle de Cayo, y, por último, un año después, abre á sus expensas, bajo su protección y con elementos solos de su seno, la segunda *Exposición italiana*, suceso por todos conceptos maravilloso, y que se recuerda con mucho placer todavía. Y en tanto que realizaba todo esto, logró que el servicio sanitario y el socorro mutuo fueran eficazmente atendidos. Muy pronto levantará en su edificio propio un monumento de mármol, en recuerdo de Garibaldi, que desde el principio fué presidente honorario en la Sociedad.

Prosiguiendo en la senda ascensional emprendida, diré algo ahora de la Sociedad *Nacional italiana*, que en el orden rentístico es, si así puede decirse, la hermana mayor. Posee tres edificios grandiosos: el uno está en la calle de Alsina, y en él se hallan instaladas la Sociedad y las escuelas centrales; en el segundo están establecidas las oficinas del Consulado; el tercero se ha dedicado exclusivamente á escuelas.

Esta Sociedad, hoy poderosa, tuvo su origen en una disidencia que surgió, por causas políti-

cas, en la asociación *Unión y Benevolencia*, cuya historia, no escasa de gloriosos hechos, referiré más adelante. En veintiocho años de vida, la *Nacional italiana* ha recorrido un camino de prosperidad nunca interrumpida, mereciendo por el orden administrativo que observa, por la armonía ejemplar en los socios, por los actos filantrópicos realizados, el aplauso general de la colonia.

Fué la primera en abrir, en 1886, escuelas elementales de niños; y desde entonces ha tenido siempre para las escuelas cuidados y atenciones especialísimos; lo cual da por resultado que cuente hoy con un número considerable de alumnos, que sube á muy cerca de medio millar.

Los tres fundadores principales (escribo sus nombres á título de elogio), son: Francisco Asieli, José Raspo y Federico Fontana; el primero, por sus sacrificios, es muy especialmente benemérito. Entre asociados y asociadas el número es considerable: 5.622. En las escuelas enseñan diez personas, entre maestros y maestras.

En cuanto á la Sociedad *Unión y Benevolencia*, ¿cómo nació la idea de fundarla? ¿Cómo se desarrolló? ¿Cuál fué el motivo y origen de la disidencia?

Antes del año 1860 puede decirse que no existía emigración italiana en el sentido que hoy tiene esa palabra. Verdad es que en cualquier ribera en que se respirasen aires de libertad, se refugiaban las víctimas de las tiranías que avasallaban á Italia. Después de la epopeya de 1848 á 1845, el número de los emigrados políticos fué aumentando cada vez más. En aquel país, donde las hazañas de Garibaldi y de otros italianos insignes habían logrado hacer simpático el nombre de Italia, formóse un núcleo que por su importancia mercantil, por su honrada laboriosidad y por su clarísima inteligencia, mereció las atenciones y el afecto de los argentinos.

Pedro Beretta, Juan Bautista Ardizi, Callimaco Zambianchi, Virginio Bianchi, José Ciolina, Andrés Scarpini y Nicolás Faggiano, son los que tuvieron el pensamiento de constituir una sociedad de socorros mutuos; la primera que en aquel país hubo. Por iniciativa de los antes mentados, y á invitación de los mismos, reuniéronse unos treinta y tres italianos, número que después fué creciendo poco á poco.

Era muy natural que una sociedad formada en el extranjero por italianos emigrados por causas políticas, revistiese caracteres de protes-

ta contra los Gobiernos que tiranizaban á Italia, y así lo comprendieron los fundadores. Asi fué; pero no sin peligro y sin dificultades para la vida de la hermandad. Los fundadores sostenían las ideas de José Mazzini; mas sobrevino la reconstitución de Italia como nación independiente y libre por obra de Camilo Cavour, de Víctor Manuel y del elemento popular y revolucionario creado por Mazzini y propagado por Garibaldi; bastantes socios que, ausentes durante muchos años de Italia, no conocían á fondo el nuevo movimiento, protestaron contra la idea, para ellos incomprensible y extraña, de que un rey se pusiese á la cabeza de la revolución y que Garibaldi le apoyase, renunciando á la república italiana, adorada por todos los mazzinianos. De aquí la lucha apasionada y ardiente en el seno de la sociedad *Unión y Benevolencia*, cuyo nombre llegó á parecer, en determinados momentos, irónico. Se celebraron sesiones tumultuosas, estallaron fieras enemistades, y la Sociedad, que á la sazón era de 3.500 socios, quedó reducida á 1.100. Entonces, y á consecuencia de esos disgustos, se fundó la asociación *La Nacional Italiana*. Pero la *Unión y Benevolencia* se corrigió. Desde el año 1865, los socios, conocedores por experiencia del peligro que había

en suscitar cuestiones políticas, las excluyeron en absoluto del seno de la Sociedad, reformando en este sentido los primitivos estatutos. Desde entonces, la *Unión y Benevolencia* recobró su camino ascendente y siguió haciendo sentir en la colonia italiana su beneficioso influjo. Fundáronse escuelas, matinales y nocturnas, para educar á los socios obreros y á sus hijos; concluyóse la construcción del edificio social; se abrió al público una biblioteca de cerca de mil volúmenes, regalados todos por el conde Carlos Lizzarini de Massa Carrara, y que inmediatamente se vió enriquecida con otros donativos. En el año 1869, Adelaida Ristori dió en Buenos Aires una representación de beneficencia, con cuyos productos se fundaron dos nuevas escuelas.

Otra fuerte sacudida hubo de sufrir la Sociedad en los años 1870 y 1871, cuando se presentó la gran epidemia de la *fiebre amarilla*, que en Buenos Aires causó tantos estragos. Hallábanse los socios en la necesidad de realizar grandes beneficios. En la actualidad, los socios son 6.263. En el año próximo pasado, los enfermos que fueron socorridos llegaron á 2,220, además de 45 enfermos crónicos. El resultado aún no satisface quizás los deseos de los más exigentes; pero hay esperanzas de

que el porvenir sonría á la asociación benéfica.

Entre las Sociedades de socorros mutuos es justo mentar la fundada en *La Plata* en el mes de Febrero del corriente año, y que cuenta ya con 600 socios. Dicha Sociedad lleva el nombre de *Sociedad Príncipe de Nápoles,* y está presidida ahora por Vincenzo Scala.

Además del *Círculo Italiano*, que reune en su seno una parte escogida de nuestra colonia, existen en Buenos Aires Sociedades llamadas de recreo, y son las siguientes: *Lago de Como*, *Estrella de Roma*, *Estrella Marina*, *Unión de la Boca* y *José Verdi*. Son Sociedades filarmónicas, pero dispuestas siempre para acudir allí donde la beneficencia solicita sus auxilios. Existe también, entre las Sociedades de menor cuantía, una que se denomina *Los amigos del Vaticano*, y no es sino una sátira lanzada contra el clericalismo.

Es una verdadera curiosidad la Sociedad titulada *Poss-Pu*, y que, según su reglamento, no puede tener más de 30 socios, á los cuales no es lícito dar á conocer los propósitos de la institución.

Y con esto pongo acabamiento á mi relato, confesando á ustedes que está muy lejos de ser completo, pues yo debería haber citado y aun

descrito muchos otros círculos, que nada tienen de círculos viciosos, y donde continuamente se desenvuelven la actividad y el carácter italianos,

CAPITULO LIII

La partida.—Saludo á los amigos.—El porvenir de la República Argentina.

Había llegado irremisiblemente la hora de rehacer el baúl y tornar á Italia. El *Ciudad de Génova*, uno de los nuevos y velocísimos buques de la sociedad Lavarello, Hermanos (antes G. B.), se hallaba en el puerto. Atraído por fuerza irresistible, corrí á las oficinas de la Sociedad y solicité ávidamente un sitio en el *Ciudad de Génova*.

Aspiraba yo solamente á un pasaje entre los fardos, si era preciso, como campeón sin importancia; y la cortesía de los Hermanos Lavarello quiso otorgarme, en lugar de eso, el *non plus ultra* de lo apetecible para una travesía del gran Océano; es á saber, una de las dos espaciosas y especiales cámaras emplazadas en el puente del buque.

La sorpresa para mí más agradable fué lue-

go la de tener por compañero de viaje en la cámara simétrica á César Lavarello: no es posible realmente figurarse hasta qué extremo una compañía tan preciosa se convierte en felicidad.

En una hermosa y espléndida madrugada embarcábame yo en *El Riachuelo* para Génova. A muchos de los queridos amigos que se quedaban en Buenos Aires, como Berio, Marana, Murialdo, Musso, Boeri, Gradara, les costé en aquel día el sacrificio de no pocas horas, porque quisieron darme aquellos consuelos del alma que los amigos reservan para tales ocasiones. Boeri acompañó el consuelo clavando en mi corbata un alfiler de brillantes. Con el duque de Licignano, con el cónsul Chicco, con el miembro Calvo, y con otros de los distintos personajes á quienes había conocido y tratado en Buenos Aires, me había consolado en días anteriores visitándoles y siendo visitado á mi vez por ellos.

Los obstinados de última hora; los que no me abandonaron hasta que exhalé mi último suspiro en tierra argentina, fueron; Félix Marana y los abogados Berio y Murialdo. Estos llegaron en mi busca á la fonda.

Al pasar por la calle de la Defensa, nos detuvimos en casa de Marana para saludar, una vez más, á su distinguida señora y á la prole.

El sexo bello tiene en la República Argentina maneras muy exquisitas para desear á los amigos buen viaje. Una señorita, modelo de bondad, se había despedido de mí enviándome un *trébol* encerrado en marquito de oro; el dije más lindo que he poseído en mi vida. La señora de Marana se había ocupado en prepararme, para el momento solemne de la despedida, una colección de frutas, que por sus mismas manos había puesto en almíbar, cerrado y bien acondicionado después en una batería de tarros y tarritos. Indicándome el conjunto, me dijo:

—¡Que le sea á usted dulce el viaje!

Después: un *gracias*, un apretón de manos, sendos besos á los niños, y andando.

He ahí el puerto: el *Ciudad de Génova* está inmediato á la escala; los buques aparecían todos engalanados con una lluvia de banderas, en señal de fiesta.

—¡Qué! me pregunto: ¿se festeja mi partida?

Llego á saber á tiempo que aquel ondear de banderas es para celebrar una visita que en este día hará á las obras del puerto el ilustrísimo señor presidente Juárez Celmán.

En un salto nos hallamos, desde la escala, á bordo del *Ciudad de Génova;* me encuentro al fin en territorio, ó al menos en madera y hie-

rro italianos. Momentos de conmoción suprema para mí y para los amigos de quienes he de separarme. Con respecto á Murialdo, la conmoción es templada, porque pienso que volveré á verle (como, en efecto, lo vi) en Génova, transcurridas pocas semanas. Pero de Marana, con el cual tan agradablemente había yo intimado, la despedida tenía que resultar más dolorosa.

Con Marana permanezco un rato filosofando sobre la rapidez de nuestra amistad, hoy tan sólida. Pero Marana desconfía.

—Es menester, dice, que los buenos amigos se recuerden á todas horas.

¿Qué medio puede haber más seguro, para estar cierto de conseguirlo, que llevar siempre en el bolsillo el objeto que señala las horas? Así hizo Marana: saca su propio cronómetro, una magnificencia por la materia y por la forma, intrínseca y extrínsecamente, y me lo coloca en mi bolsillo, diciéndome:

—¡Siempre que mire usted la hora, se acordará de mí y de mi familia!

Di en cambio un beso cariñoso al querido amigo; después un apretón de manos, de ésos que dejan el cardenal de la improvisación, y por último, mil buenos deseos, mostrados y cambiados de todo corazón. Mi buen amigo sal-

taba del buque á la escala justamente en el instante mismo en que el *Ciudad de Génova* se ponía en marcha.

Y ahora, adiós ¡oh amigo, tierno como una doncella, fuerte como un guerrero animoso! ¡Adiós, tú que viniste para desvanecer en mí la creencia de que las amistades, para ser sólidas, habían de ser antiguas! ¡Adiós!

Ahora andamos, corremos sobre las ondas; la escala ha desaparecido; desaparece Buenos Aires; desvanécense campanarios, torres, casas, risueñas orillas: todo se pierde en las lejanías del horizonte.

Adiós, dulces amigos, á quienes no sé cuándo podré ver nuevemente. Adiós, familias Musso, Malpeli, Mooree, Repatto, Piaggio; adiós, Anzani Canzio; adiós, doctor Boeri; adiós, Heil; adiós, Bergano, representante egregio de la casa Cohen; adiós todos.

Un saludo muy afectuoso para ustedes, insignes representantes de mi país; á usted, atentísimo y cortés duque de Licignano, veterano ilustre de la diplomacia italiana en América; otro saludo á la digna esposa del diplomático, señora que tan admirable y tan dignamente representó en Guatemala, en el Uruguay y en la República Argentina, la belleza y corte-

sía italianas. Por fortuna, nuestra despedida es por poco tiempo ¡oh duques de Licignano! Volveremos á vernos pronto en Italia.

Un saludo á usted, atentísimo cónsul, caballero Chicco, y á su simpática, graciosa y elegante señora.

A usted, vicecónsul Gradara, le envió también mi despedida, cuya tristeza atenúa la esperanza que tengo de verle de nuevo, y muy pronto, en Génova; pero la aumenta al propio tiempo el pensar que cuando yo esté para volver á Buenos Aires, no encontraré ya á un Gradara presto siempre á sobrellevar, como su misión en esta tierra, toda importunidad amistosa.

Por último, adiós á ti, país argentino, escuela de hospitalidad; tierra en otras ocasiones de la fortuna, y ahora de tantas desilusiones, dulcificadas, no obstante, por la certidumbre de que para un pueblo como la República Argentina, puede sobrevenir el momento de la desgracia, pero nunca el de la ruina; porque ciertas naciones son inagotables, aun en los momentos en que los errores de todos parecen haberlas agotado.

¡Adiós! ¡adiós! Volverás á levantarte muy pronto, y con más fuerza que la antigua Cartago, y no habrás menester de ningún Mario que

vaya á llorar sobre tus ruinas; porque las ruinas, lo mismo bancarias que cartaginesas, bajo las cuales apareces hoy sepultada, desaparecerán, y el dios del oro... el dios del oro también resucitará.

Basta, por algún conocimiento práctico de los lugares, saber el cúmulo de colosales y verdaderas fortunas que existen siempre en esta nación, y sobre todo en la capital, aun á través de las catástrofes más ruidosas; con los agentes de la *Bolsa de Comercio* que quiebran á sesenta por día; con las fastuosas tiendas que se cierran á centenares; con las calles que parecen desiertas; con los Bancos semejando hospitales de heridos; con los teatros imitando á cementerios; con los servicios públicos convertidos en una incógnita; con las transacciones comerciales rebajadas hasta el triste extremo de anularse; con señores de trenes suntuosísimos que salen de sus carruajes para convertirse en cocheros de otros; con millonarios de ayer que hoy pordiosean... A pesar de todo esto, basta conocer, repito, aunque sea muy poco, la virtualidad indestructible de esta tierra de las grandes fortunas y de las imprudencias grandísimas, para convencerse de que el resucitar resplandeciente aún, aún grande, todavía tentadora para las gentes

de cualquier otro país, sólo será cuestión de tiempo.

Pero sea lo que fuere lo que el destino tenga reservado para el porvenir á la República Argentina, los italianos, si no son desmemoriados, ni desagradecidos—que indudablemente no lo son—no podrán olvidar jamás que la tierra argentina no engañó, como tantos otros países extranjeros, á los trabajadores italianos, ni los atrajo con falaces ofrecimientos; antes por el contrario, durante mucho tiempo cumplió más de lo prometido. Bastantes de esos trabajadores subieron desde la nada á millonarios, y esto es un hecho, porque de esas fortunas se gasta ahora gran parte en Italia. Otros trabajadores, las mayoría de ellos, si no consiguieron hacerse ricos, llevaron por muchos años honrada existencia y reunieron provechosos ahorros: también esto es un hecho.

Adiós, pues, y que torne yo á verte en tiempos mejores ¡oh tierra tanto tiempo soñada y bendita por miles y miles de personas, que en la madre patria no tenían recursos ni auxilios que esperar! ¡Adiós, tierra de los grandes negocios y de las ilusiones grandes!

CAPITULO LIV

El viaje de regreso.—Los vapores Lavarello.—Los bueyes á bordo.

Fué una travesía dulce, tranquila, hermosa, tal cual el mismo capitán del *Ciudad de Génova*, el señor Avonzo, que sabe perfectamente lo que son viajes largos, declaró no recordar otra. Ni aun puede llamarse largo el viaje, pues el vapor, hermoso, cómodo y rápido como una flecha, empleó para la travesía desde el Plata hasta Génova solamente dieciocho días.

También fué muy tranquila nuestra vida á bordo, con tanto mayor motivo cuanto menos numerosos eran los viajeros. Los pasajeros de tercera clase no distinguida, eran unos trescientos cincuenta; los otros, pocos más de ciento.

En los vapores de Lavarello he admirado muchas disposiciones que merecen ser generalmente apreciadas. Primeramente, las literas de los pasajeros de tercera clase distinguida, que bien podría llamarse segunda y aun primera, no están situadas en los fondos del buque, donde es imposible resistir el calor; hállanse al nivel de la cubierta, contiguas al salón principal. Allí

los viajeros tienen aire, todo el que quieren, hasta en el Ecuador mismo, y pueden gozar sueños relativamente tranquilos. A ninguno vi por la noche precisado á sacar el colchón sobre cubierta ó al castillo de proa. Quise ver la tercera clase no distinguida; pero aun ésta, siendo tanto el espacio que á ella se destina en estos vapores, construídos especialmente para la última clase, duerme con cierta autonomía de respiración, quiero decir, no obligada á dormir en recintos ahogados y en un hacinamiento de hamacas, unas sobre otras, que es una compasión verlo. El aire, aun estando en el Ecuador mismo, circula allí suficientemente.

Como el sistema de navegación Lavarello parte de un concepto esencialmente democrático, existe en sus vapores la agradable comodidad de trasladarse desde un punto á otro del buque sin tener precisión de abrirse paso dificultosamente á través de la red formada por la masa emigrante.

En el *Ciudad de Génova*, como en los otros vapores de Lavarello (al menos los que yo conozco) puede pasarse con toda comodidad, por medio de puentes, desde el castillo de popa al puente del centro, y desde éste al castillo de proa, siempre con independencia de la masa

emigrante, muy respetable ciertamente, lo mismo que cualquiera otra, porque siempre somos todos hermanos, pero que por su parte suele proporcionar disgustos, especialmente si debiendo ir ustedes, es un suponer, al puente de mando, para decir lo que les ocurra al capitán ó á quien haga sus veces, se ven ustedes obligados á solicitar mil perdones, casi siempre otorgados de mala gana, á tantas personas tendidas; ó bien, si pasan ustedes acompañando á una señora, oyen ustedes que la apostrofan, en términos nada correctos ni menos cultos, aquellas gentes que gustan del fustán y del olor á queso tanto cuanto odian la seda y los perfumes; si ya no es que, por añadidura, salen ustedes de aquellos ahogos con el calzado ó los vestidos abundantemente condimentados con restos de las escudillas de menestra que, solamente por distraerse con algo, han lanzado sobre ustedes aquellas gentes—muy santas y muy buenas para ser pintadas y hasta para ser fotografiadas, pero no siempre agradables—no lo diré más—para alternar con ellas.

También en lo que respecta á la alimentación hallé novedades importantes para los pasajeros de tercera clase: la de suministrar hielo á todos indistintamente. ¿Parece á ustedes poco

que un emigrante tenga derecho á apagar su democrática sed con un poco de hielo? Sobre lo demás del trato sólo diré que el pasajero de ínfima clase tenía derecho á un poco de todo... exceptuando las trufas, que en el mar no se hallan fácilmente, y el pollo, que no siempre está á bordo dispuesto á dejarse retorcer el pescuezo.

Y ahora que de alimentos hablo, quiero referir á ustedes la historia conmovedora de un buey. Un buey colosal del Piamonte, oscuro, noble, altivo y de fisonomía inteligente. Este hermoso buey, en su recinto, entre el puente del centro y el castillo de proa, era el amor de todos; amor puro y desinteresado que ninguna relación tenía con los bisteks hermosos y agradables lonchas que de él podían esperarse. Queridísimo era también por los pasajeros de la última clase, más de ordinario en contacto con él, y que todos los días solían repartir fraternalmente con el buey la propia ración de menestra, pan y legumbres.

Iban ustedes en presencia del tal buey acompañando á una linda señorita (y había una allí... realmente divina; César Lavarello lo sabe, porque la fotografió); iban ustedes, digo, al establo de este hermosísimo buey, y él, cuando la

señorita le tendía su mano diminuta, consideraba como un deber sagrado lamerla con una gracia y una desenvoltura admirables.

Un solo defecto tenía aquel estimable animal; un defecto propio tal vez de todo viviente que logra salirse del vulgo; era, ni más ni menos, el primer pecado capital con respecto á sus semejantes; despreciaba y muy á menudo molestaba á sus compañeros de departamento. Los otros, si se exceptúa uno, eran todos naturales del Uruguay ó de la República Argentina. Ahora bien: aparte de la exorbitante cuestión de la cantidad, en lo relativo á la calidad, ya se lo he dicho á ustedes, el rumiante del Sud-América no vale lo que medio de nuestro Piamonte, de la Lombardía, de la Toscana, y en general, es siempre inferior á cualquier buey italiano, por su tamaño, por su forma, por la bondad de la cara y también por la bondad del corazón. Cuando á bordo, en aquel incesante alternar de carnes, ya americanas, ya de nuestros países, se encuentran ustedes en la mesa carne de ganado italiano, la reconocen en seguida por la finura y por el gusto. Sea dicho esto sin sombra de jactancias de campanario...

Iba yo diciendo que nuestro buey no podía sufrir á sus compañeros. Cierto día un torazo

de Montevideo, negro como la ira del diablo, hallábase pensativo, algo apartado del establo, departiendo, hocico con hocico, con una ternera. No sé si habría intención pecaminosa en aquel contacto de hocicos, pero no lo creo. Tenía un semblante demasiado ingenuo aquel buey tan feo. De pronto el buey italiano, que muy poco antes había dirigido graciosos cumplimientos á varias señoras, se lanza contra el buey negro, y de una cornada lo tira patas arriba.

Dió en quejarse aquel infeliz, como habría podido hacerlo un becerro; precisamente aquel día fué para él dos veces desgraciado, porque de allí á poco, y cuando no había enjugado aún todas sus lágrimas, se le presentó bruscamente el carnicero, un hombre fornidote, de pelo rojo, y á quien no olvidaré jamás, y le invitó, dándole algunos latigazos, á salir del establo, diciéndole al propio tiempo:

—*Ahora te toca á ti, bestia negra.*

Con que el buey negro, el carnicero y el ayudante, pasaron á la parte opuesta: y éstos, siempre á la vista de los rumiantes del establo, cogieron por los cuernos al predestinado, atáronle las patas posteriores con una cuerda bien sujeta á un travesaño del puente, y le infirieron una cuchillada tremenda en la carótida; con la cual per-

dió de repente la vida. Pasaron después á partir la piel entre ambos, la colgaron y en pocos minutos no quedaba del buey negro más que un infeliz desollado, cortado en pequeños trozos y enviado á las fresqueras.

Quise observar entonces lo que hacía, á la vista de tal espectáculo, el buey gris, el buey amigo nuestro. ¿Lo creerán ustedes? Muy poco, ó nada, conmovido, como si aquello no hubiese de tener relación con él nunca, estaba contemplando todo esto; y hasta en cierto instante, cuando el carnicero mientras, ya cortada la cabeza del buey negro, le miró aquellos ojazos de desesperado, diciéndole: «¡Qué cara más fea!» pareció como si el buey gris se sonriese á la manera de quien, al contemplar la desgracia de otro, puede con toda seguridad repetir el verso dantesco:

«...La desdicha de aquéllos no me alcanza.»

Sea como fuere, todos nosotros, pasajeras y pasajeros, cada vez más admirados de aquel buey, á fuerza de interceder en favor suyo, logramos conseguir que fuesen sacrificados todos antes que él; con lo cual nuestro protegido vino á quedarse dueño absoluto de su establo. Entonces se pudo conseguir también que le deja-

sen un poco libre, pues que á ningún otro podía hacer daño.

Deseábamos todavía más: solicitamos gracia completa para él; hicimos voto solemne de que no comeríamos nunca su carne. En cuanto á esto, el jefe de cocina de á bordo tranquilizó nuestras conciencias diciéndonos que aquellas carnes irían, sin otro resultado, á las fresqueras, y no se consumirían, y que veríamos cómo, según costumbre, al llegar á Génova, eran trasladadas á otro vapor que saliese.

La respuesta no nos satisfizo: el buey gris, con su empeño en no alternar con los otros animales, se había hecho aún más inteligente. Su familiaridad con nosotros no conocía ya límites. Un día llegó hasta lamer los labiosde una aldeanita muy guapa que le había dado una hoja de col.

Pero llegó el día ¡día triste! en que la suerte del buey gris, al que no faltaba más que hablar, fué inexorablemente decidida. Ni aun la apelación suprema al alma bellísima de César Lavarello valió para que fuera obtenida la gracia, cuando menos por aquel viaje, á fin de que siquiera le fuese concedido al buey el consuelo de besar nuevamente la tierra de su patria, y después ir á que lo colgasen como á otro buey cualquiera.

César Lavarello, mostrándose á su vez muy conmovido, contestó:

—No puedo hacer por este infeliz más que... fotografiarlo.

Y en efecto, preparada la maquinita instantánea al alcance del rumiante, cuando el hombre rojo lo sacaba del establo, lo enfocó, y mientras las bellas pasajeras le suplicaban una vez más, casi de hinojos, gracia para el buey, les respondió:

—No puedo responder sino con una negativa.

Y en efecto, se fué á preparar la cámara instantánea para hacerla visible en seguida. Al alejarse como el rey que reina y no gobierna, Lavarello dijo:

—De muy buena gana, accediendo á esas graciosas súplicas, le perdonaría; pero las necesidades de á bordo se oponen á ello. Además, si los otros bueyes llegasen á saber estas historias, andarían á quien más pudiera para conmover á las gentes y... nos moriríamos de hambre.

Y hé aquí aquel buey, casi humano, llevado al lugar del suplicio. Fué á él sin resistencia, con paso franco, como verdadero italiano. En los instantes supremos, cuando le ligaban ya las patas posteriores (yo creía que le debían

vendar los ojos) la hermosísima señorita de á bordo, levantando sus ojos angelicales hacia el carnicero y juntando ambas manos, intentó por última vez, con su vocecita suave que habría conmovido á una peña, obtener el indulto del buey desventurado. El ayudante del carnicero, en tanto que ataba al rumiante, dijo á la señorita:

—Si usted accediese á ponerse en lugar del buey, podríamos hablar...

—¡Verdadero cumplimiento... de cortador!...

Evito á ustedes la descripción de los últimos momentos del infeliz; fueron, principalmente para nosotros, conmovedores y dolorosísimos: al morir fijó su mirada en todos nosotros, como si nos dijese:

—¡Era mi destino!

Es de advertir que los ejemplos de bueyes que á bordo adquieren familiaridad no son muy raros, lo cual no es de extrañar si se considera que, á veces, hacen varias travesías de ida y vuelta, en contacto siempre con muchos centenares de pasajeros.

En el SIRIO de la «Navegación General Italiana» un buey había llegado á ser tan amable con todos, que hasta el carnicero se compadeció de él. Es muy singular ciertamente que el buey

llegase á manifestar su cariño sobre todos al carnicero, con aquel delantal y aquella camisa manchados siempre de sangre de otros bueyes, Aquel buey mansísimo no permanecía encerrado en su establo: andaba de aquí para allí, sin sujeción alguna, como uno cualquiera de las personas de á bordo; después iba á las horas de comer para mirar, desde la puerta, á los que se sentaban á la mesa. Pero, como ya he dicho, prefería siempre, á cualquiera otra, la compañía del carnicero, al cual acariciaba de mil modos. Llegó el momento de sacrificarlo y el mismo carnicero se rebeló. De esa manera aquel buey privilegiado hizo en el *Sirio* varios viajes como uno de la familia. Era necesario, no obstante, que aquello concluyese. Un día, al regresar á Génova, cuando á la administración de víveres comenzó á molestar aquella longevidad vacuna, se resolvió embarcar al egregio cornúpeto en otra nave que partía, y allí, antes de que alguien tuviese tiempo de tomarle cariño, el infeliz fué uno de los primeros inmolados.

¿Tendría razón el gran Aristóteles? ¿Será verdad que alguno de nosotros haya de renacer buey é inteligente?

CAPÍTULO LV

En la isla de San Vicente.—Negritos, negritas y negrazas.

Pasados once días después de la salida de Buenos Aires, arribamos á la isla de San Vicente para proveernos de carbón. Para quien regresa de América la arribada á esta isla de África puede considerarse como el primer saludo al antiguo continente, no digo á la primera isla, porque después de haber navegado durante varios días contemplando en lontananza las costas del Brasil, habíamos encontrado ya la larga y montuosísima isla Fernando de Noronha, una bombonera penitenciaria adonde el Brasil manda sus galeotes para colonizar... y enmendarse, si quieren. Provistos de un buen anteojo, pues no está permitido aproximarse mucho á esta isla, pueden verse los conciliábulos formados por aquellas amables criaturas.

¡Caprichos mundanos! Apenas se aproxima el vapor á San Vicente, admira, entre todas aquellas asperezas, el monte que parece reproducir, casi como si á propósito se hubiese he-

cho, la figura de Napoleón I, con su histórico sombrero de las cien batallas, como enorme gigante durmiendo en posición supina. Es aquello algo más que una semejanza vaga; es casi un remedo perfecto de aquel perfil eminentemente típico.

Pues bien: no muy distante de la misma costa oriental de África, siempre en el Océano Alántico como á treinta grados más abajo de San Vicente, se halla aquella isla de Santa Elena donde el coloso, que fué árbitro entre dos siglos y dos mundos, exhalaba prisionero su último suspiro, reposando para siempre en la posición misma en que el pico de San Vicente lo representa.

La parte poblada de San Vicente no podría presentarse mejor. Primeramente una hermosa rada provista, si no precisamente de un puerto, de algunas apreciables obras *portuarias*. De frente aparece un hermoso conjunto de casas, regulares en su mayor parte, muchas de ellas de varios pisos, pocas iglesias y muchos edificios de los que anuncian establecimientos grandiosos. Forman muy pintorescamente el fondo del cuadro montañas, cuyas vertientes ofrecen mil matices de terreno cultivado. Pero el protagonista en aquellos sitios es el carbón,

que la especulación inglesa sabe acumular allí en aquellas cantidades enormísimas como son necesarias para abastecer tantos vapores que viajan desde el viejo al nuevo mundo, exceptuando los muy contados que, como los de *La Veloz*, prefieren hacer escala para tomar carbón en la Gran Canaria. San Vicente se halla, para lo que á política respecta, en poder de los portugueses; pero sobre todo, está sometido á la especulación inglesa. El único recurso de aquella isla es este comercio, al cual se agregan los desembarcos de muchos pasajeros que durante las operaciones de carga de carbón desembarcan para ver la isla, que es por cierto más agradable vista desde el vapor que recorriendo sus calles insignificantes y angostas; á diferencia de Las Palmas, que cuando uno se detiene para visitarla, es una población encantadora y llena de atractivos.

Entretanto, y como pronóstico de una situación negra, desde el combustible á los indígenas, apenas nuestro vapor echa el ancla, una masa compacta de seres humanos, más negros que el carbón, llegan nadando en rededor de la nave y piden que se les arrojen algunas monedas al mar para dar en pago el espectáculo del negrito que desaparece cabeza abajo entre

las ondas y torna luego á la superficie llevando entre los labios la moneda. Es una posición social como otra cualquiera; no exige largos estudios; pero, después de todo, hay en ella habilidad y deseo de saldar las cuentas.

El pasajero que no quiere perder la ocasión de una visita característica desembarca, y en vez de arrojar monedas al agua, prefiere gastarlas adquiriendo algún pajarillo raro que seguramente se le morirá antes de llegar á Europa; á no ser que en vez de un pájaro raro no compre una *rara*, que allí las hay expuestas de los más vivos y brillantes colores y de precios no menos brillantes.

Conviene no olvidar que en San Vicente existe bastante comercio de florecillas, hechas con mucha habilidad, de plumas de pajarillos.

Tocado el suelo de San Vicente y recorrida una calle cualquiera—que allí, en puridad, más que calles son callejones—una cosa que de pronto impresiona al viajero es la abolición del calzado en toda la línea... de la vía pública; hay que exceptuar de esta regla á los pocos soldados portugueses que viven en la isla.

Advierto á ustedes que algunos tipos indígenas no carecen de cierta elegancia relativa. Vi, por ejemplo, á un jovencillo (acaso el *dandy* de

pueblo) que llevaba amplio sombrero de paja echado para adelante; puro con boquilla entre los labios; una almilla de paño á la espalda; un par de calzones muy largos y claros, sin manchas; un bastoncito con que él jugueteaba con cierta elegancia, pero con los pies perfectamente descalzos.

También hay alguna señorita que presume de elegante: un jubón de buen corte; saya clara y limpia; un pañolito ó *schal* de blonda, si viene á mano; pero los pies descalzos.

Hasta ahora he hablado á ustedes de la gente vestida. Ahora mencionaré los que van desnudos, además de los que habían acudido á pescar monedas alrededor del buque, muchachos todos, al parecer, unos en cueros vivos; otros, más lujosos, en camisa. Al desembarcar, los ven ustedes corriendo detrás, rodeándolos y no dejándolos nunca, á no ser que reciban algún bastonazo ó algún mojicón si se acercan demasiado, pues entre tantos descalzos nada tendría de particular que hubiese algún ladrón. En pugna con los muchachos, rodean á ustedes muchas viejas, casi todas con su pipa en la boca, y todas repitiendo la frase misma de los chicos:

—Deme usted dinero.

A los muchachos, no obstante, suele apro-

vechárseles para obtener algunos servicios de carácter puramente privado. Y en decírselo á nstedes aquí no veo mal alguno; ustedes recorren el país para visitar sus maravillas; estos muchachos se prestan á conducir á ustedes á la casa materna, ó, mejor todavía, *fraternal*, es decir... de la hermana.

En San Vicente no existen maridos celosos; casi estoy por creer que no hay ni aun maridos. El tipo de color es de belleza excepcional. Vense allí en brazos de muchas madres chiquillos regordetes, que ustedes devorarían á besos si no temieran quedar pintados de negro.

Con relación á los muchachos, dirigen ustedes un cumplimiento á la que suponen madre, y averiguan que aquel ser que ven ustedes en sus brazos no es el fruto de sus entrañas, sino un hijo apócrifo, que pasa de unos brazos á otros para sacar monedas á los forasteros.

Digan ustedes á uno de esos pilletes que les acompañe á la catedral, si la hay; los llevan á ustedes á la taberna de *todas las naciones*, en la cual se baila de noche y de día. Pidan ustedes á las vendedoras de pájaros que les den algún alado que logre vivir en nuestros climas, y es milagroso que llegue vivo á su destino: mueren indefectiblemente de nostalgia. Y ahora que ha-

blamos de pájaros, recuerdo que alguno de nosotros preguntó el precio de una hermosísima *Rara*, y la vendedora, queriendo mencionar una de las celebridades italianas que habían pasado por allí últimamente, dijo que aquella *Rara* la tenía reservada para el diputado Berio. Entonces, como sucede siempre con el fruto prohibido, para el ave no destinada á la venta llovían ofrecimientos; supe al cabo que la pícara vendedora había dado el pájaro al último y más exagerado postor.

La misma hermosura panorámica de San Vicente, ya se lo he dicho á ustedes, es un cuadro engañoso; desembarcan ustedes y se encuentran en laberintos interminables de callejuelas, con algunas plazoletitas por acá y por allá.

El mismo color negro, completamente negro como boca de lobo, que distingue á los indígenas, comienzo á creer que es falsificado, porque en la mayor parte de los casos me parece un negro demasiado hermoso y con exceso reluciente: deben barnizarse la cara aquellos isleños con el betún que no darán nunca á sus zapatos.

En San Vicente existe también el comercio de esclavitos; pero es un comercio falso, y por eso la política colonial nada tiene que ver en el

asunto. Venden á ustedes un muchachuelo para que lo conviertan ustedes en un criado de lujo, pero se apresuran á declarar que no lo venden aunque dieran ustedes por él un ojo de la cara. Obligan á ustedes á que dejen de prenda una buena cantidad como garantía de que lo educarán ustedes bien, de que enviarán regularmente noticias del muchacho á su familia; porque no es, conste así, no es una compra lo que ustedes han hecho, es una cesión amistosa lo que han obtenido, para que ustedes eduquen al chico á la europea, y si á mano viene le hagan estudiar trigonometría y los sonetos del Petrarca.

Mientras César Lavarello iba de acá para allá con su maquinita fotográfica, una turba de mujeres le asediaba para vendérsele á toda costa; es decir, que deseaban hacerse fotografiar; pagándolas á tanto por retrato, se entiende. Aquellos isleños, que procuran especular con todo y que cada vez son más pobres, veían revelarse en la fotografía de los aficionados un nuevo manantial de ingresos.

Cuando estuvimos cansados de las excursiones y de la vista de aquellas eternas cestas de peces rojizos y aplastados, de aquellos árboles inmensos, de aquellos enormes bananeros que por todo el viaje nos perseguían, nos encami-

namos al puerto. Mientras andábamos á lo largo de la playa encontramos á un cazador, negro y descalzo, por supuesto; pero con gran fusil y gran bandolera.

Era, no obstante, un cazador falsificado; porque viendo que le mirábamos llegóse á nosotros para ofrecernos en venta su fusil, y nos le ofreció con insistencia.

Antes de dejar á San Vicente, debería yo decir á ustedes que hay en esta isla, ó, mejor dicho, cerca de esta isla, otra particularidad; es á saber, otra islilla, un escollo grande, poco alejado de la escala del puerto; lo primero que se presenta á quien llega á San Vicente y lo último que desaparece al partir el buque. En la cima hay un fortín y un faro. Pero la denominación de aquel islote, todo retorcido en espiral hasta terminar en punta, el nombre de este islote extraño que parece depositado muy de intento en la entrada de San Vicente por algún mal intencionado, es un nombre de esos que no pueden decirse; no tanto porque en él entre la palabra *diablo*, cuanto porque el sustantivo, excesivamente tal, es de una índole que, por mi parte, no me atrevería á pronunciar la dificultosa palabra aunque tuviese que despedazarme la lengua.

CAPITULO LVI

Los que tornan contentos y los que tornan descontentos.—Un drama á bordo.

El día que siguió á nuestra salida de San Vicente, siempre con aquel tiempo de perezosos, fué uno de los más alegres de la travesía. Cuando, después de tanto océano, se ha tocado un poco de tierra, primer elemento de prueba de que penetramos en el mundo antiguo, todo adquiere seguridad; se piensa que ya la incertidumbre de tornar al suelo de la patria ha desaparecido; se ama, se desea la patria, se habla de ella con cariño, mucho más que en los días de soledad eterna y misteriosa en medio del mar. Los enfermos, en las travesías de vuelta, son, con relación al número de viajeros, más en los viajes de regreso que en los de ida; porque en el contingente de los que tornan, entran los que han hallado un clima perjudicial para sus pulmones ó para sus nervios. Están entre ellos además los que padecen nostalgia, que nunca faltan; y los pobrecillos son los más fastidiosos de todos los enfermos, máxime cuando son las nostalgias falsas.

Pueden ser divididos en dos categorías, diametralmente opuestas, los que tornan á la patria: los de buen humor y los melancólicos; aquellos que han conseguido hacer una fortuna y aquellos otros que regresan más desesperados que antes; y actualmente no son pocos.

En el viaje de ida eché de ver las largas filas de los que contemplaban el mar, allí, durante horas enteras, firmes, extáticos, admirando la nada y la inmensidad, como si á sí mismos se dirigiesen la gran pregunta:

—¿Me llevará allí la fortuna ó la desdicha?

En el viaje de regreso estudié, por el contrario, estas dos distintas categorías de los que regresan satisfechos y los que tornan desilusionados. No era difícil ciertamente distinguir los unos de los otros.

Imaginen ustedes á los primeros alborotadores, descuidados en su *gato* de oro ó de papel italiano—que en las casas de los cambistas de Sud-América lo hay siempre en abundancia—y llevando esa bendición de Dios oculta en la faja. Vean ustedes á los otros, silenciosos, tristes, prematuramente envejecidos, mirando al mar de reojo, indiferentes y desdeñosos á cuanto se hace á bordo, lo mismo que á cuanto ellos mismos han hecho en tierra, y esquivos tal vez

hasta en aceptar el rancho diario, como cosa que sirve para sostener una existencia desdichada. Un interesante ejemplar de los que tornan descontentos á la patria era objeto de atención especialísima por parte de César Lavarello y también por la mía, durante el viaje; era una figura severa y digna, á lo Garibaldi, de frente triste y fruncida, de una tristeza solemne y además constantemente muda.

Permanecía este viajero horas y horas apoyado en el palo trinquete, y en aquella no estudiada actitud de apesadumbrado, parecíame leer un poema de memorias, de objetos caros ya perdidos, de un bien inútilmente anhelado, de la desesperación, como único resto de una vida laboriosa y desventurada.

Pero la conmiseración general la atraía muy particularmente una familia desdichadísima: un matrimonio con un niño. La mujer, simpática morena de la provincia comasca, amamantaba á su niñito, excesivamente pequeño, más pequeño que todos los demás niños de este mundo, y que estaba muy lejos de prometer mucho para el porvenir. El marido, un joven, también italiano, que en América había ahorrado, si no una fortuna, algunas cantidades en su profesión de relojero. Se habían conocido en Buenos Aires,

se habían amado y eran marido y mujer hacía poco tiempo; el que bastaba para haber lanzado al mundo una malhadada criatura.

El marido era guapo, rubio, muy amante de su esposa y de su hijo; pero estaba tísico en último grado. Creo que ninguna mujer puede amar al compañero de su vida como aquella pobre mujer amaba á un resto de hombre, al cual rodeaba ella de incesantes cuidados. Cuando la atribulada esposa dirigía la palabra á cualquiera de los pasajeros, era invariablemente para preguntarle:

—¿No es cierto que, de regreso en Italia, mi marido podrá curarse? ¿No es verdad que los aires de la tierra natal hacen milagros?

El doctor Marcori respondía á cuantos le preguntaban acerca de ese milagro, exceptuando, como se comprende, á la esposa:

—Será milagroso que lo llevemos vivo hasta el puerto de Génova.

En cierta ocasión, la infeliz mujer, que me había visto muy frecuentemente en conciliábulos con el inaccesible doctor (tiene cerca de dos metros de estatura), me preguntó:

—¿Entiende usted de medicina?

—Solamente lo necesario para distinguir un sano de un enfermo, le respondí.

—¿Y usted cree que para mi marido no hay ya esperanza?

Precisamente habían llevado al pobrecillo, en un colchón, sobre cubierta, para que respirase un poco, si le era posible.

—No sé decir á usted, señora, respondí, después de haber dirigido al enfermo una melancólica mirada.

—¿No le parece á usted que tiene mejor semblante que en los días anteriores?

—En los días anteriores... no lo recuerdo.

—Pero, en fin, ¿usted no ha oído decir nunca que un viaje de mar puede hacer milagros para un tísico?

—Sí, lo he oído.

—De modo, ¿que puedo esperar?

—Espere usted.

Y en seguida insistió:

—Me parece que si yo no debiera esperar, usted no me lo diría.

—Pero, señora, yo no soy el médico.

—Pero le veo á usted hablar muchas veces con el doctor.

—Somos amigos.

—Háblele usted alguna vez de esto. Pregúntele, por compasión, si puede quedarme siquiera un hilo de esperanza.

Después, prorrumpiendo de pronto en copioso llanto, continuó:

—Porque si no hubiese esta esperanza, ¿para qué vivir?

—Para esa criatura... Es usted madre.

La desventurada miró á su pobre hijo durante algunos minutos; y como si comprendiese que para el niño había aún menos esperanzas que para el enfermo, prorrumpió en nuevos sollozos.

Sentíme conmovido, y pensé: ¿Para qué se nace?

Desde aquel día nada se supo del pobre tísico durante una semana: solamente nos decían que no podía dejar el lecho.

Veíamos á la pobre mujer, consagrada al dolor, atravesar siempre apresurada desde el dormitorio á las cocinas, para proveerse de cuanto pudiera necesitar su compañero; nada pedía para sí.

Un día, esta desventurada se nos presentó loca de alegría. La infeliz iba diciendo á unos y á otros:

—¡El milagro se ha realizado! Ahora que nos vamos acercando á nuestro país, mi marido recobra la salud; hoy parece otro hombre; vendrá aquí, sobre cubierta, á la hora de comer. ¡Po·

brecillo! ¡Le alegra tanto poder libremente ver el mar! ¡Oh, sí! el mar lo ha curado.

Y en esta dulcísima ilusión, la infeliz hizo preparar un colchoncillo sobre cubierta: después dos hombres transportaron allí al sér— que no llamaré desgraciado, pues le quedaba la felicidad mayor que puede á un mortal serle concedida antes de morir: tener una mujer á quien ame y de quien sea amado inmensamente.

—He podido venir, si me hubiese empeñado, por mi pie, decía á los allí presentes el enfermo, poniendo entre palabra y palabra grandes pausas, mientras le colocaban en un colchón.

—Has hecho muy bien, pobrecillo, en no abusar demasiado pronto de tus fuerzas, decíale con acento de cariño maternal su mujer.

Y luego, dirigiéndose á los circunstantes, nos decía con un poco de orgullo:

—Soy yo quien no ha querido dejarle que probara á venir por sí solo.

Pasaba yo por allí casualmente: la mujer del enfermo vino á mi encuentro, diciéndome con aire de triunfo:

—Vea usted, vea usted si yo tenía razón: el milagro está hecho: ahí está mi marido como todos los otros.

La afirmación era demasiado atrevida: el po-

bre tísico no estaba allí como todos los otros, sino de un modo muy diferente.

Siguió á esto la distribución de la menestra. Habíame yo parado á considerar, no solamente al enfermo, sino el edificante espectáculo de religión del alma que su mujer le ofrecía. La infeliz tendió inútilmente al enfermo una menestra hecha adrede para él. Aproximada la cuchara á los labios, el enfermo la rechazó casi con espanto. Dirigió en cambio codiciosas miradas á los pedazos de hielo que el marmitón distribuía á los inmigrantes.

—Un poco de ese hielo para mí también, exclamó con avidez intensa el enfermo, mostrando en sus mejillas todo el ardor de una de esas fiebres que tienen la triste misión de parecer renacimiento de vida.

La mujer acudió presurosa á dar á su adorado compañero un pedazo grande de hielo, que el enfermo, en vez de chupar, cogió entre los dientes y mordió casi con rabia, como si pretendiese extinguir el fuego devorador que sentía en sus entrañas. Muy pronto pidió otro pedazo; la mujer obedeció, y los dientes del enfermo volvieron á principiar su trabajo de destrucción. Recuerdo que dije al amigo Lavarello, que callaba;

—¡Qué triste agonía!

También pregunté al doctor Marcori:

—Pero tanto hielo ¿no hará daño á ese pobre hombre?

—Ya nada puede hacerle daño, respondio el médico. Es el caso mismo de la última cena de un condenado á muerte.

En la tarde de aquel mismo día estábamos reunidos en grupos en la azotea de popa tomando el fresco. De pronto vinieron á llamar al doctor.

—Aquel hombre, le gritaron, el tísico, se halla en la agonía.

El médico se levantó precipitadamente: yo le seguí á la enfermería.

Una figura que parecía de cera, un sér cuya vida toda parecía concentrada en la viveza de su mirada, hallábase en el lecho, con la cabeza inclinada hacia la cabecera. Las manos, que salían por fuera de las ropas, parecían movidas por tremenda tensión nerviosa. Próxima á la cama, procuraba sofocar los sollozos, violentándose á sí misma, una estatua del dolor, que tenía en sus brazos á un niño. La voz del moribundo balbuceaba, señalando su pecho:

—¡Aquí, aquí me arde!

Después recaía en una especie de sopor fati-

goso. El doctor llegó cuando á la fatiga acompañaba un tristísimo hipo.

Una mujer que caritativamente solía prestarse á prodigar cuidados de madre al niño, habíale tomado de los brazos de la que muy pronto sería viuda, y estaba ya á punto de sacarle de la enfermería. El moribundo, que, como único residuo de vida, tenía siempre los ojos extremadamente abiertos, y lo veía y lo oía todo, pretendió hablar, y como no le saliese la voz, tendió con ademán suplicante sus brazos hacia el niño, que hubo de serle llevado á su cabecera. Sobrevino entonces una escena desgarradora, que ni la palabra, ni la pluma podrían reproducir. El hombre, cuya existencia se extinguía, concentraba toda la expresión de su vitalidad en un beso, que era un verdadero poema de ternura.

Al propio tiempo la desdichadísima mujer, teniendo entre sus manos una de las del moribundo, la besaba y la regaba con lágrimas ardientes, contraste supremo con el hielo de la muerte que se aproximaba.

La que caritativamente se había convertido en nodriza, arrancó al niño del último beso de un hombre casi cadáver, para dejar su sitio al médico, el cual examinó al enfermo en medio

de aquel silencio grave en que se adivina lo inexorable de la sentencia.

—¿Y qué? ¿Y qué? preguntaba con anhelo la infeliz, que hasta el último momento quería conservar sus esperanzas.

El médico, que en aquel momento apoyaba una de sus manos en el corazón del agonizante, no pronunció una sola palabra, pero dijo demasiado con la expresión de su rostro.

En aquel instante el moribundo, cuyo hipo concedía, al parecer, pocos segundos de tregua, manifestaba deseos de hablar, y su mirada lanzó un nuevo relámpago de vida cuando se clavó en la desconsoladísima esposa. Ésta concentró más aún, si era posible, su atención sobre aquel pobre extenuado, y de tal modo aproximó sus labios á los que un día le habían prodigado ardientes besos, que parecía como si pretendiese devorar cualquier palabra que el moribundo quisiera dirigirle. Parecía, efectivamente, que algunos acentos roncos salían de la boca del desdichadísimo esposo y padre, pero ninguno las comprendió, ó, cuando más, pudo comprenderlas la pobre mujer que con aquel afecto había vivido. Después aquel hombre próximo á expirar, como intentando en vano sostener su respiración, dijo á la esposa: «Levántame.» Y

en la tentativa inútil de respirar aún otra vez, inclinó su cabeza. La mujer lanzó un grito desgarrador, abrazando con frenesí al que no era ya más que un cadáver.

Pasadas algunas horas, la mujer continuaba siempre abrazando nerviosamente á su muerto. Fué menester, reconocida la inutilidad de los ruegos, acudir á las órdenes, á la violencia. Muchas veces, y éstos fueron los momentos más terribles, la desesperada viuda, creyéndose sola, y mientras el niño estaba en otras manos, estuvo á punto de arrojarse al mar, como para preceder al hombre á quien no restaba más que aquella sepultura inmensa.

Al día siguiente la viuda se negó á tomar alimento; casi había olvidado á su hijo; permaneció hasta la caída de la tarde, llorando amargamente, cerca del cadáver, suplicando que le permitieran verle de nuevo. Algunas mujeres, con la dulzura de sus consejos, lograron al fin persuadirla á que se dejase conducir sobre cubierta, cerca de su niño. Antes de separarse definitivamente del cadáver, lo besó, y volvió á besarlo muchas veces; púsole una crucecita en una mano; le cortó un mechón de cabellos; y al cabo la arrancaron de aquel sitio; pero le prometieron que todavía vería otra vez á su difunto,

Dos marineros se dispusieron á aprovechar aquel forzado abandono para adoptar las últimas disposiciones que, acerca de los cadáveres, prescriben las leyes de á bordo. Aquel cuerpo, que ya entonces parecía un esqueleto, fué envuelto en una cubierta y después atado con cadenas de hierro á los pies.

En otro sitio se procuraba entretanto, á porfía, llevar ánimos y consuelo á la viuda. El capitán, corazón de padre, repetía muy especialmente:

—Ahora piense usted en su hijo.

Pasajeros de todas condiciones alternaban en la tarea de consolar y de aconsejar á la infelicísima, que no cesaba de llorar, para que tuviese resignación y calma. César Lavarello intentó darle un generoso auxilio en dinero; pero la mujer lo rehusó con energía... y volvió á su llanto, cada vez más doloroso.

Cuando, después de haber amamantado á su hijo, volvió á dejarlo en los brazos de la mujer que de ordinario lo cuidaba, y quiso volver al lado del cadáver de su esposo, el capitán y el médico le dijeron resueltamente:

—Es inútil; no puede usted ya verlo.

La mujer que tenía en sus brazos al niño, agregó:

—Está ya en el cielo.

La viuda cayó entonces en una convulsión que, tal vez, para su espíritu cansado, fué un sueño.

A cosa de las tres de la noche, bajo un cielo espléndidamente estrellado, era arrojado al insaciable mar otro de los destinados á no tener un sepulcro en la tierra.

CAPÍTULO LVII

En el estrecho de Gibraltar.

Por esta vez pudo ser visto, á la luz del sol, este famoso Estrecho; esta puerta del paraíso europeo, con llave confiada á quien tiene el propio domicilio legal en mares muy distintos. Los que no han viajado no pueden imaginarse la emoción, el temblor con que, después de haber costeado tanto el África, se escucha el anuncio: «Estamos en el estrecho de Gibraltar.»

Como quien dice: «Estamos en nuestra casa.»

Las distancias desaparecen; España y Francia no nos parecen más que dos antesalas de Italia; navegando siempre en la misma línea, aunque sea por un día y una noche todavía,

hallaremos al fin nuestra Italia. ¡Oh! ¡Cómo se siente y cómo se comprende, al pasar el Estrecho, la fraternidad de las naciones europeas, aun cuando se miren de reojo! «¡Ah! ¡Nuestras tierras!» se dice al vislumbrar las primeras rocas de España.

He ahí el cabo Espartel; una gran montaña en esta embocadura del Mediterráneo, que, al parecer, extiende su pie cuanto puede para tocar en una de sus orillas al Océano.

He aquí también un súbito afluir de buques de vapor y de barcos de vela; éste sale, aquél entra; el uno, lo mismo que nosotros, ha costeado el África; el otro procede de tierra portuguesa, de la Francia oriental ó de Inglaterra; adviértese en todos gran apresuramiento para entrar; apresuramiento que no es incompatible con todas las consideraciones á los vecinos y á ellos mismos que las leyes prescriben. En este estrecho, capitán y oficiales van muy sobre aviso.

¡Ea! Aquí debe lucirse tu valer, *Ciudad de Génova*. Allá, algunos centenares de metros delante de nosotros, hay un vapor que hiende el mar muy velozmente.—Lo adelantaremos. No lo adelantaremos. Nace de pronto entre los inmigrantes diferencia de opiniones. ¡Por

vida del... En menos tiempo del que podríamos haber presumido, nos hemos acercado á él; y sin embargo, aquel vapor corre con velocidad asombrosa; esto prueba evidentemente que el nuestro vuela. Veamos qué bandera ostenta: bandera francesa: ¡perfectamente!

Aquí un viva á Italia, otro á nuestro vapor, otro á su capitán, otro á sus máquinas, y hasta otro á sus maquinistas. Atención: he ahí otro buque á la vista, delante de nosotros, en tanto que el anterior lo hemos dejado tan atrás, que ya no lo vemos.—¡Más fuerza á las máquinas! Pero si las máquinas son las mismas de siempre. ¡Adelante, adelante, siempre adelante!; ya estamos encima... Enarbola bandera inglesa. ¡Hermosa figura para una nación que tiene la manía de ser la velocidad! Por otra parte, no todos tienen igual prisa... Pero de todos modos, lo que se adelante, eso se va ganando.

Estas exclamaciones dialogadas son de *reglamento* entre los pasajeros de un barco próximo á terminar en dieciocho días su viaje desde Buenos Aires á Italia.—Pero he ahí otros vapores. Vean ustedes aquél de allí; ¡qué pequeño es, y qué esbelto! Ligero sí, pero no tanto como el nuestro.

—¡Y vean ustedes aquel otro!... Se advierte

desde luego que pretende competir con nosotros. Todas la miradas de sus tripulantes se hallan fijas en éste. Ha redoblado su velocidad.—¡Bravo, capitán, bravo! Haga usted lo mismo por su parte... ¡Va interesado en ello el honor nacional!

—Haremos lo posible.

—Ahora tampoco hay duda; aquel vapor turco pretende también competir con nosotros...

—Corre tantos nudos como el nuestro.

—Le hemos alcanzado, pero no conseguimos adelantarlo. Vamos siempre iguales.

—Aun haciéndolo adrede, no podíamos deslizarnos mejor alineados.

—Ya lo hemos adelantado. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡¡Vivaaa!!

—Y sin embargo, corría tantos nudos como el nuestro.

—Es verdad, pero se ha visto obligado á ceder.

Suena entonces una salva de silbidos lanzados contra el piróscafo que ha pretendido luchar con nosotros; salva que nuestro capitán deplora porque nunca se sabe de lo que es capaz un vapor en alta mar, ó lo que es más grave, en mar estrecha, cuando se le irrita.

Entretanto, abandonándose á la más loca alegría por todas estas victorias, pueriles si se quiere, pero victorias al cabo, los inmigrantes lanzan al mar los sombreros, chaquetas, todo, hasta platos y pedazos de pan: entónanse cantos nacionales, y recordando que viene á bordo un Lavarello, todos se apresuran á dirigirse en masa al puente de la comandancia para buscarlo.

—¡Viva Lavarello! gritan todos; mientras César exclama:

—¡Por vida del... ¡Qué lástima que el sol esté ya demasiado bajo para poder fotografiarlo!

Ahora hemos pasado por delante de Tarifa, y esto interesa muchísimo á todos, porque Tarifa, desde lo más alto de aquel observatorio semafórico, se encarga de hacer que sepan en nuestro país que en este momento pasamos el Estrecho, mientras nuestro buque señala con muchedumbre de banderas multicolores que tenemos salud á bordo para dar y tomar.

Hénos ahora precisamente en el Estrecho, delante de la fortaleza de Gibraltar.—¡Qué pequeñez! ¿Y está aquí todo Gibraltar? ¡Si parece un sombrero de cura, algo prolongado por uno de los extremos! Y no es eso, sino una capa de plomo y de hierro ingleses colocada en la nariz de la Europa mediterránea.—Y este Estrecho,

¿está aquí todo? Vamos: ¡midámoslo de cabo á rabo! Es estrecho, sí... pero se puede pasar por él sin rozarse los codos. En realidad, se necesita poseer vista excelente para ver á un mismo tiempo las dos orillas.—Caballero oficial... ¿á qué estrechuras nos hallaremos?—¡Unas siete ú ocho millas!—¡Pero, hombre, entonces esto no es un estrecho!

Es muy cierto que todas las cosas para las cuales estamos muy preparados, merman muchísimo de su verdadero valor; y como en este caso debía ocurrir aumentó, en razón inversa de su decantada pequeñez.

Conste, entretanto, el hecho de que nuestra entrada en el Mediterráneo fué una regata triunfal.

Ya caída la noche, y para solemnizar el paso del Estrecho, hubo función de baile en el castillo de popa; un castillo hermoso: mejor diré, una hermosísima azotea tan espaciosa, especialmente en el sentido de la longitud, que se podían verificar en ella danzas y contradanzas con toda la holgura que pudiera haber en un verdadero salón de baile. Agreguen ustedes á esto aquel mar siempre tranquilo, según estaba anunciado (esta era la verdad) en el programa de nuestro viaje de vuelta, y comprenderán us-

tedes que habría sido verdadero crimen no tomar parte en el baile. Bailó hasta un cojo...; pero ese cojo no era yo. En cuanto á la música, era la mejor que podía apetecerse, lo digo realmente sin sombra de adulación. Un distinguido profesor de Milán, músico de la orquesta en el teatro de Ópera de Buenos Aires, y que á la sazón regresaba á su patria, había organizado un quinteto con varios de sus compañeros. Había, pues: violin, viola, guitarra, flauta y clarinete; nada de trompas. El maestro director compuso para el caso dos piezas, una de las cuales dedicó al señor Lavarello.

Entre una danza y otra se echó un guante en favor de la *Sociedad Ligúrica de Salvamento;* el guante no dejó de dar resultado.

Es antigua costumbre la de que, cuando se aproxima el término de un viaje, los maquinistas inviten á los pasajeros, y más especialmente á las señoras, á visitar las máquinas. Nosotros visitamos aquellas máquinas soberbias que no habían experimentado ni una hora de indisposición en toda la travesía; máquinas poderosas que obligaban á la hélice á dar, por término medio, 99.410 vueltas en veinticuatro horas, lo cual corresponde á 69 por minuto; aquellas vueltas nos valieron, al pasar el Estrecho, la sa-

tisfacción moral de que ya he hablado á ustedes.

Desde el calor asfixiante de las máquinas (¡mal oficio, especialmente el del fogonero!) pasamos á todo lo contrario, esto es al hielo; que era, sin embargo, consecuencia directa, hijo muy legítimo de las máquinas; pasamos, quiero decir, al benemérito mecanismo frigorífico que durante el viaje nos había proporcionado carnes y pescados fresquísimos, verduras y frutas que parecían recién cortadas; caza más sabrosa y más fresca que la que hubiésemos podido encontrar en nuestros mercados; vino y licores siempre frescos, á más de aquella abundante provisión de hielo de la cual pudimos disfrutar, durante la travesía, los pasajeros de todas clases.

Esta máquina frigorífica, «Bell Colemann» era, no sólo benemérita de nosotros los pasajeros, sino también digna del agradecimiento de otros que residían en tierra; porque todos sabemos que los buques Lavarello traen y llevan, en continuo cambio, géneros frescos de Génova á la República Argentina, y viceversa, llevando á la una lo que falta en la otra; y además las noticias frescas sobre la crisis del oro y sobre otras cosas.

Sin embargo, esta máquina frigorífica, nunca

bastantemente elogiada, emplazada en el fondo de popa, merecía un canto antes de terminar el viaje; y yo, aunque sólo soy hijastro de las musas, me disponía á entonarlo cuando, con gran sorpresa, eché de ver que ya á mi paso cerca del fuego ardiente de las máquinas, ó ya al trasladarme desde allí á la temperatura más que siberiana de las fresqueras, la inspiración se me había helado. Aún, en lo que á este particular respecta, no estoy curado, y al escribir este libro, me resiento. Los médicos, sin embargo, no desesperan de salvarme.

CAPÍTULO LVIII

Cae el telón.

En tanto que estábamos *sumergidos* en aquel examen no muy superficial del buque, nos deslizábamos á todo correr ante las costas de España. Pero ahora sabía yo de memoria aquellos sitios, y experimenté algunos latidos, más violentos que de ordinario, en mi corazón frente al Cabo de Palos, donde es fama que un grande hombre, antecesor mío, zarpó un día para dirigirse á descubrir América; y experimenté otros

latidos, de causa también histórica, si bien más reciente, pasando á la vista de Barcelona, desde donde me parecía oir aún el bullicio de tantas fiestas, el eco de tantos brindis, el gorjeo de los mil pajarillos de la Rambla, el timbre *abaritonado* de aquel alcalde elocuentísimo, las características canciones de las fascinadoras catalanas; yo permanecí aquella vez bastante indiferente por delante de una serie interminable de pendientes escarpadas, de picos del diablo y peladas montañas. Reservaba yo mis mayores emociones para la vista de las mías. Por la noche sobrevinieron en aquel desfile las costas francesas, que forman realmente una procesión inacabable de faros.

Dejo á ustedes imaginar con cuánta y cuán verdadera, profunda é indecible emoción, íbamos á la mañana siguiente fijando nuestras miradas en Niza, Mentone, Ventimigla, Bordeguera, Portomaurizio, Albenga, Loano, Nah, Savona, Vorazze, Logoleto, Areazano, Voltri, Satri, Cornigha, y, por último... *Génova*, después de haber visto durante mucho tiempo el faro. ¡Qué cuadro, lectores de mi alma, qué magnífico cuadro!

Entramos en el puerto de Génova en la mañana más espléndida y con el más dulce mar.

Baste decir que hasta el mismo golfo de León había estado sereno.

Los pasajeros que no habían visto nunca Italia, y de éstos hay siempre,—inclusos muchos italianos nacidos en América,—no se cansaban de decir al entrar en el puerto de Génova:

—¡Pero ésta es una ciudad encantada!

Yo, en aquel momento, me esponjaba todo y me envanecía como si hubiésemos fabricado la ciudad de Génova, en sociedad comanditaria, Lavarello, el capitán Avonzo, el doctor Marcori, el teniente Galletto, los dos hermanos maquinistas y yo, y aun el jefe de cocina, que también era genovés de pura sangre y autor de condimentos sabrosísimos, sopas caprichosas, guisados peregrinos, macarrones especiales, monas de Pascua y chuletas de carnero con verduras variadas; que, en verdad, constituían otras tantas legítimas glorias genovesas.

Considero superfluo decir á ustedes que, una vez nuestro buque dentro del puerto de Génova, comenzamos á saborear nuevamente, en toda su plenitud, las delicias de nuestros sistemas aduanero y portuario, agravados por todos los refinamientos de la tortura oficinesca que á la sombra de las nuevas reformas legislativas se introdujeron en ellos.

Los pasajeros del *Ciudad de Génova* fuimos, por esta vez, relativamente afortunados: los únicos contratiempos que tuvimos al desembarcar fueron los consiguientes á la hora de nuestra llegada. ¡Figúrense ustedes! Echamos anclas y solicitamos ser admitidos á libre plática precisamente á la hora en que todo el personal de quien depende esta declaración de patente limpia estaba almorzando. ¡Dios de los cielos! ¿Quién no almuerza? Convino esperar un buen rato; después llegó la deseada patente limpia, y pudimos desembarcar.

Comenzaron, inmediatamente después, las horcas caudinas aduaneras; baules boca abajo; una ensalada mixta de ropas interiores, fotografías, pomadas para no hacer que nazca el cabello, traje negro, traje gris, cartas geográficas, cuchillos inofensivos é impresiones de viaje. El vigilante aduanero vió en el fondo de mi baúl un ramo de flores marchitas que me había dado, poco antes de partir, la señora de mi corazón; porque yo también tenía una. El bárbaro quiso secuestrarlo en nombre de las ordenanzas de aduanas contra la *filoxera*. Por último llegamos á un arreglo, y yo y mi equipaje volvimos á ser ciudadanos libres.

Me quedó en tierra, durante algún tiempo, la

afición á dar un paseo para ver el desembarque de los viajeros procedentes de América y que llegaban en algún buque importante,

Un día, precisamente cuando estaba yo para atravesar desde la bajada de Zingari al puente de Federico Guillermo, vi desde una parte á otra de los rails, á tres personas en las cuales me pareció reconocer al pronto gente amiga. Creí primeramente que me engañaba la vista, pero no era así: aquella trinidad estaba formada por Pablo, mi compañero de travesía en el *Duquesa de Génova*, dando el brazo á la hermosísima Luisa. Detrás iba el inflexible anciano. Me quedé estupefacto.

Nos estrechamos los cuatro las manos como antiguos y buenos amigos que hace mucho tiempo no se han visto, y después pedí explicaciones de lo que sucedía.

—Ha venido á herirme una gran desgracia, me dijo Pablo con el rostro más ó menos dramáticamente compungido; recibí en América la noticia de la muerte de mi tío, así como de sus últimas disposiciones.

—¡Muerto! exclamé reprimiendo... las lágrimas.

—Sí, muerto, me contestó el otro.

—He ahí, dije, un tío, y no de América, que

ha hecho la fortuna de su sobrino americano.

—Y también nuestra fortuna, dijo el anciano.

—Y usted, ¿está contenta? pregunté á Luisa.

—No puede estarlo, respondió el maligno jardinero, porque á ella también se la ha muerto el pobre tío.

EPÍLOGO

—

LA REVOLUCIÓN DE 1890

La caida de Juárez Celman.

Este epílogo viene por sí mismo, y se impone á causa del momento en que sale á luz la obra.

No he querido sino reunir mis recuerdos de viaje, y acaso el lector pueda echarme en cara una nota demasiado personal: habrá encontrado en el libro más anécdotas que descripciones. Pero las coincidencias de los sucesos han venido á dar á estas humildes páginas un carácter de páginas históricas. Sin quererlo, he descrito una situación, he presentado un país en vísperas de revolución.

Llegué á tiempo para ver aquel pueblo, aquellos hombres de negocios, aquellos legisladores, aquellos gobernantes supremos, en el apogeo de las ilusiones, en el bullicio máximo de aquellas fiestas de Mayo, que, según recordaban los presentes, no habían tenido iguales por la magnificencia del fausto y los dispendios de millones. Llegué á tiempo para asistir á las aberra-

ciones que produjeron el colmo del negocio de Bolsa en Buenos Aires en Julio de 1889, cuando subieron hasta *diecisiete millones de escudos* las diferencias que habían de ser pagadas. Al día siguiente de aquella fabulosa liquidación, todos los periódicos políticos publicaron sendos artículos de fondo que elevaban á las estrellas estos milagros del negocio; milagros que solamente podían realizarse en la capital de la República Argentina.

También era por entonces cuando ocurrían otras exorbitancias que podrían llamarse el negocio con luces de bengala, como, para mencionar sólo un ejemplo, la nueva cesión de las obras del puerto en Buenos Aires, que se había llevado á cabo con un beneficio neto, para el cesionario de la concesión, de 360.000 escudos, más un regalo de 460.000 áreas de terreno.

En el día 13 de Octubre del año próximo pasado, al cumplimiento del tercer aniversario de la presidencia de Juárez Celman, y con el oro á 200 por 100, se preparó con el mayor cuidado y se realizó á toda costa, el último acto de aberración *festival*, es decir, la procesión cívica en honor del doctor Juárez Celman. De prisa y corriendo, para que esta manifestación delante del palacio delGobierno resultase más imponente y

menos molesta, se hizo desembarazar de escombros, utilizando millares de carros, el trozo del nuevo paseo de Mayo que une la plaza de la Victoria con la calle Florida. Las cuadrillas de trabajadores *(peonadas)* municipales, en cuyo pago se había retrasado bastante la Administración, recibieron órdenes de reunirse en la calle del Comercio, donde les serían pagados los jornales del mes de Septiembre, siempre que fuesen nmediatamente á engrosar las filas de los manifestantes. Al mismo tiempo se ajustaron dieciocho bandas de música, al precio correspondiente de 300 escudos cada una, para animar la procesión, cuyo grito debía ser: ¡Viva el presidente Juárez Celman!»

Mientras la manifestación desfila en la calle de la Florida, por frente á la *Confitería del Águila*, donde se halla parado, como siempre, gran golpe de curiosos, al prorrumpir los manifestantes, por centésima vez, en su grito: «¡Viva el presidente Juárez Celman!» estalla muy sonoro entre la multitud apiñada, un grito harto diverso: *¡Viva el tirano Rosas!* Apenas lanzado aquel grito, la detonación de un arma de fuego hace estremecer á la multitud, y un infeliz que se hallaba allí casualmente y que, según testificaron todos los que cerca de él estaban, no había sido

el autor del grito sedicioso, cae herido demuerte por la bala de un revólver.

La procesión continúa desfilando, y la plaza de la Victoria no ha oído nunca resonar con más fuerza ni más vigor que aquel día los vivas á Juárez Celman.

Al día siguiente, el *Sud-América*, periódico órgano del Gobierno, encomiando la magnificencia de la demostración, hubo de indicar, no obstante, algo sobre aquel incidente sangriento, pero salió del paso con la observación siguiente: que «no había para qué dar demasiada importancia al caso, porque la víctima... ¡era un napolitano!»

Y en cuanto á la familia del pobre muerto fué luego infructuoso todo paso con el Gobierno para que le fuese dada una indemnización.

Las cosas iban siempre empeorando: y un personaje de mucha autoridad, que ha sido nombrado con bastante frecuencia en estas páginas, y siempre con la deferencia que él merece, me escribió desde Buenos Aires, con fecha 6 de Julio último, una carta, que llegó abierta á mi poder, por conducto del atento señor vicecónsul italiano, que á la sazón se halla de regreso; de esa carta reproduzco las palabras siguientes:

«Querido amigo:

»Usted, desde el primer día de su permanencia en Buenos Aires, presagiaba la crisis, que poco después sobrevino efectivamente; y si bien entonces yo no prestaba mucha fe á sus pronósticos, porque procedían de un literato y no de un economista, el tiempo me probó que usted tenía razón.

»El país declinó ruinosamente en el sentido económico; los terrenos disminuyeron de precio progresivamente, hasta el punto de que hoy nadie los quiere á ningún precio; las *cédulas hipotecarias*, al 50 por 100; y los otros títulos de Sociedades económicas, á ningún precio; el oro á 300 por 100 y aun más depreciado. El papel emitido clandestinamente por sumas enormes, era la causa de la, en apariencia, fabulosa prosperidad del país y del valor exagerado de los terrenos. Por fin, nosotros que aquí nos creíamos todos ricos, nos encontramos hoy con que nuestro haber se ha reducido en un 25 por 100, y hay temores fundados de que disminuya todavía.»

Pocos días después estallaba la revolución. Voy á reseñar, con un poco de orden, la

historia que el telégrafo nos remitió á trozos:

En la mañana del 20 de Julio, el doctor Carlos Pellegrini, vicepresidente de la República, se presentó al presidente Celman, juntamente con los generales Roca, Manuel Campos, Casariego, Piguerso y el mayor Caratia, para manifestar, en nombre de la *Unión Cívica*, la gravedad de la situación, que había llegado á su período álgido, y á reclamar providencias. El último remedio que, trece días antes, el Mensaje del Presidente había propuesto al Parlamento, había sido la emisión, por parte del Banco Nacional Hipotecario ¡de cien millones de pesos en papel!

La Comisión, acompañada por el Vicepresidente, se presentó al Presidente; y él, Juárez Celman, por única respuesta, les hizo arrestar á todos, excepto á Pellegrini, y abrió contra ellos proceso por insubordinar la guarnición.

La masa de los comerciantes se proponía cerrar todas las tiendas, fijando en las puertas este cartel: *Cerrado por luto nacional.* Esta amenaza fué conjurada por la prensa, que veía en ella el peligro de llevar á la ciudad el hambre.

Y el Gobierno hallaba precisamente entonces propicio el momento para dar una dedada

de miel al pueblo siempre bonachón de Buenos Aires, haciendo circular, por medio de sus órganos, la noticia de que el candidato gubernativo á la nueva Presidencia, que había de elegirse dos años después próximamente, sería Sáenz Peña, es decir, uno de Buenos Aires, al cabo de veinticinco años que existía empeño en todas las provincias de no elegir ningún porteño.

Parecía aquello una burla.

En 26 de Julio estalló decididamente la insurrección militar; un ex ministro de Hacienda, Oriburo, se adhiere públicamente á los insurrectos. Se inicia el tiroteo entre los soldados y la policía; entre los ciudadanos y los defensores del Gobierno. En aquella plaza en que el día 13 de Octubre resonaban los gritos de «¡Viva Juárez Celman!» predominan con mucha más decisión y más fuerza los de «¡Abajo! ¡¡Muera!!» Desde el río, la escuadra, con sus cañones, secunda á los rebeldes, disparando contra el palacio del Gobierno y el de Juárez Celman; pero á buena cuenta, aquellas balas producen estragos en las manzanas de casas más separadas, esto es, en la parte poblada del Retiro. Lúgubre compendio del conflicto: más de mil muertos y otros tantos heridos.

Huye el Presidente, sucédele una supuesta

presidencia Arem; páctase un armisticio que debe terminar á las tres de la tarde del 28 de Julio. A esa hora, Juárez Celman torna á penetrar en la ciudad con fuerzas armadas, pero extremadamente debilitado en su influencia moral. Declara el estado de sitio; el Manifiesto en que se anuncia la tropa que permanece fiel á la legalidad, es destrozado por el pueblo. En 2 de Agosto, el elegido en 1886 presenta al Senado argentino su renuncia del cargo; el Senado, tal vez por cumplido, rehusa aceptarla; Juárez Celman insiste en su renuncia... ¡y cae!

Al día siguiente se forma nuevo Gobierno. Asume el cargo de Presidente el entonces Vicepresidente doctor Carlos Pellegrini, hijo de un ingeniero descendiente de italianos; pero de sentimientos—y esta circunstancia contribuye mucho á darle prestigio.—exclusivamente argentinos. El nuevo Presidente continuará en su cargo hasta la fecha en que habría debido terminar la presidencia de Juárez Celman. El joven jefe de la República (tenía cuarenta años, como su predecesor) ha acogido varios colaboradores en su tentativa de mejorar la suerte de la República y son los ministros Vicente Fidel, López, Roca, Costa, Gutiérrez y Cavalli. ¡Que la fortuna, esa diosa por tanto tienpo protectora

de la tierra argentina, favorezca estos esfuerzos de reparación!

Y ahora, sobre las ruinas y entre la incertidumbre creciente de hallarlas remedio, predomina el grito de imprecación al caído, al responsable, al Bazaine de la gran batalla económica tan desastrosamente perdida.

El momento ha de tener su legítimo desahogo: andando el tiempo se reconocerá que no fué uno solo el responsable, y que, en mayor ó menor grado, hubo muchos culpables; acaso pasen de mil.

En verdad que el procedimiento corruptor que había extendido la desembozada simonía en toda la Administración pública; el sistema de dilapidar y de destruir toda la riqueza del país; el vergonzoso calvario por que había de pasar necesariamente toda concesión, todo pago, todo derecho con tanto por ciento usurario repartido entre un verdadero ejército de mediadores, de agentes y de negociantes, tenía su cabeza visible y responsable.

Pero ¡qué de exageraciones en el modo de comentar aquella situación y su epílogo sangriento! El argentino de nacimiento fué descrito en aquellos días, sin más contemplaciones, como un perfecto haragán que deja á los otros que lo

hagan todo. En realidad, el argentino hace algo más que no hacer nada. Él forma con su voto exclusivo, no importa si más ó menos influído por los otros, aquel Concejo legislativo, que es verdaderamente una hermosa institución, pero cuyos votos de censura ó desconfianza no tendrán nunca fuerza para hacer que caiga un Ministerio; porque éste, con arreglo á la Constitución, es nombrado, modificado, separado por el presidente, con respecto al cual solamente es responsable el Gobierno.

Además, el argentino de nacimiento posee por sí, y por la ley, el exclusivismo de los empleos públicos. Para los extranjeros deja solamente los negocios y las grandes iniciativas.

De todas maneras, es siempre un gran pueblo. Italia, si no quiere pecar de ingrata, no puede poner en olvido que este país fué manantial de verdadera riqueza para bastantes de sus hijos, y que muchos centenares y aun miles de aventureros del trabajo y de la industria, acogidos allí todos los años, tornaron enriquecidos á la madre patria. No puede olvidar las falanges de nuestros conciudadanos, quienes, á diferencia de lo que ocurre en otras tierras americanas, donde solamente encontraron el engaño—me es grato repetirlo al terminar estas líneas—halla-

ron en los campos argentinos recompensa no escasa á sus fatigas.

Un pueblo así, aunque diezmado en sus recursos y abrumado bajo el peso de tantos errores, no puede menos de resucitar. Es siempre la tierra, diez veces más extensa que nuestra Italia (si bien reducida, según el censo de 1888, á 3.807.000 habitantes), cuyos terrenos tienen una fertilidad que raya en prodigio; donde el invierno tiene la dulzura de la primavera; donde, por último, entre tanta variedad y belleza de los campos, de los bosques, de los ríos y de las lagunas, cree cada uno encontrar un pedazo de la propia patria: la inmigración de gentes y de familias de todos los países del mundo lo ha demostrado suficientemente. Un pueblo tan rico en recursos propios, tiene, evidentemente, el porvenir por suyo.

FIN

INDICE

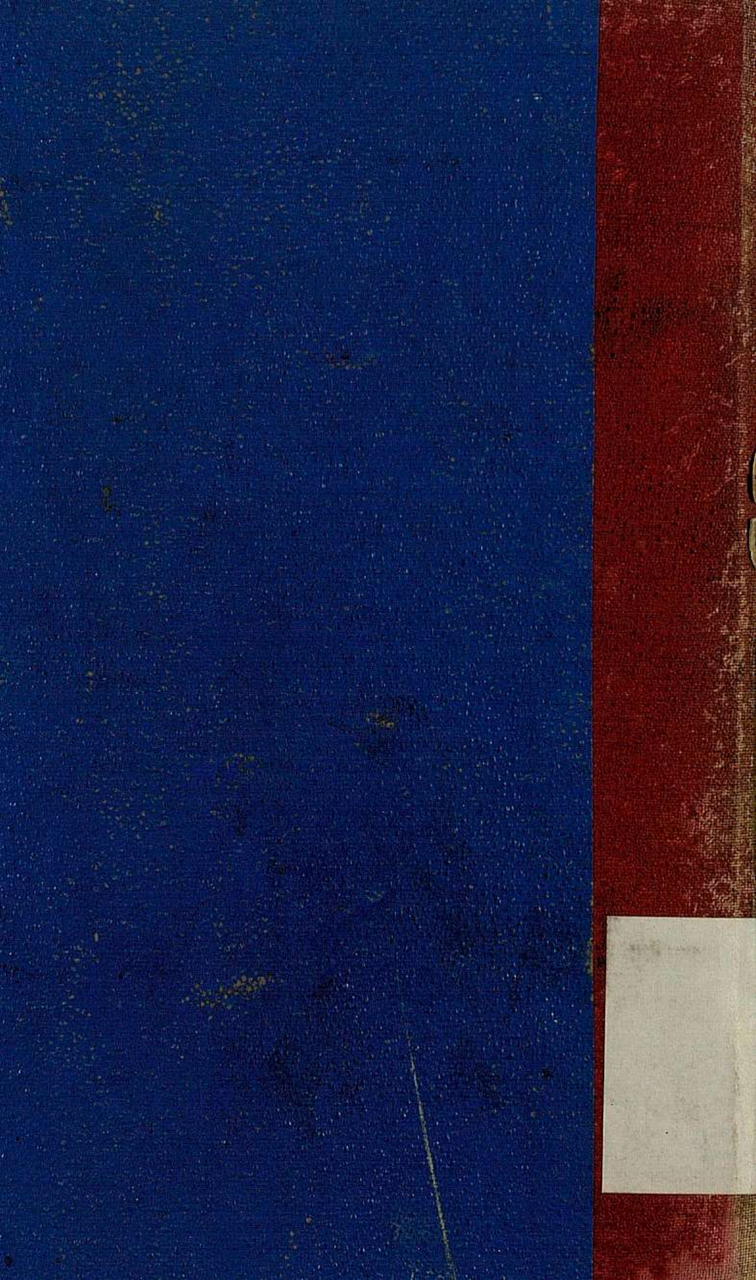
TERCERA PARTE

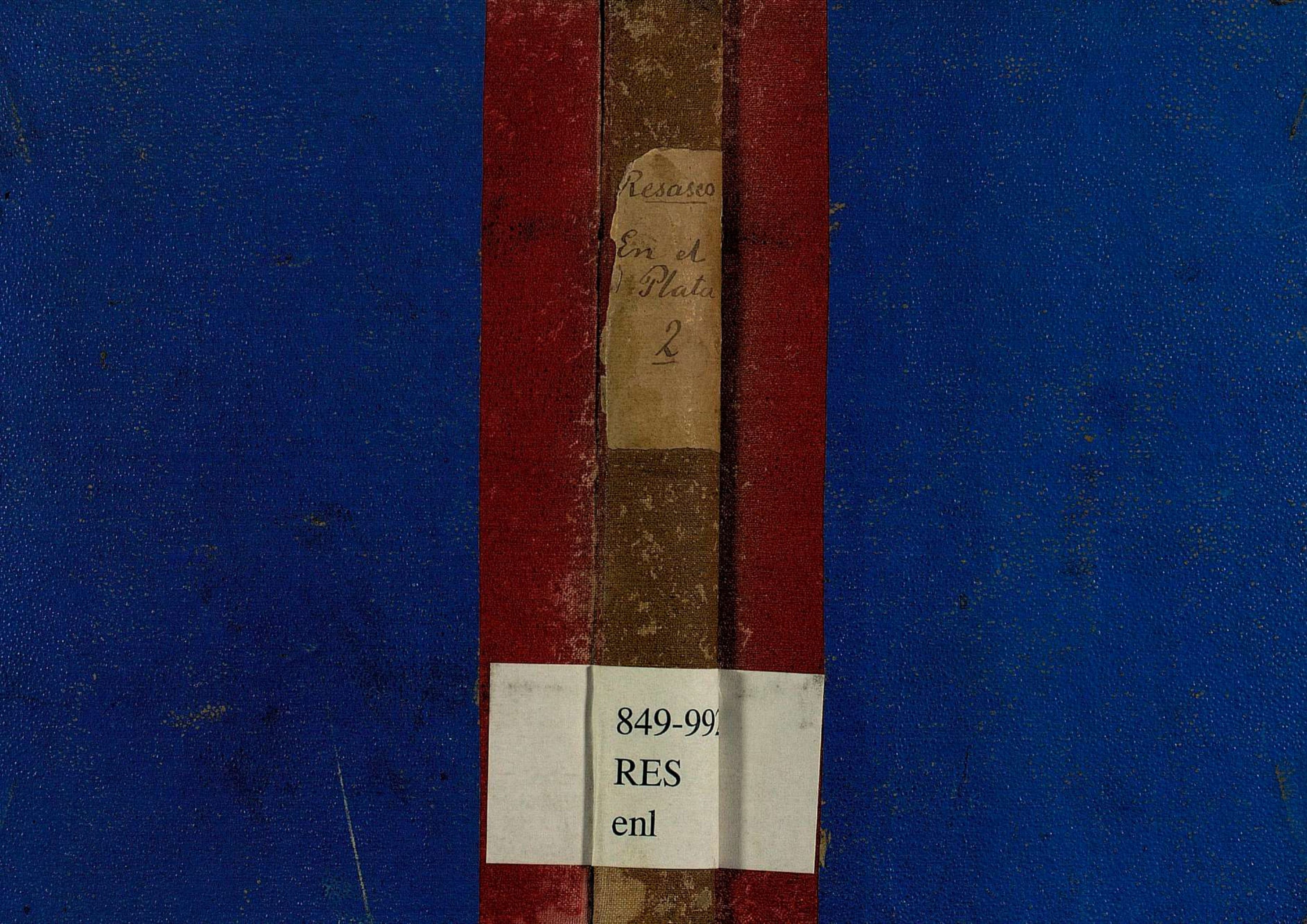
EN LAS PROVINCIAS

CUARTA PARTE

De Córdoba á Buenos Aires.—De Buenos Aires á Génova

EPÍLOGO




Resasco
En el
Plata
2